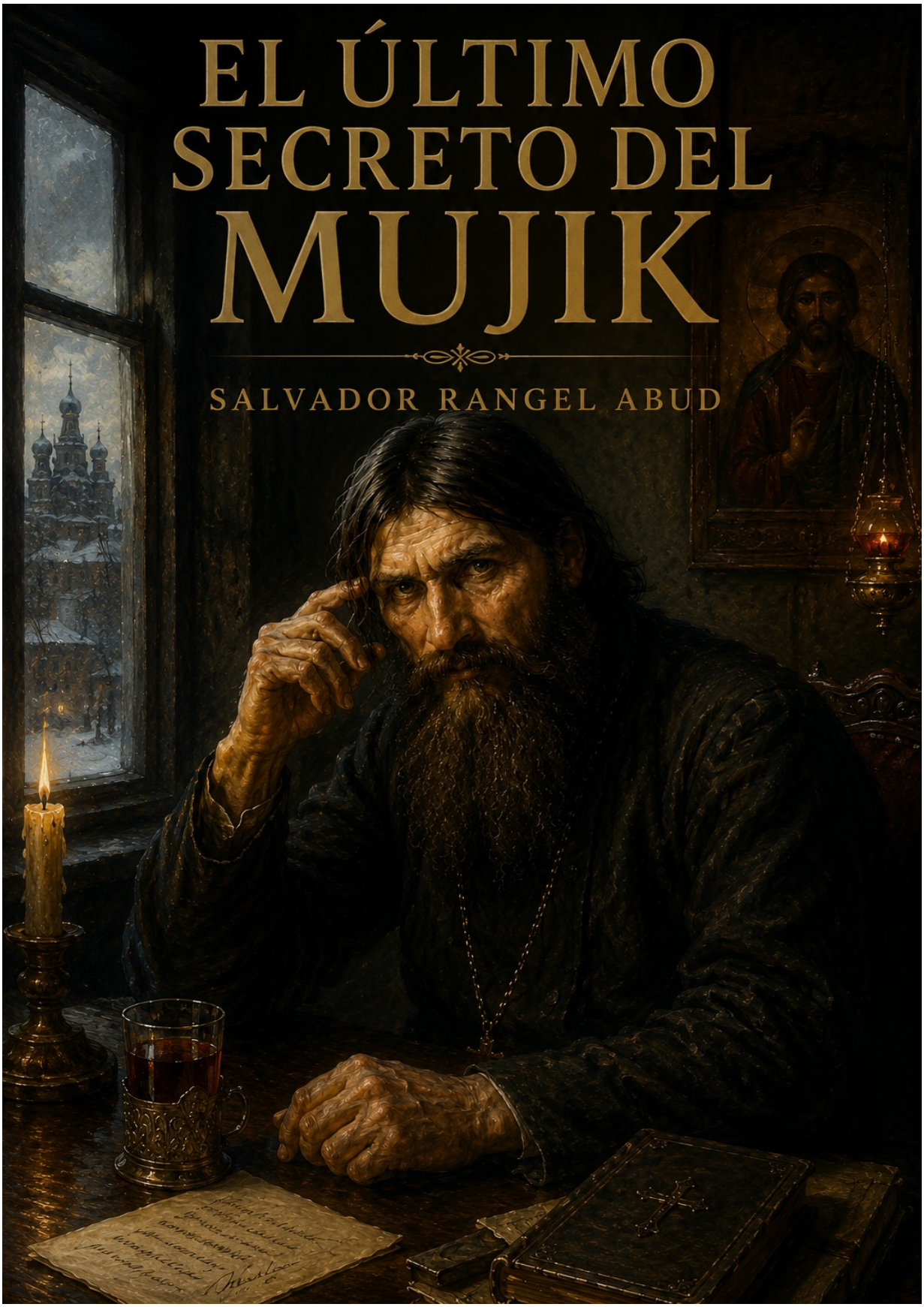
EL ÚLTIMO SECRETO DEL MUJIK
SALVADOR RANGEL ABUD

El Último Secreto del Mujik
Salvador Rangel Abud

SINOPSIS

Valentina Soler, periodista mexicana de investigación cultural, viaja a San Petersburgo en enero de 2026 para cubrir una exposición en el Hermitage sobre documentos imperiales rusos desclasificados. Entre los materiales aparece algo que no debería existir: un cuaderno manuscrito atribuido a Rasputín, sin registro académico previo, custodiado por el FSB. Lo que comienza como una crónica de cuatro días se convierte en una persecución a través de dos épocas —el San Petersburgo imperial que se hundía y el Moscú actual donde los secretos tienen precio— en la que Valentina descubrirá que el misterio de Rasputín no fue nunca sobrenatural. Fue político. Y la única pregunta que ningún archivo puede responder es también la más perturbadora de todas.

ADVERTENCIA DE CONTENIDO

Esta novela contiene referencias históricas verificables sobre violencia política, asesinato y desaparición forzada en el contexto de la Rusia imperial y contemporánea. Algunos pasajes describen con detalle clínico la enfermedad hemofílica del zarevich Alekséi Romanov y el mecanismo del asesinato de Rasputín en diciembre de 1916. El contenido es apto para lectores adultos con interés en la historia, el suspenso y la ficción histórica.

SOBRE EL AUTOR

Salvador Rangel Abud es médico cirujano, especialista en salud pública, maestro en administración de hospitales y doctorando en ciencias, además de escritor aficionado. A lo largo de su carrera literaria ha publicado más de doscientas dos novelas, consolidándose como uno de los autores mexicanos de mayor productividad en los géneros histórico, coral y de suspenso. Su obra abarca desde la novela didáctica hasta la ficción histórica de largo aliento, siempre con rigor documental y una voz narrativa de gran precisión estilística.

DETALLES DE PUBLICACIÓN

Título: El Último Secreto del Mujik

Autor: Salvador Rangel Abud

Género: Ficción histórica / Suspenso

Subgénero: Thriller histórico con línea narrativa dual

Estructura: Prólogo + 18 capítulos + Epílogo

Extensión aproximada: 38,000 palabras

Idioma: Español
País de origen: México
Año de escritura: 2026
Contacto: wrangel.1352@gmail.com

NOTA DEL AUTOR

Todos los datos históricos que aparecen en esta novela sobre Grigori Yefímovich Rasputín, su vida, su época y las personas que lo rodearon son reales y verificables. Las fechas, los lugares, los nombres, los documentos citados, los detalles clínicos sobre la hemofilia del zarevich Alekséi, los telegramas enviados al zar en julio de 1914, los informes de la Ojrana, el papel del agente británico Oswald Rayner en la noche del asesinato y la implicación del servicio de inteligencia británico: todo eso existió y puede consultarse en los archivos históricos disponibles. La única pieza ficticia de esta novela es el cuaderno que la periodista Valentina Soler encuentra en San Petersburgo en enero de 2026 y su contenido específico. Todo lo demás ocurrió exactamente como lo cuenta la historia. Finalmente, la historia en general no es más que la mirada de quienes la vivieron o la estudiaron, y nadie podría asegurar que ha sido cierta totalmente.

LICENCIA

Esta obra está protegida bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0). Se permite la reproducción y distribución no comercial siempre que se cite al autor. No se permite la modificación ni el uso comercial sin autorización expresa del autor.

PALABRAS CLAVE

Rasputín, Imperio ruso, familia Romanov, ficción histórica, suspenso histórico, San Petersburgo, Moscú, hemofilia, Ojrana, servicio de inteligencia británico, Oswald Rayner, sinestesia social, cuaderno manuscrito, periodismo de investigación, México, Primera Guerra Mundial, revolución rusa, historia y misterio

---

TEMAS PRINCIPALES

El límite entre la observación extraordinaria y la percepción sobrenatural. La clasificación del conocimiento como instrumento de poder político. La persistencia del misterio en la historia documentada. El precio que pagan quienes saben demasiado. La relación entre la percepción individual y el destino colectivo. La memoria histórica como campo de disputa entre Estados. La frontera entre el periodismo de investigación y la experiencia personal inexplicable.

CITAS DESTACADAS

"Rasputín no es interesante porque se considere inexplicable. Es interesante, sencillamente, porque lo es."

"Lo que ves en las personas es real. Lo que decides que significa es tuyo, y puede estar equivocado."

"Los enemigos al menos son honestos sobre lo que quieren. Mis amigos quieren que sea lo que ellos necesitan que sea."

"Hay cosas que ya están escritas en la conducta de los hombres antes de que ellos mismos las decidan."

"Hoy no veo a nadie. Hoy me veo a mí. Siento que alguien me mira desde un tiempo que todavía no ha llegado."

"No confié en usted. Confié en las preguntas que usted hacía. Las personas cambian de opinión. Las preguntas correctas no cambian."

"Era, casi con toda seguridad, un defecto del revelado."

COMPARACIONES LITERARIAS

En su estructura dual y su voz omnisciente de gran autoridad narrativa, esta novela dialoga con la obra de Arturo Pérez-Reverte, en particular con El club Dumas y El maestro de esgrima, obras que combinan el rigor histórico con el suspenso intelectual y la ambigüedad deliberada. La hipótesis central sobre la percepción extraordinaria de Rasputín como fenómeno neurológico documentable recuerda el tratamiento que Oliver Sacks dio a los casos límite de la experiencia humana en El hombre que confundió a su mujer con un sombrero. La protagonista periodista que sigue una pista histórica con consecuencias personales crecientes evoca también a la Carvalho de Manuel Vázquez Montalbán trasladada al terreno de la historia cultural.

PREGUNTAS PARA DISCUSIÓN

¿Existe una diferencia real entre una intuición extraordinariamente desarrollada y un poder sobrenatural, o esa diferencia depende únicamente del vocabulario disponible en cada época?

¿Por qué ciertos personajes históricos resisten el agotamiento durante más de un siglo mientras otros igualmente documentados caen en el olvido?

¿Qué revela sobre una sociedad el tipo de misterios que decide no resolver?

¿Es éticamente justificable clasificar durante décadas información histórica por razones de estabilidad política?

¿Qué precio pagan las personas que saben algo que no pueden publicar, y cómo afecta ese precio a la calidad del conocimiento que producen?

¿Qué habría anotado Rasputín sobre usted si lo hubiera observado durante una tarde?

CÓMO CITAR

Rangel Abud, Salvador. El Último Secreto del Mujik. México, 2026. Obra de ficción histórica. Contacto: wrangel.1352@gmail.com

OTRAS OBRAS

Salvador Rangel Abud es autor de más de doscientas dos novelas publicadas, entre las que destacan títulos de ficción histórica, novela coral didáctica, suspenso y narrativa romántica histórica. Entre sus obras recientes se encuentran Oro Viejo, Tormenta de Arena en el Hotel Al-Rashid, Un Intruso en la Red, y Aquiles, El Señor de los Barcos Negros, además de proyectos en desarrollo como La República que Pudo Haberse Sembrado, Una España Siempre en Llamas, El Último Rojo del Soviet y Esto es lo que Hicimos de México, entre otros.

MENSAJE FINAL

El Último Secreto del Mujik es una novela sobre lo que ocurre cuando alguien mira con suficiente atención y durante suficiente tiempo. Sobre el precio de saber. Sobre la diferencia entre lo que puede nombrarse y lo que resiste el nombre. Rasputín vivió en esa diferencia. Murió en ella. Y desde ella lleva más de cien años mirando a quienes se asoman a preguntar qué hay dentro. Asómese, entonces. Lea con atención. Y no olvide que la historia más interesante nunca es la que alguien quiere que usted cuente. Es la que alguien, con mucho cuidado y durante mucho tiempo, ha intentado que usted no encuentre.

ÍNDICE

PRÓLOGO: El río no guarda secretos, solo los congela

CAPÍTULO 1: La exposición que nadie esperaba

CAPÍTULO 2: El niño que miraba el horizonte como si supiera lo que había detrás

CAPÍTULO 3: El curador que no quería hablar del cuaderno

CAPÍTULO 4: La crisis que lo cambió todo

CAPÍTULO 5: Moscú tiene mejores archivos y peores intenciones

CAPÍTULO 6: San Petersburgo era una trampa disfrazada de oportunidad

CAPÍTULO 7: El académico que sabía demasiado y dormía muy poco

CAPÍTULO 8: El niño enfermo y el hombre que aprendió a callar en el momento justo

CAPÍTULO 9: Las anotaciones que no debían existir

CAPÍTULO 10: Los enemigos que él mismo fabricó sin quererlo

CAPÍTULO 11: Alguien ha estado en la habitación

CAPÍTULO 12: La guerra que él vio antes de que comenzara

CAPÍTULO 13: La mujer que esperaba en la biblioteca Lenin

CAPÍTULO 14: El favorito que nunca pidió serlo

CAPÍTULO 15: El precio de saber

CAPÍTULO 16: La última noche
CAPÍTULO 17: Lo que las dos épocas comparten
CAPÍTULO 18: Lo que vale más sin respuesta
EPÍLOGO: Pokróvskoye todavía existe

EL ÚLTIMO SECRETO DEL MUJIK
Por Salvador Rangel Abud

PRÓLOGO

El río no guarda secretos, solo los congela

Hay hombres que indudablemente pertenecen a la época que viven, pero también los hay que la atraviesan como una grieta atraviesa el mármol, sin pedir permiso, sin anunciarse, dejando una fractura que nadie sabe muy bien cómo explicar pero que todos pueden ver.

Grigori Yefímovich Rasputín fue de estos últimos.

Nació campesino. Un mujik en una aldea siberiana que el resto del mundo ignoraba por completo, vivió durante una década en los salones más poderosos del Imperio más vasto que la tierra haya conocido, y murió asesinado una noche de diciembre por quienes creyeron, con la arrogancia característica de quienes tienen demasiado poder y demasiado poco entendimiento, que matándolo salvarían algo que ya estaba irremediablemente perdido.

Todo eso ocurrió hace más de cien años. Y sin embargo aquí seguimos, hablando de él. Escribiendo sobre él. Preguntándonos por él. Incapaces de archivarlo con la tranquilidad con que archivamos a otros personajes históricos de su misma época, de su mismo mundo, de su mismo destino trágico.

Eso debería decirnos algo…no precisamente sobre Rasputín…sino necesariamente sobre nosotros mismos.

Porque la verdad que este hombre lleva más de un siglo provocando, es que las leyendas no nacen de la nada y no sobreviven por accidente. Sobreviven porque tocan algo que la historia oficial no puede satisfacer: una incomodidad persistente, una duda que reaparece cada vez que

creemos haberla resuelto, una fisura en la versión ordenada y tranquilizadora de los hechos que preferimos creer.

Rasputín lleva más de cien años siendo esa fisura. Y cada generación que intenta cerrarla con los instrumentos de que dispone (*el rigor académico, el psicoanálisis, la sociología, la neurología, el escepticismo militante o la fe igualmente milita*nte) descubre, con una sorpresa que debería haber dejado de ser sorpresa, que la fisura es más profunda de lo que parecía. Que cada respuesta genera una nueva pregunta. Que el hombre, cuanto más se le estudia, menos se le agota.

Y entonces podemos ver que hay algo extraordinariamente perturbador en eso. Y también algo extraordinariamente seductor.

La pregunta que este hombre provoca no es la que parece. No es si tenía poderes sobrenaturales, aunque esa pregunta haya llenado bibliotecas enteras de especulaciones más o menos delirantes. No es si gobernó Rusia desde las sombras, aunque esa acusación haya circulado por los salones de San Petersburgo con la velocidad y la irresponsabilidad características del rumor aristocrático. No es si fue un santo, un charlatán, un demonio disfrazado de hombre piadoso o simplemente un campesino siberiano de inteligencia excepcional que tuvo la fortuna o la desgracia, según se mire, de aparecer en el lugar exacto en el momento exacto.

Esas son las preguntas que hacemos cuando queremos una respuesta que podamos archivar, una solución que nos permita cerrar el expediente y pasar a otro asunto. Son preguntas cómodas, en el fondo, porque tienen la forma de preguntas difíciles sin serlo realmente. La pregunta real es otra. Es más sencilla en apariencia y mucho más incómoda en sus implicaciones: ¿qué dice de nosotros el hecho de que sigamos necesitando explicarlo? ¿Qué revela de nuestra relación con el misterio, con el poder, con la fe y con el miedo, el que un campesino analfabeto muerto en 1916 continúe fascinándonos con una intensidad que no hemos logrado extender a personas infinitamente más documentadas, más estudiadas, más comprensibles en todos los sentidos de la palabra?

Rasputín no es interesante porque se considere inexplicable. Es interesante, sencillamente porque lo es.

Y eso, si uno se detiene a pensarlo con la honestidad que el tema exige, dice mucho más sobre la naturaleza humana que cualquier dato biográfico que pueda añadirse a los ya acumulados.

Este libro nació de esa incomodidad. De la negativa a contentarse con las versiones disponibles, que son muchas y contradictorias y, en su mayor parte, reveladoras no de quién fue Rasputín sino de quién era quien lo describía. Los que lo odiaban lo convirtieron en el Anticristo. Los que lo admiraban lo elevaron a la categoría de santo viviente. Los historiadores soviéticos prefirieron borrarlo de los manuales antes que explicarlo, porque un hombre que ejerció semejante influencia sobre la familia imperial sin

pertenecer a ninguna clase privilegiada resultaba incómodo para cualquier relato ordenado, fuera zarista o bolchevique.

Los biógrafos occidentales oscilaron durante décadas entre el escándalo y la fascinación, incapaces de encontrar el punto medio donde vive, invariablemente, la verdad. Las películas lo hicieron monstruoso o ridículo, según la época y el propósito. Las novelas lo romantizaron hasta hacerlo irreconocible. Y la canción, esa canción infame que lo inmortalizó en las discotecas de los años setenta con una letra que habría hecho reír al propio Rasputín si hubiera podido escucharla, terminó de sepultarlo bajo una capa de kitsch que aún hoy resulta difícil de remover.

Ninguna de esas versiones es completamente falsa. Ninguna es completamente verdadera. Y en ese espacio intermedio, en esa tierra de nadie entre el mito y el documento, es donde este libro ha elegido instalarse.

No es una hagiografía. No está escrito para defender a Rasputín de sus detractores ni para destruirlo ante quienes aún lo veneran, porque ambas empresas le harían el mismo flaco favor de reducirlo a una categoría manejable, a un concepto que quepa en una frase, a una respuesta que elimine la pregunta.

Y Rasputín, por encima de cualquier otra consideración, se resiste a ser reducido con una pertinacia que a estas alturas debería considerarse uno de sus rasgos más documentados. Lo intentaron sus enemigos en vida, con los resultados que la historia registra con una ironía que el tiempo no ha conseguido atenuar. Lo intentaron sus aliados, que necesitaban un milagro y encontraron en él algo que se le parecía lo suficiente como para creerlo. Lo intentaron los jueces, los periodistas, los políticos, los clérigos y los conspiradores que organizaron su muerte con la certeza de que eliminándolo todo volvería al orden, sin comprender que el desorden que lo había producido era mucho más profundo y mucho más antiguo que él.

Ninguno lo logró. Y cien años después, la figura del mujik de Pokróvskoye sigue ahí, incómoda e insoluble, negándose a ser archivada.

Lo que el lector encontrará en estas páginas es algo distinto a todo lo anterior. Verá la historia de una mujer inteligente, formada en el escepticismo profesional que exige el periodismo de investigación serio, que viaja a San Petersburgo convencida de que Rasputín es un tema agotado —un personaje del que ya se ha dicho todo lo que puede decirse, un expediente cerrado desde hace décadas— y que regresa de ese viaje con la certeza opuesta: que el expediente apenas ha sido abierto, que las preguntas verdaderamente importantes no han sido formuladas todavía, y que alguien, en algún lugar, lleva muchos años asegurándose de que así siga siendo.

En ese viaje, que es físico e intelectual y en ciertos momentos algo que ella misma no sabría clasificar con precisión, el lector encontrará al Rasputín real: el que documentan los archivos de la Ojrana, la policía secreta zarista

que lo vigiló durante años con una minuciosidad que hoy resulta invaluable; el que describen los testigos directos, desde los miembros de la familia imperial hasta los conspiradores que organizaron su muerte; el que revelan los despachos diplomáticos de las embajadas extranjeras en Petrogrado, que lo observaban con una mezcla de incredulidad y alarma; el que emerge de sus propias cartas, de los telegramas que envió al zar, de las conversaciones que otros transcribieron y que la historia ha conservado con desigual fidelidad.

Ese Rasputín es fascinante por sí solo, sin necesidad de añadir un gramo de ficción. Es un hombre que desafía las categorías disponibles con una coherencia que solo puede ser genuina, porque ningún impostor habría tenido la inteligencia ni la disciplina de mantenerla durante tanto tiempo ante tantos observadores tan hostiles.

Pero también encontrará, en estas páginas, la única pregunta sobre ese hombre que ningún archivo ha podido responder. No porque la respuesta se haya perdido en algún incendio revolucionario o en algún sótano del KGB que nadie ha tenido el valor de abrir. Sino porque esa pregunta apunta hacia un territorio donde los archivos no llegan: el territorio de lo que un ser humano puede saber, puede sentir, puede percibir, más allá de los límites que la racionalidad dominante de cada época le asigna.

Un territorio que la ciencia contemporánea ha comenzado a explorar con herramientas que el siglo XIX no tenía, y cuyos hallazgos son, en algunos casos, tan perturbadores como cualquier leyenda.

Conviene advertir al lector de algo antes de continuar, y esta advertencia no es un recurso retórico sino una declaración de principios: todos los datos históricos que aparecen en esta novela sobre Rasputín, su vida, su época y las personas que lo rodearon son reales y verificables.

Las fechas, los lugares, los nombres, los documentos citados, los detalles clínicos sobre la hemofilia del zarevich Alekséi y el efecto que los tratamientos médicos de la época tenían sobre ella, los telegramas reales que Rasputín envió al zar en julio de 1914, los informes de la Ojrana sobre sus actividades y sus contactos, los testimonios de quienes lo conocieron y sobrevivieron para contarlo: todo eso existió y puede consultarse en los archivos históricos disponibles, en las memorias de los protagonistas, en los estudios académicos serios que sobre este período se han publicado en Rusia, en Europa y en América durante los últimos cincuenta años. La única pieza discutible acerca de su autenticidad en esta novela, es el cuaderno que la periodista Valentina Soler encuentra en San Petersburgo en enero de 2026, porque nadie podría asegurar o negar su contenido. Todo lo demás ocurrió exactamente como lo cuenta la historia.

Esa mezcla no es un recurso literario cómodo ni una concesión al género del thriller histórico que tanto abusa de ella. Es una apuesta deliberada y, se reconoce sin pudor, arriesgada. Porque la única manera de que el misterio central de esta novela funcione —de que la pregunta final pese lo

que debe pesar, de que el lector llegue a ella con la gravedad necesaria para que lo que encuentre ahí lo acompañe durante días— es que haya caminado durante las páginas anteriores sobre tierra firme. Sobre hechos. Sobre la realidad documentada y verificable de un hombre que existió, que influyó en el destino de un imperio, que fue amado y odiado con una intensidad que el tiempo no ha conseguido enfriar.

Si todo fuera inventado, el misterio no tendría peso. Si todo fuera real, no habría novela. El equilibrio entre ambos extremos es el que esta narración ha intentado sostener con la mayor honestidad posible. Finalmente la historia en general acerca de todo lo que fue y que se cuenta en los libros, no es más que la mirada de quienes la vivieron o la estudiaron… pero nadie podría asegurar que ha sido cierta totalmente.

Cuando el lector llegue a esa pregunta final sabrá todo lo que la historia sabe sobre Rasputín. Habrá recorrido su infancia siberiana y su crisis espiritual, su llegada a San Petersburgo y su ascenso en la corte imperial, sus intervenciones junto al zarevich enfermo y sus advertencias ignoradas sobre la guerra que vendría, los enemigos que fue acumulando y la conspiración que terminó con su vida en las aguas heladas del Nevá.

Habrá conocido también, a través de los ojos de Valentina, la historia de ese conocimiento durante el siglo que siguió a su muerte: quién lo preservó, quién lo ocultó, quién lo temió y por qué. Y entonces, habiendo visto todo eso, se encontrará ante la única pieza que no encaja. La única que resiste. La única que el método racional, por más que se afine y se perfeccione, no termina de absorber del todo.

Rasputín vivió en esa grieta. Murió en ella. Y desde ella lleva más de un siglo mirando a quienes se asoman a preguntar qué hay dentro, con esos ojos claros y perturbadores que todos los que lo conocieron describieron de la misma manera, independientemente de si lo amaban o lo odiaban: ojos que parecían saber algo que el interlocutor no había dicho todavía.

Asómese, entonces. Lea con atención. No descarte nada demasiado pronto ni concluya nada demasiado rápido, porque este hombre tiene la costumbre de reservar sus sorpresas para cuando uno cree que ya lo ha comprendido.

Y no olvide, antes de pasar la página, lo que cualquier buen periodista sabe desde el primer día de su oficio: que la historia más interesante nunca es la que alguien quiere que usted cuente. Es la que alguien, con mucho cuidado y durante mucho tiempo, ha intentado que usted no encuentre.

Valentina Soler la encontró.

Lo que usted haga con ella es, desde este momento, asunto suyo.

CAPÍTULO 1 — LÍNEA PRESENTE

La exposición que nadie esperaba

San Petersburgo, enero de 2026

El avión de Turkish Airlines tocó la pista del aeropuerto Púlkovo a las siete cuarenta y dos de la mañana, con cuarenta minutos de retraso y una temperatura exterior de dieciséis grados bajo cero que el piloto anunció en ruso, en inglés y en turco con la misma indiferencia con que se anuncia el menú del vuelo. Valentina Soler desdobló su abrigo desde el compartimento superior, lo contempló un instante —un abrigo de lana comprado en el Palacio de Hierro en noviembre, perfectamente adecuado para un invierno en Ciudad de México, completamente insuficiente para esto— y decidió que el frío era, al menos, algo que podía calcular. Lo demás estaba por verse.

Llevaba dieciocho horas de viaje. Ciudad de México a Estambul con seis horas de escala en el Aeropuerto Internacional Atatürk, y de Estambul a San Petersburgo en un vuelo de tres horas durante el cual no había podido dormir porque su compañero de asiento, un hombre de negocios azerbaiyano de mediana edad, había decidido que la oscuridad de cabina era el momento apropiado para revisar en voz alta la totalidad de sus mensajes de voz acumulados durante la semana. Valentina había pasado esas tres horas mirando por la ventanilla el negro absoluto del Mar Negro y tomando notas en su cuaderno de papel con la letra apretada y ligeramente inclinada hacia la izquierda que tenía desde los dieciséis años y que ninguna tableta ni aplicación había conseguido reemplazar.

Afuera, el frío de enero golpeó con una precisión que no admitía analogías con nada que hubiera experimentado antes. No era el frío húmedo de la Ciudad de México en diciembre, ni el frío cortante de Madrid en enero, ni siquiera el frío seco de Montreal tres años atrás. Era otra categoría de frío. Un frío que no amenazaba sino que simplemente declaraba su soberanía sobre todas las superficies disponibles. Valentina ajustó el abrigo insuficiente y encontró al taxista contratado por el hotel: un hombre de unos cincuenta años con un gorro de piel hasta las cejas y una cartulina con su nombre escrito en caracteres cirílicos que ella reconoció únicamente porque comenzaba con una V.

—¿Habla inglés? —preguntó Valentina mientras acomodaba la maleta en el maletero.

El hombre la miró por encima del hombro con una expresión que no era hostil sino simplemente economizadora.

—Un poco —dijo—. Hotel Astoria, ¿sí?

—Sí.

—Cuarenta minutos. Tráfico.

Y con eso quedó establecido el perímetro de la conversación para el resto del trayecto. Valentina no lo lamentó. Tenía cosas en qué pensar.

El trayecto del aeropuerto al centro duró exactamente lo prometido. Valentina miraba el paisaje con esa atención difusa que produce el agotamiento de viaje: edificios soviéticos de hormigón gris en los márgenes de la autopista, anuncios comerciales en cirílico, algún parque cubierto de

nieve compacta y amarillenta. El río Nevá apareció entre los edificios como un argumento que alguien interrumpe antes de terminarlo. No sabía entonces, mirándolo por primera vez desde la ventanilla de un taxi, que iba a pasar las siguientes semanas pensando en ese río de maneras que no había previsto.

El hotel estaba en la calle Bolshaya Morskaya, a tres minutos a pie del Hermitage. Una recepcionista de veintitantos años con inglés impecable y acento de película la atendió con la eficiencia entrenada de quien recibe periodistas extranjeros con cierta regularidad.

—Señorita Soler, bienvenida. Tenemos su reservación. —Deslizó una tarjeta magnética sobre el mostrador junto con un sobre grueso—. Esto llegó esta mañana del museo.

—Gracias. ¿Desde qué hora puedo tener la habitación?

—Ya está lista. Fue una solicitud especial de su revista.

Valentina tomó el sobre. En el exterior decía, en inglés: *Para la atención de V. Soler. Revista Intersección Cultural. Prensa acreditada.*

—Una pregunta —dijo Valentina antes de alejarse—. ¿El Hermitage queda realmente a tres minutos caminando desde aquí?

La recepcionista sonrió con la precisión de quien ha respondido esa pregunta varios cientos de veces.

—Tres minutos en verano. En enero, con este frío, uno camina más rápido. Dos minutos.

Valentina subió a la habitación, dejó la maleta sin abrir sobre la cama y abrió el sobre. Contenía el programa de la conferencia de prensa del día siguiente a las once, un plano del Hermitage con las salas de la exposición marcadas en azul y una nota mecanografiada que decía: *Bienvenida a San Petersburgo. Si tiene alguna pregunta sobre la exposición, pregunte por el señor Andréi Volkov, curador principal. Estaremos encantados de atenderla.*

Se quedó tres minutos de pie frente a la ventana mirando la calle Bolshaya Morskaya bajo una luz de enero que a las nueve de la mañana ya parecía estar anticipando su retirada, y luego abrió su computadora. La conferencia de prensa era al día siguiente. Tenía tiempo. Lo que hizo durante la hora siguiente fue lo que siempre hace cuando llega a una asignación: buscar todo lo que la versión oficial no le dará.

Leyó los comunicados del Hermitage sobre la exposición, que describían los materiales desclasificados en términos generales y entusiastas sin especificar casi nada. Leyó tres artículos académicos sobre los archivos de la Ojrana publicados en los últimos diez años. Y luego encontró, en el párrafo séptimo de una nota cultural de un periódico de San Petersburgo, la mención que cambiaría el rumbo de los cuatro días siguientes: la presencia en la exposición de un cuaderno manuscrito atribuido a Rasputín cuya autenticidad estaba siendo evaluada por expertos del FSB y del Hermitage.

Buscó ese cuaderno en todas las bases de datos académicas a las que tenía acceso. JSTOR, Google Scholar, el repositorio digital del Archivo Histórico de Rusia, la biblioteca digital de la Universidad de Helsinki, que tiene una de las colecciones más completas de estudios sobre el período imperial ruso en acceso abierto. No encontró nada. No una referencia escueta. No una mención de pasada. El cuaderno no existía en ningún registro académico previo a los comunicados de prensa de noviembre de 2025.

Valentina cerró la computadora y abrió su cuaderno de papel. Escribió en la parte superior de una página en blanco: *¿Por qué no existe ningún registro previo de este cuaderno?* Debajo dejó el resto de la página en blanco.

Esa tarde salió al frío por primera vez. Caminó los tres minutos —dos, en realidad, porque tenía razón la recepcionista— hasta la Plaza del Palacio y se detuvo frente a la fachada del Hermitage. El Palacio de Invierno, verde y blanco, con sus columnas y sus estatuas sobre la cornisa recortadas contra un cielo que a las tres de la tarde ya anticipaba la oscuridad. Lo miró un rato con esa sensación específica que producen los edificios que uno conoce de las fotografías antes de conocerlos en persona: reconocer algo que en realidad se está viendo por primera vez. Compró una entrada de visitante individual, recorrió durante una hora las salas de pintura flamenca del siglo XVII sin prestarles demasiada atención, y encontró finalmente, en el ala este del Edificio Principal, las salas de la exposición.

Se llamaba *Los Testigos del Imperio: Documentos del Archivo Secreto Imperial, 1881-1917*. Ocupaba cuatro salas comunicadas con vitrinas de documentos originales, fotografías ampliadas y paneles explicativos en ruso e inglés. En la última sala, separado de los demás materiales por un cordón de terciopelo rojo y una vitrina independiente con iluminación propia, estaba el cuaderno.

Era un objeto pequeño. Encuadernado en piel oscura y desgastada, con las esquinas reforzadas en metal oxidado hasta un tono entre verde y marrón. Las páginas visibles a través del cristal mostraban una escritura densa, en cirílico, con tinta virada al sepia. Al pie de la vitrina una cartela bilingüe decía: *Cuaderno atribuido a G. Y. Rasputín, c. 1910-1916. Procedencia: Archivos históricos del FSB de la Federación Rusa. Autenticidad en proceso de verificación.*

Valentina leyó la cartela dos veces. Luego miró el cuaderno durante un tiempo que no supo cuantificar. La densidad de las líneas, la ausencia de márgenes, la impresión de un hombre que escribe como si el papel pudiera acabársele en cualquier momento. Se quedó ahí, inmóvil, hasta que una voz a su derecha la sacó del estado indefinido en que había caído.

—Fascinante, ¿verdad?

Era un hombre de unos sesenta y cinco años, con el pelo blanco y escaso peinado hacia atrás, un traje gris que había sido elegante hace una década y un identificador del museo colgado al cuello. Hablaba en inglés con un

acento ruso moderado, el tipo de acento que se adquiere cuando se aprende el idioma en libros antes de hablarlo con personas.

—Soy Andréi Volkov —dijo, extendiendo la mano—. Curador de la exposición. Vi su nombre en la lista de prensa acreditada. Soler, de México, ¿verdad?

—Valentina Soler. —Estrechó la mano—. Revista Intersección Cultural. Mañana tengo agendada la conferencia de prensa, pero no pude resistir venir hoy a ver la exposición por mi cuenta.

—Es lo que hacen los buenos periodistas —dijo Volkov, y en su tono había algo que no era del todo un cumplido—. ¿Qué le parece?

—Impresionante en conjunto. —Valentina señaló la vitrina—. Aunque lo que me interesa es esto. El cuaderno.

Volkov miró el objeto detrás del cristal con una expresión que Valentina no logró descifrar de inmediato. No era orgullo curatorial. Era algo más parecido a la incomodidad de alguien que debe responder preguntas sobre un tema que preferiría no tocar.

—Es la pieza que ha generado más atención, sí.

—No encontré ninguna referencia académica previa a él —dijo Valentina—. Ninguna. ¿Cómo es posible que un documento de esa naturaleza no haya dejado rastro en ningún archivo hasta noviembre pasado?

Volkov tardó un segundo de más en responder.

—Los archivos del FSB tienen sus propios tiempos —dijo—. Hay materiales que permanecen restringidos durante décadas por razones que no siempre se explican públicamente.

—¿Y la autenticidad? La cartela dice que está en proceso de verificación.

—Así es.

—¿Cuánto tiempo lleva ese proceso?

—El tiempo que sea necesario. —Volkov sonrió con la cortesía precisa de quien cierra una puerta sin hacer ruido—. Mañana en la conferencia de prensa el director del museo podrá darle más detalles sobre el proceso de verificación. Yo me ocupo de la curaduría, no de los aspectos técnicos.

Valentina lo miró. Había algo en la postura de ese hombre —los hombros ligeramente encogidos, los ojos que evitaban regresar a la vitrina— que no encajaba con el curador seguro y orgulloso de su trabajo que uno esperaría encontrar en la inauguración de una exposición de esa magnitud.

—¿Usted ha leído el contenido? —preguntó—. Las páginas que están a la vista son solo una fracción del cuaderno.

—He tenido acceso a reproducciones fotográficas de algunas secciones —dijo Volkov—. Las que el FSB autorizó para uso curatorial.

—¿Solo algunas?

—Solo algunas.

Hubo una pausa. Valentina decidió no presionar más. Había aprendido hace años que las preguntas que importan no se responden en el primer encuentro.

—Mañana entonces —dijo.

—Mañana —confirmó Volkov. Y luego, con un tono que pretendía ser casual y no lo era del todo, añadió—: Disfrute la exposición, señorita Soler. Hay materiales muy valiosos en las otras salas. Los documentos sobre las reformas de Stolypin son particularmente interesantes para quien quiera entender el período.

Era una recomendación. Era también, Valentina lo registró sin comentarlo, una sugerencia de que mirara hacia otro lado.

Salió del museo a las cinco de la tarde. El frío de enero en San Petersburgo había adquirido para entonces una oscuridad que hacía difícil distinguir si era ya de noche o simplemente así era la tarde. Caminó de regreso al hotel con las manos en los bolsillos y la mente ordenando lo que tenía: un cuaderno sin registro académico previo, un curador incómodo con sus propias preguntas, un proceso de verificación sin plazos definidos, y la certeza, todavía vaga pero persistente, de que la crónica de tres páginas que su editora esperaba para el número de febrero tenía debajo algo que no cabía en tres páginas.

Esa noche, de regreso en la habitación, con un té negro preparado con la cafetera de la mesita de noche y su cuaderno abierto sobre las rodillas, intentó describir lo que había sentido frente a la vitrina. No lo logró con la precisión que le exigía su oficio. Lo más cercano que encontró fue esto: la sensación, irracional y fugaz, de que la escritura dentro del cristal había estado moviéndose un instante antes de que ella levantara los ojos. Como si alguien hubiera cerrado el cuaderno justo antes de que ella llegara.

Lo tachó. Era el tipo de frase que los periodistas de viajes escriben cuando quieren parecer escritores. No era su estilo.

Apagó la luz a las once. Pero antes revisó una última vez su teléfono. Tenía un mensaje de Mariana Fonts, su editora: *¿Llegaste bien? ¿Hay historia?*

Valentina escribió: *Llegué. El frío es inhumano. Y sí. Creo que hay historia.*

Mariana respondió de inmediato: *¿Cuántas páginas?*

Valentina miró el techo de la habitación durante un momento y luego escribió: *Todavía no lo sé.*

Dejó el teléfono sobre la mesita. La conferencia de prensa era a las once de la mañana del día siguiente. Tenía cuatro días en San Petersburgo.

Era, todavía, una asignación ordinaria.

CAPÍTULO 2 — LÍNEA HISTÓRICA

El niño que miraba el horizonte como si supiera lo que había detrás

Pokróvskoye, Siberia Occidental, 1869-1886

El registro de la parroquia de Pokróvskoye contiene, con fecha del diez de enero de 1869 según el calendario juliano, la siguiente entrada en una letra de sacristán apresurado: *En el pueblo de Pokróvskoye, en la familia del campesino Yefim Yákovlevich Rasputín y su esposa, ambos ortodoxos, nació un hijo, Grigori.* Al día siguiente fue bautizado y recibió el nombre en honor a san Gregorio de Nisa, cuya fiesta se celebraba precisamente ese día. Nadie en el pueblo, y mucho menos el sacristán de la letra apresurada, prestó mayor atención a esa entrada. Pokróvskoye era un lugar donde nacían niños campesinos con la misma regularidad y con la misma indiferencia con que el río Turá crecía en primavera y se encogía en otoño. Uno más no alteraba el orden de nada.

El pueblo estaba situado en la orilla norte del río Turá, en la región de Tobolsk, a unos trescientos kilómetros al este de los Urales, en esa zona de Siberia Occidental donde la llanura es tan extensa y tan monótona que los habitantes desarrollan con el tiempo una relación particular con el horizonte. Los forasteros la interpretan como melancolía. No lo es. Es la actitud de quien ha aprendido a mirar lejos porque cerca no hay nada que justifique el esfuerzo. El padre de Grigori, Yefim Yákovlevich Rasputín, cultivaba centeno y criaba algo de ganado en una parcela que la nieve cubría durante seis meses al año. Su madre, Anna Parshukova, se ocupaba de la casa y de los hijos que llegaban y que, en su mayor parte, se iban antes de aprender a hablar. Grigori fue el quinto de nueve. Solo él y su hermana Feodosia llegaron a la edad adulta. Los otros siete quedaron en el cementerio de la iglesia ortodoxa bajo cruces de madera que el invierno fue borrando una por una con la paciencia sistemática con que Siberia borra todo lo que los hombres construyen sin piedra.

Eso marcaba a cualquier familia. A los Rasputín los marcó de una manera específica: con una mezcla de fatalismo y fe que no distinguía claramente entre ambos, como si Dios y el destino fueran la misma fuerza con dos nombres distintos, y como si la mejor actitud posible ante esa fuerza fuera ni combatirla ni rendirse a ella, sino simplemente observarla con la atención callada de quien sabe que tarde o temprano dirá algo que vale la pena escuchar. Grigori aprendió eso desde muy pequeño. Y lo aprendió, como aprendería casi todo en su vida, mejor que nadie en la familia.

Era un niño difícil en el sentido específico de que resultaba difícil de clasificar. No era violento, aunque tampoco era dócil. No era sociable, aunque tampoco era huraño. Sus extremidades se sacudían con frecuencia, movía los pies sin parar cuando estaba sentado y mantenía las manos permanentemente ocupadas: rasgando corteza de árbol, doblando ramas, desarmando objetos con la concentración de un artesano que estudia un mecanismo que todavía no comprende del todo. Los otros niños del pueblo lo evitaban con esa crueldad sin malicia específica de la infancia, que no necesita razones para excluir sino simplemente percibe la diferencia y la convierte en distancia. Lo llamaban *chudnóy*, que en el dialecto de la región

significaba algo entre raro y especial, sin que quedara claro cuál de los dos sentidos predominaba ni a quién le correspondía decidirlo.

Su padre lo llevó al mercado de Tiumén, ochenta kilómetros al oeste, cuando Grigori tenía doce años. Era la primera vez que el niño salía de Pokróvskoye. El viaje duraba dos días en carro, atravesando una llanura donde el paisaje cambiaba tan poco que la distancia se medía no por lo que se veía sino por el número de noches durmiendo bajo el mismo cielo sin estrellas visibles. Llevaban centeno para vender y la expectativa razonable de regresar con algo de dinero y quizás algún utensilio que la casa necesitara.

En el mercado de Tiumén, mientras Yefim negociaba el precio del centeno con un comerciante de mediana edad que tenía la costumbre de sopesar cada saco tres veces antes de ofrecer un precio, Grigori se quedó inmóvil junto al carro mirando a la multitud con esa atención que los adultos que lo conocían aprendieron con el tiempo a identificar: no era la mirada curiosa de un niño de campo ante la ciudad, sino algo más parecido a la mirada de alguien que lee un texto conocido buscando una errata específica. Miraba las manos. Miraba los ojos. Miraba el espacio entre las palabras de la gente con la misma concentración con que otros miran las palabras mismas.

De regreso al carro, cuando Yefim terminó la negociación y se alejaron del mercado, Grigori dijo sin preámbulo:

—Ese hombre va a robarle a alguien esta tarde.

Yefim lo miró.

—¿Cuál hombre?

—El del centeno. El que compró.

—No digas tonterías.

—Lo vi en sus manos.

—¿Qué viste en sus manos?

Grigori tardó un momento. No porque buscara la respuesta, sino porque buscaba la manera de explicar algo para lo que no tenía palabras todavía.

—Cómo miraba los bolsillos de la gente mientras hablaba con usted —dijo al fin—. No miraba a usted. Miraba los bolsillos de todos los que pasaban. Eso no lo hace un hombre honesto.

Yefim no respondió. Pero a los tres días, cuando regresaron a Tiumén para una segunda venta, escucharon en el mercado que el mismo comerciante había sido detenido la tarde anterior acusado de vaciar el bolsillo de un granjero de Yalutorovsk. Yefim no dijo nada al respecto durante el viaje de regreso. Pero esa noche, en Pokróvskoye, le contó lo ocurrido a su esposa en voz baja mientras Grigori fingía dormir al otro lado de la estufa.

—¿Y cómo supo? —preguntó Anna.

—Dijo que lo vio en las manos.

—¿En las manos?

—En cómo miraba los bolsillos de la gente.

Anna guardó silencio un momento.

—Ese niño siempre ha sabido cosas —dijo finalmente.

—No son cosas —dijo Yefim—. Son observaciones. Hay una diferencia.

—Como quieras llamarlo —dijo Anna—. Pero cuídalo. Los hombres que saben demasiado sobre otros hombres no siempre tienen una vida fácil.

No volvieron a hablar del asunto. Pero a partir de entonces Yefim dejó de decirle a su hijo que no dijera tonterías.

Lo que Grigori tenía no era clarividencia en ningún sentido sobrenatural. Era algo más mundano y más extraordinario al mismo tiempo: una capacidad para leer en las personas detalles que los demás no registraban conscientemente. La postura de un hombre al hablar de dinero. El modo en que alguien evitaba mirar a otro antes de acusarlo. La diferencia entre la risa de quien está contento y la risa de quien quiere parecer que lo está. La manera en que las manos de una persona traicionan lo que la boca niega. A los doce años, Grigori Rasputín no tenía vocabulario para describir lo que hacía ni categorías para entenderlo. Solo sabía que miraba a las personas y que las personas, si uno las miraba con la suficiente atención y con la suficiente paciencia, decían mucho más de lo que creían estar diciendo.

Eso, en Pokróvskoye, no era exactamente una ventaja social.

A los catorce años ocurrió el episodio que su hija María describiría décadas después en sus memorias. Grigori estaba en el campo con su padre ayudando con la siega cuando de pronto se detuvo, soltó la hoz y se quedó completamente inmóvil mirando la línea del horizonte donde el cielo se juntaba con la llanura. Yefim gritó su nombre dos veces sin que el niño respondiera. Al tercero se acercó y le puso una mano en el hombro, y Grigori dio un respingo como quien despierta de golpe.

—¿Qué te pasa? —dijo Yefim.

—Nada —dijo Grigori. Pero tenía los ojos brillantes de una manera que no era llanto y que su padre no supo cómo nombrar.

—¿Qué viste?

El niño tardó en responder. Cuando lo hizo, su voz tenía una calma que resultaba extraña en alguien de su edad.

—El reino de Dios está en nosotros —dijo.

Yefim lo miró durante un largo momento. Luego recogió la hoz que su hijo había soltado y se la puso en la mano.

—Eso está muy bien —dijo—. Pero el centeno hay que segarlo igual.

Grigori volvió a trabajar sin decir nada más. Pero esa noche corrió al bosque de abedules que bordeaba el pueblo por el norte y se quedó allí sentado hasta que oscureció completamente, aterrado de que alguien notara en su

cara lo que había sentido: algo que no tenía nombre en el vocabulario de un campesino de catorce años y que él decidió guardar, por esa razón, con la misma cuidadosa discreción con que se guarda una cosa frágil que no se sabe si es un tesoro o un peligro.

El pope del pueblo, el padre Piotr, era un hombre de sesenta años con una barba gris descuidada y la paciencia específica de quien ha escuchado las mismas confesiones durante cuarenta años y ha aprendido a no sorprenderse de nada. Grigori lo buscaba con una regularidad que al propio sacerdote le resultaba, en proporciones iguales, halagadora y desconcertante.

—Padre —le dijo una tarde de otoño, cuando tenía diecisiete años—. ¿Cómo sabe un hombre si lo que siente es de Dios o es suyo?

El padre Piotr dejó de ajustar la mecha del candil que tenía entre las manos.

—¿A qué te refieres exactamente?

—A que hay cosas que uno sabe sin que nadie se las haya enseñado. Y no sé si eso es un don o una trampa.

El sacerdote lo miró con esa atención que los curas de campo aprenden a aplicar a las preguntas que podrían ser teología o podrían ser otra cosa enteramente distinta.

—¿Qué clase de cosas sabes? —preguntó con cautela.

—Cosas de personas —dijo Grigori—. Lo que van a hacer antes de que lo hagan. Lo que sienten antes de que lo digan. Es como leer una carta antes de que la escriban.

El padre Piotr guardó silencio durante un momento que se prolongó más de lo que la pregunta parecía justificar. Miró a ese muchacho delgado con los ojos demasiado quietos para su edad y pensó que había dos maneras de responder a lo que acababa de escuchar: la manera pastoral, que era tranquilizadora y segura, y la manera honesta, que era más arriesgada pero más útil.

Eligió la segunda.

—Eso —dijo finalmente— puede ser muchas cosas. Puede ser la gracia de Dios actuando a través de ti. Puede ser también la intuición natural de un hombre que presta más atención que los demás. Y puede ser soberbia disfrazada de don, si uno confunde lo segundo con lo primero.

—¿Y cómo se distinguen?

—Por los frutos —dijo el sacerdote—. Si lo que sabes sirve para ayudar a otros, es un don. Si sirve para aprovecharte de ellos o para elevarte por encima de ellos, es otra cosa. Y Grigori —añadió, con un tono que el muchacho no olvidaría—: el peligro no está en tener ese don. Está en creer que te lo mereces.

Grigori salió de la iglesia sin responder. Pero la advertencia del padre Piotr se instaló en él de una manera que las frases del catecismo nunca habían

logrado: no como una respuesta sino como una pregunta diferente, más incómoda, que tardaría años en formularse completamente.

Pokróvskoye, mientras tanto, seguía siendo Pokróvskoye. El río Turá crecía en primavera y se encogía en otoño. El centeno se sembraba y se segaba. Los niños nacían y en su mayor parte morían antes de aprender a hablar. Y Grigori Rasputín, que habitaba un pueblo donde según el censo de 1897 prácticamente todo el mundo era analfabeto, fue aprendiendo a leer de manera tan lenta y tan irregular que durante años esa habilidad le resultó menos útil que la otra: esa capacidad sin nombre de mirar a las personas y ver en ellas lo que ellas mismas no habían decidido mostrar todavía.

El horizonte, al norte del río Turá, era exactamente igual todas las tardes. Llanura, abedul, cielo. Una repetición tan absoluta que quien no la había vivido la confundía con vacío. Grigori la miraba desde los campos de su padre con la paciencia particular de quien sabe que está esperando algo sin saber todavía qué es, y que esa espera, aunque nadie más pueda verla, es ya en sí misma una forma de viaje.

CAPÍTULO 3 — LÍNEA PRESENTE

El curador que no quería hablar del cuaderno

San Petersburgo, enero de 2026

La sala de conferencias del Hermitage tenía capacidad para unas ochenta personas y esa mañana estaba ocupada en sus dos terceras partes. Valentina llegó diez minutos antes de las once, encontró un asiento en la tercera fila con línea directa hacia el podio, sacó su cuaderno de papel y su grabadora de voz —un hábito que sus colegas más jóvenes consideraban pintoresco y que ella defendía con el argumento práctico de que las grabaciones fallan y los cuadernos no— y observó a sus colegas mientras la sala terminaba de llenarse.

La mayoría eran periodistas rusos de medios culturales de Moscú y San Petersburgo. Había también un grupo de académicos alemanes con credenciales de la Universidad de Berlín, dos corresponsales de medios anglosajones que Valentina reconoció vagamente de haber visto en otras exposiciones europeas, y una mujer mayor con una libreta de espiral verde que tomaba notas desde antes de que empezara cualquier cosa, con la concentración de alguien para quien la sala ya había comenzado a decir cosas interesantes antes de que nadie abriera la boca. Valentina la observó un momento. Tenía unos cincuenta años, el pelo gris recogido sin coquetería, y la postura de alguien que lleva décadas sentándose en este tipo de salas sin que dejen de interesarle.

A las once en punto el director del museo, Konstantín Alekséyev, subió al podio con el paso medido de quien sabe que tiene una hora y no piensa desperdiciarla ni agotarla. Era un hombre de unos sesenta años, de aspecto académico, con las gafas ligeramente torcidas y el traje de alguien que

viste bien sin pensar demasiado en ello. Detrás de él tomaron asiento tres personas: un funcionario del FSB en traje oscuro que no fue presentado por su nombre sino por su cargo —representante de la Dirección de Archivos Históricos—, una restauradora de documentos del propio museo llamada Natalia Spiridonova, y Andréi Volkov, el curador, que Valentina identificó de inmediato y que, a diferencia del día anterior, tenía la expresión de alguien que ha dormido poco y ha pensado demasiado.

Alekséyev habló durante veinte minutos sobre la importancia de la exposición, el proceso de desclasificación parcial de los archivos del FSB, la colaboración entre el museo y las autoridades federales, y la relevancia histórica de los materiales exhibidos. Habló bien, con la fluidez de quien ha dado esa misma conferencia en versión preliminar varias veces ante espejos y asesores de comunicación. Valentina tomó notas pero no encontró nada en esos veinte minutos que no estuviera ya en los comunicados de prensa que había leído el día anterior. Lo anotó, de todas formas. Un buen periodista no descarta información porque ya la tenga: la descarta porque no le sirve, y eso solo se sabe después.

Luego llegó el turno de las preguntas.

Los primeros tres periodistas preguntaron sobre los criterios de selección de los documentos, los plazos de desclasificación completa y la posibilidad de acceso académico a los originales. Alekséyev respondió con precisión y con la elegancia de quien sabe exactamente hasta dónde puede responder sin comprometerse. Volkov no intervino en ninguna de las tres respuestas. El funcionario del FSB tampoco. La restauradora tomaba notas con una caligrafía tan pequeña que resultaba imposible leer desde la tercera fila.

Valentina esperó. Tenía una regla para las conferencias de prensa: nunca ser la primera en hacer la pregunta que importa, porque los primeros en preguntar reciben respuestas preparadas. Las respuestas interesantes llegan cuando el portavoz ha respondido ya varias veces y ha comenzado, sin notarlo, a relajar el control sobre sus propias palabras.

En la quinta ronda de preguntas levantó la mano.

—Valentina Soler, revista Intersección Cultural, México —dijo—. Quisiera preguntar específicamente sobre el cuaderno manuscrito atribuido a Rasputín. La cartela de la exposición indica que la autenticidad está en proceso de verificación. ¿Puede el museo explicar de dónde proviene el documento, cuándo fue encontrado y por qué no existe ningún registro académico previo a noviembre de 2025?

Hubo un silencio de aproximadamente dos segundos que en una sala de conferencias equivale a una eternidad. Alekséyev miró brevemente al funcionario del FSB. El funcionario del FSB no devolvió la mirada sino que mantuvo los ojos fijos en un punto de la pared trasera con la serenidad entrenada de quien ha aprendido que la mejor respuesta a ciertas preguntas es no reaccionar. Valentina lo anotó.

Fue Volkov quien respondió, inclinándose ligeramente hacia el micrófono que tenía delante.

—El cuaderno fue identificado en 1991 durante el proceso de reorganización de los archivos del entonces KGB —dijo—. Permaneció bajo clasificación restringida durante más de tres décadas por razones que corresponden a la política de archivos de la Federación Rusa, no al museo. Su inclusión en esta exposición fue autorizada recientemente como parte del proceso de apertura histórica progresiva. En cuanto a la ausencia de registros académicos previos, es precisamente consecuencia de esa clasificación. Lo que no se puede consultar no se puede citar.

—¿Y el proceso de verificación de autenticidad? —insistió Valentina—. ¿Qué metodología se está aplicando y en qué plazo se esperan resultados?

—Análisis paleográfico, análisis de tinta mediante espectroscopía infrarroja y datación del soporte material —respondió Volkov con la precisión de quien ha memorizado esa frase—. Los resultados se publicarán cuando el proceso concluya.

—¿Hay algún plazo estimado?

—No hay un plazo fijo.

Valentina anotó todo esto en su cuaderno. Luego hizo la pregunta que había estado guardando desde que leyó la nota del periódico.

—¿Puede el museo confirmar si el contenido del cuaderno ha sido transcrito o traducido en su totalidad, y si esa transcripción está disponible para consulta académica?

Esta vez el silencio duró tres segundos. Volkov miró a Alekséyev. Alekséyev respondió él mismo, con un tono apenas perceptiblemente más frío que el de los veinte minutos anteriores.

—El contenido del cuaderno es parte del material clasificado bajo custodia del FSB. El museo tiene acceso a reproducciones fotográficas parciales para uso curatorial. La disponibilidad de transcripciones para consulta externa es una decisión que corresponde a las autoridades federales, no al Hermitage.

Valentina escribió en su cuaderno, subrayado: *El museo no controla el documento. El FSB sí.*

Después de la conferencia, mientras la mayoría de los periodistas se agolpaba alrededor de Alekséyev con preguntas de seguimiento, Valentina esperó en un ángulo de la sala hasta que Volkov se levantó de su silla y se dirigió hacia la salida. Lo interceptó con la naturalidad de quien coincide por casualidad.

—Señor Volkov. Gracias por sus respuestas.

El curador se detuvo. La miró con una expresión que Valentina identificó como la de alguien que está evaluando en tiempo real cuánto puede decir.

—Su pregunta sobre las transcripciones fue precisa —dijo.

—Es que no encuentro ningún rastro del documento en ningún archivo previo a noviembre pasado. Ni en Rusia ni fuera. Para un objeto de esa naturaleza, eso es extraordinario.

—O es simplemente la consecuencia de treinta y cinco años de clasificación restringida —dijo Volkov.

—Sí —dijo Valentina—. Eso es lo que usted dijo en el micrófono.

Hubo una pausa. Volkov miró hacia la puerta, luego de regreso a ella. Algo en su postura cambió de manera casi imperceptible: los hombros bajaron un centímetro, la mandíbula se relajó ligeramente. Era la postura de alguien que acaba de tomar una decisión pequeña pero irreversible.

—¿Qué es lo que quiere saber exactamente, señorita Soler?

—Quiero saber qué hay en ese cuaderno que justifica treinta y cinco años de clasificación restringida —dijo Valentina—. Los archivos sobre Rasputín que están en la exposición son fascinantes pero no son secretos de Estado. Hay investigadores que llevan décadas publicando sobre los archivos de la Ojrana. ¿Por qué ese cuaderno específicamente?

Volkov la miró durante un momento en el que Valentina tuvo la extraña sensación de que el curador estaba pesando no sus palabras sino sus consecuencias.

—Esa es exactamente la pregunta correcta —dijo finalmente, en voz lo suficientemente baja como para que no llegara a nadie más—. Y no es la que yo debería responder.

Antes de que Valentina pudiera reaccionar, el curador asintió levemente con la cabeza y salió de la sala con el paso de alguien que acaba de decir más de lo que tenía previsto y prefiere no dar oportunidad a una respuesta.

Valentina se quedó inmóvil un instante. Luego abrió su cuaderno y escribió la frase textualmente entre comillas. Debajo añadió: *Volkov sabe algo. Y tiene miedo de saberlo.*

Pasó el resto de la mañana recorriendo la exposición con la acreditación de prensa que le permitía acceder a las salas fuera del horario general de visitas. Los documentos eran extraordinarios en su conjunto: informes de la Ojrana sobre las actividades de Rasputín entre 1906 y 1916, transcritos con la minuciosidad obsesiva de una policía secreta que vigilaba cada movimiento, cada visita, cada conversación en restaurantes y salones aristocráticos. Había telegramas originales enviados por Rasputín al zar, cartas de la zarina Alejandra que describían al místico siberiano con una devoción que rozaba la veneración religiosa, y fotografías de la época reproducidas en gran formato.

Se detuvo ante la más conocida de todas. Era el retrato tomado por el fotógrafo Luka Zlotnikov en 1916, el último año de vida de Rasputín, cuyo original se conservaba precisamente en el Hermitage. La reproducción ampliada ocupaba casi toda una pared: un hombre de mediana edad con barba oscura y larga, vestido con una túnica oscura, mirando directamente

al objetivo con una intensidad que la cámara de Zlotnikov había capturado con una fidelidad que no se marchitaba con el tiempo. Los ojos claros —grises o azules, era imposible determinarlo en blanco y negro— miraban desde la fotografía con la expresión de alguien que no está siendo retratado sino que está, él mismo, examinando al fotógrafo.

Todos los que conocieron a Rasputín en vida describieron sus ojos de la misma manera, con independencia de si lo amaban o lo aborrecían: ojos que parecían saber algo que el interlocutor no había dicho todavía. La frase aparecía en los testimonios con una consistencia que era, en sí misma, un dato histórico notable.

Valentina llevaba quizás tres minutos mirando la fotografía cuando tuvo la certeza súbita, completamente irracional, de que los ojos de la imagen la estaban mirando a ella específicamente. No al objetivo de la cámara. No al espacio general de la sala. A ella. Lo descartó de inmediato: era el efecto bien documentado que producen ciertas fotografías de gran formato cuando se las mira durante tiempo prolongado. La ilusión de la mirada que sigue al espectador es explicable por la posición frontal de los ojos en relación con el plano de la imagen, conocida desde los retratos renacentistas. No era nada.

Se alejó de la fotografía y continuó el recorrido.

Esa tarde, de regreso en la habitación, revisó su teléfono y encontró un mensaje de un número desconocido. Estaba escrito en español correcto, sin errores, con una precisión que no era la de ningún traductor automático.

Decía: *No pregunte más por el cuaderno. Regrese a México.*

Valentina leyó el mensaje tres veces. Luego hizo una captura de pantalla y la guardó en dos carpetas distintas de su teléfono. Abrió su cuaderno de papel, anotó la fecha, la hora y el número remitente, y transcribió el texto entre comillas. Debajo, con la letra más apretada que usaba cuando pensaba en voz alta sobre el papel, escribió una sola línea:

Alguien que escribe en español sabe que estoy aquí y no quiere que pregunte por el cuaderno. Lo cual significa que las preguntas correctas son exactamente las que estoy haciendo.

Cerró el cuaderno y se quedó mirando el techo de la habitación durante un momento. Luego tomó el teléfono y llamó a Mariana Fonts.

—Mariana. Necesito más días.

—¿Cuántos?

—No lo sé todavía.

Hubo una pausa al otro lado de la línea.

—¿Hay historia? —preguntó su editora.

—Hay algo —dijo Valentina—. Todavía no sé exactamente qué. Pero alguien acaba de pedirme que me vaya, y eso generalmente significa que hay razón para quedarse.

Mariana Fonts tardó exactamente cuatro segundos en responder, que era el tiempo que necesitaba para hacer el cálculo entre el presupuesto disponible y el instinto periodístico de alguien que lleva veinte años editando a Valentina Soler.

—Tienes una semana más —dijo—. Después hablamos.

Valentina colgó. Afuera, San Petersburgo en enero había terminado de oscurecerse a las cinco de la tarde con la puntualidad indiferente de un fenómeno natural que no necesita excusarse ante nadie.

CAPÍTULO 4 — LÍNEA HISTÓRICA

La crisis que lo cambió todo

Pokróvskoye y monasterio de Verkhoturye, 1887-1897

El dos de febrero de 1887, Grigori Yefímovich Rasputín se casó con Praskovia Fiódorovna Dubróvina en la iglesia ortodoxa de Pokróvskoye. Ella tenía veintiún años, él dieciocho. Era tres años mayor que su marido y lo conocía desde niña con la indiferencia con que se conoce en los pueblos pequeños a alguien que siempre ha estado ahí: como el río Turá, como el cementerio al norte del pueblo, como la estufa de piedra en el centro de la casa que nunca se deja apagar del todo porque en Siberia el frío no espera. Lo que nadie en Pokróvskoye habría sabido predecir es que esa mujer seria, de pelo oscuro y manos de campesina, sería también la más paciente de todas las personas que Rasputín conocería en una vida que no escasearía en personas extraordinarias. La historia no ha reconocido ese mérito con la generosidad que merece, probablemente porque la paciencia es una virtud que los cronistas encuentran menos interesante que el escándalo.

Los primeros años del matrimonio fueron los de cualquier pareja campesina de la región: trabajo, invierno, iglesia, y la rutina específica de quienes saben que el margen entre sobrevivir y no hacerlo depende de que nadie en la familia se permita el lujo de descansar demasiado. Praskovia llevaba la casa con la eficiencia callada de quien no espera reconocimiento porque el reconocimiento es un privilegio que la vida siberiana no incluye entre las cosas necesarias. Grigori trabajaba la tierra de su padre, llevaba el carro a los mercados de Tiumén, bebía más de lo conveniente en las noches de sábado y rezaba con una intensidad que sus vecinos encontraban excesiva para alguien que el resto de la semana no daba muestras particulares de santidad. Era, en todos los sentidos visibles, un hombre ordinario que encajaba con dificultad en la categoría de ordinario.

Tuvieron cinco hijos en diez años. Dos murieron antes de aprender a hablar. Los tres que sobrevivieron fueron Dmitri, nacido en 1895, María en 1898, y Varvara en 1900. Pero antes de que nacieran los tres supervivientes murieron los dos primeros, y la muerte del segundo, un niño de nombre Mijaíl que vivió nueve meses, fue la grieta por la que entró todo lo demás.

Una noche de octubre de 1891, cuando el pequeño Mijaíl llevaba tres días con fiebre que no cedía y Praskovia agotaba sin resultado todos los remedios que sabía, Grigori salió de la casa y fue a buscar al único médico que existía en la región: un hombre de Tiumén que atendía a los campesinos de varios pueblos con la regularidad espaciada de quien tiene demasiados pacientes y demasiado poco tiempo para cada uno. No lo encontró. Había partido esa misma mañana hacia el norte para atender un brote de tifus en una aldea a un día de camino. Grigori regresó a Pokróvskoye de noche, con el frío de octubre cortando de la manera que solo corta en Siberia, y encontró a Praskovia sentada junto al niño con la expresión de quien ya sabe lo que va a ocurrir pero no ha terminado de aceptarlo.

—¿El médico? —preguntó Praskovia.

—No está.

—¿Cuándo regresa?

—No lo saben.

Praskovia asintió sin decir nada más. Esa noche Grigori rezó durante horas junto al niño, con una intensidad que era mitad súplica y mitad rabia, la misma mezcla que el padre Piotr le había advertido años atrás. El niño murió antes del amanecer. Y con él murió algo en Grigori que no fue exactamente la fe, porque la fe en un campesino ortodoxo siberiano no se pierde con una sola muerte ni con diez, sino algo más específico e igualmente importante: la convicción de que la vida tenía un orden comprensible y que ese orden, si uno prestaba suficiente atención, podía leerse con anticipación.

Era la misma convicción que había sostenido desde niño su capacidad de observar a las personas. Y ahora, de golpe, esa capacidad no había servido de nada.

—¿Por qué no viste que esto iba a ocurrir? —le preguntó esa mañana a sí mismo, en voz baja, mientras cavaba la tumba del niño en el suelo ya medio helado del cementerio.

No tenía respuesta. Y la ausencia de respuesta fue más perturbadora que cualquier respuesta que hubiera podido encontrar.

No hay registro preciso de los meses que siguieron a esa muerte. Lo que sí es indiscutible es que en algún momento de 1892, Grigori Rasputín dejó abruptamente Pokróvskoye, su esposa, sus hijos vivos y a sus padres ancianos, y partió hacia el oeste en dirección a los Urales. El destino era el monasterio de San Nicolás de Verkhoturye, situado a varios cientos de kilómetros, en la vertiente oriental de los Urales. Era un lugar de peregrinación antigua, conocido en toda la región por albergar las reliquias de san Simeón de Verkhoturye, un justo del siglo XVII venerado por los campesinos ortodoxos de Siberia Occidental con la familiaridad devota con que se venera a quien se considera un intercesor cercano y comprensible,

no uno de esos santos de catedral que vivieron en lugares remotos y en tiempos tan distantes que resulta difícil imaginarlos con frío en los pies.

Rasputín pasó allí varios meses trabajando como novicio, ayunando, rezando sobre las reliquias de san Simeón y durmiendo en la celda más austera destinada a los peregrinos laicos. El prior del monasterio anotó en algún informe posterior que el joven de Pokróvskoye era demasiado tosco para penetrar en los misterios de Dios por la vía académica, pero que rezaba como si ya los hubiera penetrado por otra.

Fue en Verkhoturye donde conoció al starets Makari.

Makari no era un monje en el sentido institucional. Era un asceta que vivía en una pequeña construcción de madera en el bosque que circundaba el monasterio, que comía lo mínimo necesario para seguir vivo y que recibía a quienes lo buscaban con la economía de palabras de quien ha comprendido que la mayoría de las preguntas que le hacen no necesitan respuesta sino escucha. Los campesinos de la región lo veneraban con esa devoción específica que se reserva para los hombres que parecen haber llegado a un acuerdo con la existencia que los demás todavía están negociando.

Grigori lo buscó en el bosque una tarde de noviembre, con la nieve hasta los tobillos y el aliento visible en el aire frío.

—Me dicen que usted sabe escuchar —dijo cuando encontró al anciano sentado en el umbral de su cabaña mirando los abedules.

Makari lo miró un momento antes de responder.

—Me dicen lo mismo de los árboles —dijo—. Y los árboles no hacen nada especial. Solo están quietos.

—Yo no sé estar quieto.

—Lo sé. Te he visto rezar. Rezas como si le estuvieras reclamando algo a Dios en lugar de escucharlo.

Grigori se sentó en la nieve frente al anciano sin que nadie lo invitara, con la naturalidad de quien ha caminado mucho y necesita parar.

—Perdí un hijo —dijo finalmente.

—Lo sé.

—Y antes de ese perdí otro.

—También lo sé.

—¿Y entonces? —La pregunta no era sobre los hijos muertos. Era sobre algo más grande y más difuso que Grigori no sabía cómo nombrar, pero que estaba ahí desde hacía años esperando que alguien le diera forma.

Makari guardó silencio. Un arrendajo cruzó entre los abedules y desapareció. El anciano lo siguió con los ojos hasta que se perdió entre los troncos.

—¿Qué es lo que buscas aquí? —dijo al fin.

—Busco entender por qué veo lo que veo en las personas —dijo Grigori—. Desde niño veo cosas que los demás no ven. Sé lo que van a hacer antes de que lo hagan. Sé lo que sienten aunque no lo digan. Y no sé si eso es de Dios o es mío o es el diablo que me habla. Pero lo más importante es que esa capacidad no me sirvió de nada cuando más la necesité.

—¿Cuándo fue eso?

—Cuando murió mi hijo —dijo Grigori—. No vi nada. No supe nada. Estaba sentado junto a él y no vi nada que no viera cualquier otro padre.

Makari asintió lentamente.

—Eso —dijo— es la pregunta correcta. Por fin.

—¿Qué quiere decir?

—Que lo que describes no es visión sobrenatural. Es atención. Atención extraordinaria, quizás, pero atención al fin. Y la atención funciona hacia afuera, hacia los demás. No funciona igual hacia adentro, hacia los propios. Eso no es un defecto tuyo. Es la naturaleza del instrumento.

—¿Y cómo se corrige?

—No se corrige —dijo Makari—. Se reconoce. Aprendes a separar lo que ves de lo que decides que significa. Son dos cosas distintas. Lo que ves en las personas es real. Lo que decides que significa es tuyo, y puede estar equivocado.

Grigori pasó en silencio el resto de esa tarde junto al anciano. Cuando oscureció y el frío se volvió insostenible, se levantó para regresar al monasterio.

—Una cosa más —dijo Makari—. Lo que ves en otros hombres, ¿lo ves también en ti mismo?

Grigori se detuvo sin volverse.

—No —dijo.

—Eso —dijo el anciano— es lo único que deberías aprender aquí. Todo lo demás ya lo traes contigo.

Rasputín pasó varios meses más en Verkhoturye. Aprendió a leer con mayor fluidez a través de las Escrituras. Entró también en contacto con los *jlystý*, la secta de los flagelantes, condenada por la Iglesia Ortodoxa pero presente en las regiones rurales con una persistencia tenaz. Sus reuniones nocturnas incluían cantos, danzas, flagelaciones y estados de éxtasis que los informes de la Gendarmería describían con la minuciosidad horrorizada de quien documenta algo que no comprende del todo. Ninguna investigación posterior concluyó que Rasputín fuera formalmente miembro de esa secta. Pero el contacto dejó una marca que sus biógrafos interpretaron de maneras diversas y que él mismo nunca explicó con claridad.

Regresó a Pokróvskoye en 1897, después de cinco años de peregrinaciones que lo llevaron, según algunos relatos, hasta el Monte Athos en Grecia y posiblemente Jerusalén. Era primavera y el río Turá estaba crecido con el

deshielo cuando Grigori llegó al pueblo a pie, con una bolsa pequeña al hombro y la barba considerablemente más larga que cuando había partido.

Praskovia estaba en el huerto cuando lo vio aparecer por el camino. Se quedó inmóvil durante un momento con la azada en la mano, mirándolo acercarse. Luego siguió trabajando la tierra.

—Llegaste —dijo cuando él estuvo lo suficientemente cerca para escucharla, sin levantar los ojos del surco.

—Llegué —dijo Grigori.

—Los niños están bien.

—¿Y tú?

Praskovia levantó la vista entonces. Lo miró de la manera en que se mira a alguien que ha cambiado lo suficiente para notarlo pero no tanto como para no reconocerlo.

—Yo estoy aquí —dijo—. Como siempre.

No hubo reproche en su voz. No hubo tampoco alivio exagerado ni ternura ostentosa. Solo la constatación seca de alguien que había llevado sola la casa, los hijos y la parcela durante cinco años y consideraba que ese hecho hablaba suficientemente por sí mismo sin necesidad de elaboración.

Esa noche, después de cenar, cuando los niños dormían, Grigori le contó a Praskovia algo de lo que había visto y aprendido. Ella escuchó en silencio, removiendo las brasas de la estufa con el atizador con la regularidad de alguien que escucha mientras hace otra cosa.

—¿Y ahora qué? —preguntó cuando él terminó.

—Ahora estoy aquí —dijo Grigori.

—¿Para quedarte?

—Para quedarme.

Praskovia asintió. No preguntó más. Y Grigori, mirándola desde el otro lado de la estufa, tuvo la certeza repentina de que en cinco años de peregrinaciones, en cientos de conversaciones con peregrinos, monjes, ascetas y sectarios de diversa índole, nadie le había dicho tanto con tan pocas palabras como esa mujer que llevaba cinco años sola y recibía su regreso con la misma economía de gestos con que hacía todo lo demás.

Estás viendo, pensó. *Eso es lo que hace Makari. Lo que tú también sabes hacer. Solo que con ella nunca lo habías intentado porque dabas por supuesto que ya la conocías.*

Fue la primera vez que aplicó conscientemente la distinción del anciano a alguien de su propia vida. Y lo que vio le produjo una mezcla de admiración y vergüenza que guardó para sí, porque había cosas que en Pokróvskoye tampoco se decían.

Bajo el establo de su casa construyó una pequeña capilla donde reunía a vecinos para cantar y leer las Escrituras en voz alta, con pausas largas

entre las frases, mirando a cada persona presente como si el texto estuviera dirigido específicamente a ella. Los que acudían describían la misma sensación: la de ser visto completamente, sin posibilidad de ocultarse, y la de que esa visibilidad, en lugar de resultar amenazante, era de alguna manera liberadora.

Nadie en Pokróvskoye lo sabía todavía. Él tampoco. Pero la distinción que el anciano Makari le había enseñado entre los abedules nevados había comenzado a trabajar en él con la silenciosa persistencia de una semilla que no tiene prisa porque sabe que el suelo donde cayó es el correcto.

CAPÍTULO 5 — LÍNEA PRESENTE

Moscú tiene mejores archivos y peores intenciones

San Petersburgo / tren nocturno a Moscú, enero de 2026

Valentina pasó la mañana siguiente en la habitación del hotel trabajando con la meticulosidad que aplicaba a cualquier investigación que comenzaba a tomar una forma distinta a la que le habían encargado. Abrió una carpeta nueva en su computadora y la tituló, con la economía descriptiva de sus archivos de trabajo, simplemente: *Cuaderno*. Dentro fue depositando lo que tenía: los comunicados del Hermitage, sus notas de la conferencia de prensa, la transcripción del intercambio con Volkov, la captura de pantalla del mensaje anónimo, y una lista de preguntas sin respuesta que a esas alturas ocupaba ya dos páginas del cuaderno de papel.

Entre esas preguntas había una que, cuanto más la miraba, más le parecía la que contenía a todas las demás: si el cuaderno había sido encontrado en 1991 y clasificado como restringido durante treinta y cinco años, ¿quién había tomado esa decisión, sobre qué base, y qué había en el documento que justificara mantenerlo fuera del alcance de los académicos durante más tiempo del que duró la propia Unión Soviética?

Buscó en su teléfono el nombre que llevaba dos años guardado en su agenda con la nota escueta que ponía junto a los contactos que no usa con frecuencia pero que tampoco se permite olvidar: *Savinov, D. Moscú. Romanov. Útil.* Dmitri Savinov era historiador, especializado en la familia imperial rusa, y Valentina lo había contactado en 2024 para documentar un artículo sobre Nicolás II que al final había quedado reducido a una columna de media página por razones editoriales que en su momento le habían parecido un crimen y que ahora, en retrospectiva, le parecían simplemente una de esas injusticias menores con las que el periodismo cultural convive de manera permanente. Savinov había sido generoso con su tiempo y con su conocimiento, y al final del intercambio de correos había añadido una frase que Valentina había recordado sin saber bien por qué: *Si alguna vez viene a Rusia, hay cosas que no se pueden explicar por correo electrónico.*

Marcó el número. Sonó cuatro veces antes de que alguien contestara.

—Savinov —dijo una voz de hombre, ronca con el tono específico de quien ha estado hablando durante horas o lleva demasiado tiempo sin hacerlo.

—Dmitri Alexándrovich, soy Valentina Soler. No sé si me recuerda, intercambiamos correos hace dos años sobre Nicolás II para una revista mexicana.

Hubo una pausa breve.

—La recuerdo —dijo Savinov—. Me sorprende escucharla. ¿Dónde está?

—En San Petersburgo. Vine a cubrir la exposición del Hermitage.

Otra pausa, ésta más larga.

—¿La exposición de los archivos desclasificados? —dijo Savinov.

—Esa misma. Señor Savinov, tengo algunas preguntas sobre el cuaderno que está en exhibición. El atribuido a Rasputín.

El silencio que siguió fue de una calidad distinta a los anteriores. No era el silencio de alguien que piensa qué decir. Era el silencio de alguien que está decidiendo si quiere decir algo.

—¿Dónde está exactamente ahora mismo? —preguntó Savinov finalmente.

—En mi hotel, en la calle Bolshaya Morskaya.

—¿Está sola en la habitación?

La pregunta era lo suficientemente específica como para que Valentina la registrara con atención.

—Sí —dijo.

—Ese cuaderno —dijo Savinov, con una voz que había bajado medio tono sin que Valentina pudiera determinar si era precaución o simplemente el efecto acústico de que el hombre se había alejado de alguna ventana— es un problema que no empezó con la exposición. ¿Puede venir a Moscú?

—¿Cuándo?

—Cuando quiera. Cuanto antes mejor.

Valentina miró la página abierta en su computadora, la carpeta titulada *Cuaderno*, las dos páginas de preguntas sin respuesta en su cuaderno de papel.

—Esta noche tomo el tren —dijo.

Antes de salir del hotel hizo algo que no tenía pensado hacer: fue de nuevo al Hermitage. No a las salas de la exposición sino a la tienda del museo, donde compró el catálogo oficial de la exposición en inglés y un libro de trescientas páginas titulado *Rasputín and the Fall of the Romanovs*, publicado por una editorial académica de Oxford, cuya bibliografía, revisada de pie junto a la estantería, le pareció suficientemente sólida. Los metió en la mochila junto al cuaderno de papel.

En el vestíbulo del hotel, mientras esperaba que el recepcionista le sellara la factura de los días adicionales, sacó el teléfono y releyó el mensaje

anónimo por cuarta vez. *No pregunte más por el cuaderno. Regrese a México.* Lo miró durante un momento y luego lo archivó en una carpeta que tituló, con la misma economía de sus carpetas de trabajo: *Presiones*. Era una carpeta que tenía desde hacía años y que contenía, entre otras cosas, la llamada de un abogado madrileño que en 2023 le había explicado con notable falta de delicadeza que su cliente consideraba difamatoria cierta descripción de prácticas contables que ella había publicado. Ninguna de las presiones anteriores había cambiado lo que escribió. Esta no iba a ser diferente.

Esa tarde compró el billete en la taquilla de la estación de Moscovsky, en el extremo sur de la Avenida Nevsky. Era un edificio de columnas grises y grandes ventanales que en enero recibía a los viajeros con una mezcla de viento lateral y luz artificial que producía la sensación específica de estar entrando en un lugar donde el tiempo funciona de manera diferente al exterior. Eligió el tren nocturno 001A, la Flecha Roja, que salía a las 23:55 y llegaba a la estación Leningradsky de Moscú a las 7:55. Ocho horas. Un compartimento de dos literas del que, por el precio y la suerte, tendría la litera inferior para ella sola.

Regresó al hotel, hizo la maleta con la eficiencia de alguien que lleva años viajando con una sola maleta mediana, y se sentó a revisar sus notas hasta las diez de la noche. Antes de salir hacia la estación llamó a Mariana Fonts.

—Me voy a Moscú esta noche —dijo.

—¿A Moscú? ¿Por qué?

—Porque hay alguien allí que sabe cosas del cuaderno y ha accedido a hablar conmigo.

—¿Quién?

—Un historiador que conocí hace dos años. Dmitri Savinov. Ha publicado varios libros sobre los Romanov, tiene credenciales sólidas.

—¿Es de fiar?

Valentina consideró la pregunta durante un momento.

—Tiene miedo de algo —dijo—. Los que tienen miedo de algo generalmente dicen la verdad, porque mentir requiere una tranquilidad que el miedo no permite.

Mariana procesó eso en silencio.

—Tres días más —dijo finalmente—. Si para entonces no tienes algo concreto, regresamos al plan original.

—De acuerdo.

La estación Moskovsky a las once de la noche era un mundo propio. Valentina caminó por los andenes con su maleta mediana y el cuaderno de papel en la mochila de mano, buscando el vagón que correspondía a su billete. La Flecha Roja estaba ahí, roja oscuro y con el peso silencioso de los trenes que llevan muchos años haciendo lo mismo y ya no necesitan

anunciarlo: dieciséis vagones alineados a lo largo del andén bajo una luz que hacía el frío de enero levemente más tolerable que en el exterior.

La provodnitsa, la encargada del vagón, era una mujer de unos cuarenta años con el uniforme azul oscuro de los ferrocarriles rusos y una expresión que combinaba eficiencia profesional con la reserva específica de quien pasa las noches en un espacio compartido con desconocidos y ha aprendido que la cordialidad excesiva es un gasto innecesario. Revisó el billete de Valentina, le entregó la ropa de cama doblada con la precisión de un origami institucional y le señaló el compartimento sin más comentario que el número de la litera.

El compartimento tenía dos literas, una mesita plegable entre ellas y una ventana que para cuando el tren salió de la estación, puntual a las 23:55, mostraba únicamente el reflejo interior del vagón sobre la oscuridad exterior. La litera superior estaba vacía. Valentina acomodó la maleta bajo la litera inferior, se sentó con el cuaderno abierto en las rodillas y pasó los primeros veinte minutos del viaje organizando sus notas con el ritmo suave del tren que avanzaba hacia Moscú a ciento sesenta kilómetros por hora a través de una Rusia que a esa hora de enero era simplemente oscura y extensa y completamente indiferente a todo lo que ocurría en ella.

Luego apagó la luz y se tendió en la litera sin quitarse los calcetines porque el calefactor del compartimento funcionaba bien pero no perfectamente, que es la descripción precisa de casi todo lo que funciona en los trenes nocturnos rusos desde 1931.

Durmió durante tres horas. Cuando despertó eran las tres de la madrugada y el tren avanzaba por un paisaje que la oscuridad volvía idéntico a sí mismo en todas las direcciones. Se quedó un rato con los ojos abiertos mirando el techo de la litera, escuchando el sonido del tren sobre los rieles, que en los trenes rusos tiene una cadencia específica, más lenta y más deliberada que en los europeos, como si los rieles hubieran sido tendidos con la conciencia de que la distancia que hay que cubrir es demasiado grande para apresurarse.

Pensó en el cuaderno. Pensó en la frase de Volkov: *esa es exactamente la pregunta correcta, y no es la que yo debería responder.* Pensó en el mensaje anónimo en español. Pensó en Savinov, cuya voz al teléfono había tenido ese medio tono bajo que ella asociaba no con la conspiración sino con algo más ordinario y más perturbador: la precaución de alguien que vive con una información que no puede compartir sin consecuencias y que ha aprendido, con el tiempo, a calibrar con exactitud cuánto puede decir a quién.

Volvió a dormirse aproximadamente a las cuatro. El sueño que tuvo no era de los que se recuerdan con claridad al despertar, pero había en él un hombre de pie en un espacio que podría ser una habitación o podría ser un exterior nevado —la frontera entre ambos era imprecisa de una manera que en el sueño parecía natural— que le hablaba en un idioma que no era ni

español ni ruso pero que ella comprendía sin esfuerzo. No recordó ninguna de sus palabras al despertar. Solo recordó, con una claridad que contrastaba con la vaguedad del resto, que el hombre tenía los ojos claros y que la miraba con la misma expresión que había visto esa tarde en la fotografía de Zlotnikov: no como quien mira a alguien, sino como quien reconoce a alguien que ya conocía.

Lo descartó al despertar, con la misma disciplina con que había descartado la sensación frente a la fotografía. Los sueños en los trenes nocturnos son caprichosos y no tienen valor probatorio de ningún tipo.

A las 7:40 la provodnitsa golpeó la puerta del compartimento con la puntualidad de quien lleva muchos años anunciando la llegada a Moscú quince minutos antes de que ocurra. Valentina ya estaba despierta, con la maleta lista y el cuaderno en la mochila de mano. Miró por la ventana el amanecer gris de Moscú en enero: edificios de distintas épocas mezclados sin orden aparente, la nieve de los días anteriores compactada en los márgenes de las vías, y sobre todo el tamaño, esa escala particular de Moscú que San Petersburgo, con toda su belleza imperial, no tiene: la escala de una ciudad que no fue diseñada para impresionar a nadie sino para sobrevivir a todo.

El tren entró en la estación Leningradsky a las 7:55 en punto.

Savinov la esperaba en el andén. Era un hombre de unos sesenta años, más delgado de lo que Valentina había imaginado a partir de su voz, con un abrigo oscuro que era claramente cálido y claramente viejo, y la expresión de alguien que ha llegado temprano no por cortesía sino porque lleva un rato caminando de un lado a otro pensando en algo que no puede dejar de pensar.

La vio antes de que ella lo viera a él.

—Señorita Soler —dijo en inglés cuando ella estuvo a tres metros—. Gracias por venir tan rápido.

—Gracias por recibirme —dijo Valentina.

Se estrecharon la mano. La de Savinov estaba fría a pesar del guante que acababa de quitarse.

—¿Ha desayunado? —preguntó el historiador.

—En el tren me trajeron té y algo que creo que era pan.

—Entonces desayunamos —dijo Savinov—. Hay una cafetería a dos minutos. Y necesito contarle varias cosas antes de que llegue a la primera pregunta equivocada.

Valentina lo miró.

—¿Cuál sería la primera pregunta equivocada?

—Cualquiera que haga en público —dijo Savinov, y comenzó a caminar hacia la salida de la estación con el paso de alguien que conoce bien ese andén y prefiere no quedarse en él más tiempo del necesario.

CAPÍTULO 6 — LÍNEA HISTÓRICA

San Petersburgo era una trampa disfrazada de oportunidad

San Petersburgo, 1903-1905

Rasputín llegó a San Petersburgo en la Pascua de 1903 con una bolsa de viaje, la ropa que llevaba puesta y dos cartas de recomendación firmadas por dignatarios eclesiásticos de Kazán y Tobolsk que lo describían, con la generosidad que los hombres de Iglesia reservan para las personas que les resultan inexplicables pero cuya presencia no pueden ignorar, como un peregrino de vida devota y poderes espirituales extraordinarios. Las cartas le abrieron la puerta de la Academia de Teología, cuyo rector era el archimandrita Teófanes, hombre de cincuenta años, confesor de la zarina Alejandra Fiódorovna y uno de los eclesiásticos más influyentes de la capital imperial.

Teófanes recibió a Rasputín en su despacho un martes de abril con la luz blanca y fría de la primavera petersburguesa entrando por los altos ventanales. Lo miró durante un momento largo antes de hablar, con la atención de alguien que ha recibido muchos hombres recomendados por cartas y ha aprendido que las cartas dicen lo que quien las escribe quiere decir, y los hombres dicen siempre otra cosa.

—Siéntate —dijo en ruso, señalando la silla frente al escritorio.

Rasputín se sentó. Tenía treinta y cuatro años, la barba oscura ya considerable, las manos de campesino que ningún número de años de peregrinación había conseguido suavizar, y los ojos claros que miraban a Teófanes con la misma atención tranquila con que habrían mirado los abedules de Pokróvskoye o los mercaderes de Tiumén.

—¿Qué buscas en San Petersburgo? —preguntó Teófanes.

—Nada en particular —dijo Rasputín.

El archimandrita levantó una ceja.

—Un hombre que no busca nada en particular no recorre tres mil verstas para llegar a la capital del Imperio.

—Vengo de Kazán —dijo Rasputín—. No de Siberia. Y no vine a buscar nada. Vine porque el camino llegaba hasta aquí.

Teófanes guardó silencio durante un momento que en otro contexto podría haber sido incómodo y que en este no lo era, porque Rasputín esperaba con la paciencia de alguien que lleva años caminando y ha aprendido que los silencios también son parte del trayecto.

—¿Has comido hoy? —preguntó Teófanes finalmente.

—Esta mañana.

—¿Tienes dónde dormir esta noche?

—Todavía no.

El archimandrita llamó a un novicio para que prepararan una celda. Luego miró de nuevo a Rasputín con la expresión de alguien que acaba de tomar una decisión pequeña pero no irrelevante.

—Mañana quiero que me cuentes por qué los obispos de Kazán y Tobolsk escriben de ti como si hubieran visto algo que no saben cómo explicar pero que tampoco se atreven a negar.

—Yo tampoco sabré explicarlo —dijo Rasputín.

—Ya lo sé —dijo Teófanes—. Por eso quiero que me lo cuentes tú.

Lo que ocurrió durante los meses siguientes fue el tipo de proceso que solo es posible en una ciudad donde el poder, la fe y la búsqueda espiritual conviven en el espacio de unos pocos salones interconectados. Teófanes presentó a Rasputín en los círculos eclesiásticos y académicos de San Petersburgo con una discreción que era, en sí misma, una forma de recomendación: no lo exhibía, lo dejaba hablar, y luego observaba la reacción de sus interlocutores con la atención de un científico que ha introducido un reactivo en una solución y espera ver qué precipita.

Lo que precipitaba era casi invariablemente la misma mezcla de fascinación e incomodidad. Teófanes anotó en su diario: *Este hombre produce en sus interlocutores la sensación de ser comprendidos antes de haber terminado de hablar. No sé si eso es un don de Dios o una habilidad extraordinariamente desarrollada. Quizás ambas cosas no son incompatibles.*

La aristocracia petersburguesa de 1903 atravesaba lo que los historiadores describirían después como una fiebre espiritual. Las damas de la alta sociedad consultaban médiums, ocultistas y supuestos profetas con la misma regularidad con que visitaban a sus modistas, y con frecuencia mayor intensidad, porque la modista satisfacía una necesidad que ellas podían nombrar y los profetas pretendían satisfacer una que no. En ese universo de salones elegantes y búsquedas esotéricas que mezclaban el espiritismo europeo de moda con la tradición ortodoxa rusa, la figura de un campesino siberiano que hablaba de Dios con la autoridad de quien ha caminado hasta encontrarlo producía una curiosidad inmediata.

Fue en ese contexto donde Rasputín conoció a las grandes duquesas Militza y Anastasia de Montenegro, casadas respectivamente con los grandes duques Pedro Nikoláyevich y Nicolás Nikoláyevich, primos del zar. Las dos mujeres compartían un interés vehemente por el misticismo y habían patrocinado a varios personajes de dudosas credenciales antes de que Teófanes les presentara a este campesino que, a diferencia de sus predecesores, no pedía nada, no prometía nada específico y miraba a sus interlocutoras con una atención que resultaba difícil de clasificar.

La primera conversación larga entre Rasputín y la gran duquesa Militza ocurrió en el salón de su palacio una tarde de noviembre de 1903. Había otras cinco o seis personas presentes, entre ellas dos damas de la corte y un coronel del ejército que había llegado con la esperanza de que el

campesino siberiano le dijera si iba a ser promovido antes de fin de año, cosa que Rasputín no le dijo porque no era eso lo que el coronel en realidad quería saber, aunque el coronel no lo supiera todavía.

Militza le preguntó a Rasputín, con la franqueza de una mujer acostumbrada a que sus preguntas fueran respondidas, si era cierto que podía ver el futuro.

—No —dijo Rasputín.

—¿Y el pasado de las personas?

—El pasado no hace falta verlo. Está escrito en cómo se sientan, en cómo miran, en lo que evitan tocar cuando hablan.

La gran duquesa lo observó durante un momento con los ojos ligeramente entornados de quien está evaluando si lo que acaba de escuchar es profundo o simplemente críptico.

—¿Y qué ve usted en mí? —preguntó finalmente.

Rasputín tardó en responder. Miraba a esa mujer de cuarenta años, de porte imperial y ojos inteligentes, con la atención que Makari le había enseñado a separar de la interpretación. Veía la postura de alguien que lleva mucho tiempo siendo observada y ha aprendido a controlar exactamente lo que muestra. Veía las manos, quietas sobre el regazo con demasiada deliberación. Veía los ojos, que se movían hacia la puerta cada vez que alguien en el salón mencionaba, aunque fuera de pasada, a los hijos de la familia imperial.

—Veo —dijo finalmente— a alguien que busca algo que no sabe nombrar. Y que ha confundido esa búsqueda con el deseo de encontrar algo sobrenatural, cuando lo que en realidad busca es mucho más sencillo y mucho más difícil al mismo tiempo.

—¿Y qué es?

—Que alguien la mire como si importara lo que piensa. No lo que siente, no lo que sufre. Lo que piensa.

Hubo un silencio en el salón. Militza no respondió de inmediato. Cuando lo hizo, se volvió hacia los otros presentes y dijo, con una calma que era la calma específica de quien acaba de tomar una decisión importante:

—Creo que este hombre debería conocer a la familia imperial.

Lo que Rasputín no dijo en ese salón, y que los archivos de la Ojrana registrarían años después, es que al mirar a Militza había visto también algo más: una ansiedad relacionada con un niño que todavía no había nacido pero cuya llegada ya era esperada con una mezcla de esperanza y terror que la gran duquesa llevaba escrita en la tensión de sus hombros y en la manera en que sus ojos evitaban, sistemáticamente, cualquier mención a la sucesión dinástica. No lo dijo porque no tenía cómo explicarlo sin que sonara a visión sobrenatural. Y Rasputín había aprendido que las cosas que

no pueden explicarse es mejor no intentar explicarlas hasta que el interlocutor esté listo para escuchar la explicación correcta.

La fama de Rasputín en los salones de San Petersburgo creció durante 1904 con esa velocidad específica que tienen los rumores en los ambientes donde todo el mundo se conoce y donde la novedad es un bien escaso. Las damas de la aristocracia se lo pasaban unas a otras como se pasan las recomendaciones de modistas excepcionales: con entusiasmo proporcional a la exclusividad percibida. Él acudía a los salones que le abrían las puertas, se sentaba donde le indicaban, comía con el apetito sin disimulo de alguien que ha pasado años sin comer regularmente, bebía el té en el vaso con el mismo gesto de los trenes siberianos, y luego escuchaba.

Era lo que más desconcertaba a sus anfitriones. Habían recibido antes a médiums que hablaban sin parar sobre visiones y presencias, a astrólogos que construían complicados sistemas de correspondencias cósmicas, a teósofos que citaban a Madame Blavatsky con la devoción de conversos recientes. Rasputín escuchaba. Y cuando hablaba, hablaba sobre lo que había escuchado, devolviendo a las personas una versión de sí mismas que era más precisa y más compasiva que la que ellas habían ofrecido.

Una tarde de otoño de 1904, en el salón de la condesa Ignatiev en la calle Bolshaya Morskaya, una mujer de unos treinta y cinco años llamada Natalia Ostróvskaya le dijo, frente a un grupo de doce personas, que había escuchado que él podía curar enfermedades con la imposición de manos.

—No —dijo Rasputín.

—¿No puede curar enfermedades?

—No con las manos.

—¿Entonces cómo?

Rasputín la miró durante un momento. Natalia Ostróvskaya tenía los ojos ligeramente hinchados de quien ha llorado recientemente, una tensión en el cuello que era la tensión de alguien que lleva semanas durmiendo mal, y las manos cruzadas sobre el regazo con la rigidez de quien intenta que no tiemblen.

—¿Quién está enfermo? —preguntó Rasputín.

La mujer lo miró.

—Mi hijo —dijo, después de un silencio.

—¿Qué edad tiene?

—Cuatro años.

—¿Qué le dicen los médicos?

—Que tiene fiebre reumática. Que puede afectar el corazón.

Rasputín asintió lentamente.

—Lo que yo haré —dijo— es venir a verlo. No a curar nada. A verlo. Y a hablar con usted sobre lo que los médicos le han dicho exactamente y lo

que no le han dicho, que en los médicos siempre es tanto o más importante. ¿Eso le sirve?

Natalia Ostróvskaya tardó en responder. Cuando lo hizo tenía los ojos húmedos, no porque Rasputín hubiera dicho algo extraordinario sino, precisamente, porque no lo había dicho. Había dicho algo ordinario y honesto, que era exactamente lo contrario de lo que todos los demás personajes que había consultado en las últimas semanas le habían ofrecido.

—Sí —dijo—. Eso me sirve.

El narrador anota esto no como prueba de ningún poder sobrenatural sino como ilustración del mecanismo central que explica el ascenso de Rasputín en los salones petersburgueses: en un ambiente saturado de promesas extraordinarias, la honestidad ordinaria producía el efecto de un milagro.

El primer encuentro con el zar Nicolás II ocurrió casi dos años después, el primero de noviembre de 1905, en el Palacio Peterhof, a las afueras de San Petersburgo. Era un edificio de proporciones colosales construido por Pedro el Grande como respuesta rusa al Versalles de Luis XIV, con sus ciento cuarenta y cuatro fuentes y sus jardines que en noviembre estaban cerrados y cubiertos de una nieve que hacía los paseos de mármol tan resbaladizos como la situación política del Imperio en ese momento: el Domingo Sangriento de enero había matado a cientos de manifestantes frente al Palacio de Invierno, la guerra con Japón había terminado en una derrota humillante, y el Manifiesto de Octubre había arrancado al zar la promesa de una Duma que nadie en la corte quería pero que la presión popular había vuelto inevitable.

Rasputín llegó con las duquesas montenegrinas, que lo habían preparado para el encuentro con instrucciones específicas sobre el protocolo que él escuchó con paciencia y aplicó a su manera, que consistía fundamentalmente en ignorar el protocolo cuando este interfería con la observación.

El zar lo recibió en una sala pequeña, sin el ceremonial completo de las audiencias formales. Era un hombre de treinta y siete años, de estatura media, con la barba cuidada y los ojos azules que la fotografía reproducía con fidelidad pero que en persona tenían algo que ninguna fotografía podía capturar: el agotamiento específico de alguien que lleva años tomando decisiones que no sabe si son correctas y en quien la incertidumbre se ha instalado con la permanencia de los muebles.

La conversación duró aproximadamente una hora. Nicolás anotó esa noche en su diario personal, con la sobriedad característica de sus entradas: *Hemos conocido a un hombre de Dios, Grigori, de la provincia de Tobolsk.* No lo llamó santón, ni místico, ni curandero. Lo llamó hombre de Dios, con la sencillez de quien ha encontrado exactamente lo que buscaba sin esperarlo.

Lo que Rasputín dijo esa tarde en Peterhof no quedó registrado en detalle. Lo que sí quedó registrado, en el diario del zar y en la correspondencia

posterior de la zarina, es la sensación que produjo: la de un hombre que no pedía nada, no prometía nada, y escuchaba con una atención que la familia imperial, rodeada de cortesanos que siempre querían algo, no había experimentado en mucho tiempo.

Era, el narrador lo apunta con la misma ambigüedad deliberada que Rasputín habría reconocido, exactamente lo que el padre Piotr de Pokróvskoye le había dicho años atrás junto al candil: si lo que ves sirve para ayudar a otros, es un don. Rasputín estaba ayudando, sin duda. Lo que nadie podía determinar todavía con certeza era si lo hacía porque tenía un don, porque tenía una inteligencia excepcional para leer a los seres humanos, o porque las dos cosas eran, en el fondo, la misma.

CAPÍTULO 7 — LÍNEA PRESENTE

El académico que sabía demasiado y dormía muy poco

Moscú, enero de 2026

La cafetería estaba a dos minutos de la estación Leningradsky, en una calle lateral que Savinov conocía con la familiaridad de quien la ha caminado muchas veces y en distintos estados de ánimo. Era un local pequeño, con mesas de madera oscura, ventanas empañadas por el contraste entre el frío exterior y el calor interior, y el olor específico de café y pan recién horneado que en cualquier ciudad del mundo produce la sensación provisional de que las cosas están mejor de lo que realmente están. Savinov eligió la mesa del rincón más alejado de la ventana y se sentó de espaldas a la pared, de cara a la puerta, con el abrigo todavía puesto. Era un gesto que Valentina reconoció de inmediato: la postura de alguien que quiere ver quién entra sin que lo vean mirar.

Pidieron café. Valentina pidió también tostadas porque llevaba ocho horas en un tren nocturno y el té con algo que parecía pan que le habían traído a las siete de la mañana no había resultado suficiente. Savinov no pidió nada de comer, lo que también era un dato: los hombres que no tienen apetito por la mañana generalmente tienen algo que les ocupa el espacio que el hambre debería ocupar.

—¿Hace cuánto no duerme bien? —preguntó Valentina, mirándolo mientras esperaban.

Savinov la miró con una expresión que oscilaba entre la sorpresa y la resignación.

—¿Tan evidente es?

—Los ojos. Y la manera en que revisó la puerta tres veces desde que nos sentamos.

—Desde que el Hermitage anunció la exposición —dijo—. Hace dos meses aproximadamente. Pensé que el cuaderno seguiría clasificado. Lleva treinta y cinco años clasificado. No había razón para que cambiara eso ahora. Y de pronto aparece en una vitrina con una cartela que dice *autenticidad en*

proceso de verificación, como si fuera un objeto ordinario cuya procedencia no está del todo clara.

—¿Usted ha visto el cuaderno?

—Reproducciones fotográficas de algunas páginas. Las mismas que el museo usó para el catálogo. No el documento completo.

—¿Y qué hay en esas páginas?

Savinov esperó a que el camarero depositara los cafés y se alejara antes de responder. Era un hábito, no paranoia: la precaución de alguien que ha aprendido a calibrar los momentos en que se puede hablar y los que requieren esperar a que no haya nadie cerca.

—Anotaciones —dijo—. Escritas en un cirílico de finales del siglo XIX, con una caligrafía irregular que es consistente con alguien que aprendió a escribir de adulto. Sobre personas específicas de la corte imperial. Sus nombres, sus cargos, y descripciones de sus estados emocionales e intenciones con un nivel de detalle que no tiene ninguna explicación ordinaria.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Le voy a dar un ejemplo concreto. —Savinov envolvió el vaso de café con las dos manos—. En una de las páginas que he podido ver, fechada aproximadamente en 1912, hay una descripción de un oficial de la Ojrana. Nombre completo, cargo, y luego estas palabras exactas: *Este hombre lleva una doble vida que terminará destruyéndolo. Lo que muestra al zar no es lo que muestra a sus otros amos.* Nada más. Sin explicación de cómo llegó a esa conclusión. Los archivos históricos confirman que ese oficial fue arrestado en 1914 acusado de filtrar información militar a Alemania. El nombre coincide exactamente.

Valentina dejó la taza sobre la mesa y tomó su cuaderno de papel. Savinov la observó comenzar a escribir.

—¿Siempre escribe a mano?

—Las cosas importantes, sí. Los archivos digitales se pierden, se hackean, se borran. El papel solo desaparece si alguien lo quema deliberadamente.

—En Rusia —dijo Savinov— eso no es necesariamente un argumento tranquilizador.

—No —dijo Valentina—. Supongo que no.

Siguió escribiendo durante un momento. Luego levantó los ojos.

—¿Hay más entradas con ese patrón?

—En las páginas que he visto, al menos cuatro o cinco. Una descripción de una persona, una conclusión sobre sus intenciones, y silencio. Sin referencias a visiones ni a revelaciones divinas. Solo la observación y el resultado. Y los resultados, todos los que he podido cruzar con registros históricos, son correctos.

—¿Cuándo fue encontrado el cuaderno exactamente?

Savinov miró la mesa durante un momento, como si estuviera decidiendo hasta dónde llegar en esa primera conversación.

—En 1991 —dijo finalmente—. Durante el caos del desmoronamiento soviético. No fue encontrado por casualidad. Fue encontrado porque alguien lo buscaba: un historiador del Instituto de Historia Rusa de Moscú llamado Alexéi Borisov, que llevaba años rastreando documentos del período imperial que el KGB había confiscado tras la Revolución. Borisov identificó el cuaderno, lo autentificó provisionalmente mediante análisis paleográfico y solicitó su transferencia al Instituto para estudio académico.

Savinov se detuvo. Bebió un sorbo de café. Valentina esperó.

—Tres semanas después de esa solicitud —continuó el historiador—, Borisov murió en un accidente de tráfico en las afueras de Moscú. La solicitud fue archivada. El cuaderno fue reclasificado como material restringido por el FSB, que en 1991 era todavía el KGB con un nombre nuevo y los mismos reflejos.

Valentina dejó el bolígrafo sobre el cuaderno.

—¿Accidente de tráfico —repitió.

—Las autoridades lo clasificaron como tal. Borisov conducía solo de noche en una carretera con visibilidad reducida por la nieve. Técnicamente nada extraordinario. —Una pausa—. Era mi director de tesis. Tenía cuarenta y ocho años.

El silencio que siguió fue de los que tienen peso. La mujer mayor del otro lado de la cafetería le decía algo al perro pequeño en un murmullo que llegaba como sonido pero no como palabras. Afuera, en la calle lateral, alguien pasó con un carrito de reparto metálico cuyos ruedas sobre el pavimento helado producían un chirrido que duró tres segundos y luego desapareció.

—¿Por qué me está contando esto? —preguntó Valentina—. Tiene razones concretas para no hacerlo.

Savinov la miró durante un momento con los ojos de alguien que lleva mucho tiempo esperando que alguien haga exactamente esa pregunta.

—Porque llevo treinta y cinco años sabiendo lo que hay en ese cuaderno y sin poder decírselo a nadie —dijo—. Y porque usted es periodista extranjera, que en Rusia es el equivalente a llevar un escudo que no es perfecto pero es mejor que no llevar ninguno. Y porque tengo sesenta y dos años, paso las noches sin dormir desde hace dos meses, y hay un límite para el tiempo que un hombre puede guardar algo que merece ser conocido.

Valentina asintió. Luego preguntó:

—¿Tiene usted acceso al cuaderno completo?

—No directamente. Pero conozco a alguien que sí lo ha visto. Alguien que lleva doce años estudiándolo de manera independiente y que tiene una hipótesis sobre su contenido que los académicos del FSB no han querido considerar porque si la consideraran tendrían que admitir algo que no les conviene admitir.

—¿Qué?

—Que el cuaderno no es un problema de seguridad nacional —dijo Savinov —. Es un problema de historia. Y los problemas de historia, a diferencia de los de seguridad nacional, tienen solución.

—¿Quién es esa persona?

—Una historiadora. Irina Morozova. Trabaja en la Biblioteca Estatal. Es excéntrica, desconfiada de los periodistas en general y particularmente de los extranjeros. Pero tiene lo que usted necesita. —Se puso de pie y tomó el abrigo—. No puede contactarla usted directamente. Tendrá que esperar a que ella decida contactarla a usted.

—¿Y cómo decidirá eso?

—Observándola. —Savinov sonrió por primera vez en toda la conversación, con la sonrisa breve de alguien que rara vez se permite ese gesto—. Igual que Rasputín observaba a sus interlocutores. Irina lleva doce años estudiando a ese hombre. Algo se le ha pegado.

Pagó el café antes de que Valentina pudiera protestar y en la puerta se volvió.

—Una cosa más. El mensaje que recibió en San Petersburgo. El que le pedía que regresara a México.

Valentina lo miró.

—¿Sabe quién lo envió?

—Tengo una idea. Pero prefiero estar seguro antes de decírselo. Hay cosas que es mejor no afirmar hasta estarlo completamente. —Hizo una pausa—. Rasputín habría estado de acuerdo con eso.

Y salió a la mañana fría de Moscú antes de que Valentina pudiera formular la siguiente pregunta.

Valentina se quedó sola en la mesa del rincón. Pidió otro café que no había pedido con intención de tomarlo sino con la intención de quedarse sentada sin que el camarero tuviera razones para acercarse, y pasó los siguientes veinte minutos revisando lo que había escrito en el cuaderno. Era mucho. Era también, reconoció con la honestidad que se exigía a sí misma cuando valoraba sus propias investigaciones, insuficiente. Tenía nombres, fechas, una muerte posiblemente no accidental en 1991, y una hipótesis sobre el cuaderno que todavía no había escuchado completa porque la persona que la tenía no había decidido todavía si podía confiarle algo que había guardado durante doce años.

Lo que sí tenía, y esto lo escribió al pie de la última página con letra más grande que el resto: *Alguien encontró el cuaderno en 1991, murió tres semanas después, y el cuaderno fue clasificado. Treinta y cinco años más tarde el cuaderno aparece en el Hermitage. ¿Qué cambió? ¿Por qué ahora?*

Esas eran las preguntas que importaban. Las que tenían debajo todo lo demás.

Dejó el segundo café sin tocar, dejó el importe exacto sobre la mesa y salió a la calle lateral donde el frío de enero en Moscú la recibió con la indiferencia monumental de una ciudad que ha visto demasiadas cosas como para sorprenderse de que alguien camine por ella pensando en un campesino siberiano muerto en 1916.

Tenía un hotel que reservar y una historiadora excéntrica que encontrar.

Empezó por el hotel.

El que eligió estaba en la calle Tverskaya, a quince minutos a pie de la Biblioteca Estatal donde trabajaba Irina Morozova. No era un criterio turístico sino estratégico, y Valentina no se molestó en disimularlo ante sí misma. Llevaba suficientes años haciendo este trabajo como para saber que la geografía de una investigación importa: estar cerca de donde están las fuentes no garantiza nada, pero estar lejos garantiza la pérdida de tiempo que en las investigaciones difíciles siempre resulta crítica.

La habitación era más pequeña que la de San Petersburgo y más silenciosa, lo que en Moscú era un mérito considerable. Dejó la maleta sin abrir, como siempre hacía cuando llegaba a un lugar que no sabía cuánto tiempo iba a ser suyo, y se sentó en la cama con el cuaderno de papel abierto en las rodillas y la computadora sobre la almohada.

Durante la hora siguiente hizo lo que hacía siempre al principio de una investigación que había dejado de ser lo que parecía: construyó un mapa. No un mapa geográfico sino un mapa de personas y conexiones, dibujado a mano en una página en blanco del cuaderno con la metodología que había aprendido de un editor de investigación en Madrid que le había dicho, hace muchos años y con la convicción de alguien que ha destripado suficientes historias para saber de qué habla, que toda historia tiene un centro de gravedad que no siempre es la historia que uno cree estar contando.

En el centro del mapa puso: *Cuaderno.* A su alrededor, conectados con líneas de distinto grosor según la intensidad de la relación: Rasputín, Volkov, el FSB, Savinov, Borisov —muerto, 1991—, Morozova, el mensaje anónimo en español, y en un círculo aparte, ligeramente desplazado del resto, una pregunta que no era un nombre sino una posibilidad: *¿Quién decide que el cuaderno sale ahora?*

Porque esa era la pregunta que Savinov había dejado flotando sin responder y que Valentina no le había podido formular antes de que saliera por la puerta. Si el cuaderno llevaba treinta y cinco años clasificado y alguien había muerto en 1991 por intentar sacarlo de esa clasificación, la

aparición de la vitrina del Hermitage no era un gesto de apertura histórica espontánea. Era una decisión. Alguien la había tomado. Y ese alguien tenía razones que todavía no eran visibles desde donde Valentina estaba parada.

Cerró el cuaderno. Eran las once de la mañana en Moscú. Afuera, la Tverskaya avanzaba hacia el Kremlin con el tráfico denso y ruidoso de una ciudad que nunca ha aprendido a moverse despacio porque nunca ha tenido tiempo para ello.

Valentina abrió la computadora y buscó: *Irina Morozova historiadora Biblioteca Estatal Moscú esoterismo período imperial ruso.*

Encontró tres artículos académicos publicados entre 2008 y 2019 en revistas de historia rusa, todos sobre el mismo tema: las corrientes esotéricas y místicas en la aristocracia imperial rusa entre 1890 y 1917. El último artículo, de 2019, tenía una nota al pie que Valentina leyó dos veces: *La autora agradece el acceso a materiales del Archivo Histórico del FSB concedido en 2008 para los fines de esta investigación.*

Diecisiete años atrás. Morozova había tenido acceso al cuaderno en 2008, había publicado su último artículo en 2019, y desde entonces no había publicado nada más.

Valentina escribió en el cuaderno, subrayado: *¿Qué vio Morozova en el cuaderno que la hizo dejar de publicar?*

Era una pregunta nueva. Era también, lo supo en el momento en que la escribió, probablemente la más importante que tenía hasta ese momento.

CAPÍTULO 8 — LÍNEA HISTÓRICA

El niño enfermo y el hombre que aprendió a callar en el momento justo

Palacio de Tsárskoye Seló, 1906-1912

El zarevich Alekséi Nikoláyevich Románov nació el doce de agosto de 1904 y su llegada fue recibida con una alegría que en la familia imperial tenía una calidad específica: la del alivio. Cuatro hijas habían llegado antes —Olga, Tatiana, María y Anastasia— y cada una había sido bienvenida con el afecto genuino de unos padres que se amaban, pero también con la decepción callada de una corte que necesitaba un heredero varón para la continuidad de la dinastía más antigua de Europa. Cuando finalmente nació el niño, los cañones dispararon trescientas salvas en San Petersburgo y las campanas de las iglesias ortodoxas de todo el Imperio sonaron durante horas con el sonido específico de las campanas cuando anuncian algo que se ha esperado demasiado tiempo.

Los síntomas de la hemofilia aparecieron a las pocas semanas, cuando el ombligo del recién nacido comenzó a sangrar sin detenerse. Los médicos del palacio lo diagnosticaron con la rapidez de quien reconoce algo que ya sabía que podía llegar: la emperatriz Alejandra era nieta de la reina Victoria de Gran Bretaña, portadora de la enfermedad, y la hemofilia había aparecido ya en otros descendientes de la familia real británica en España y

Alemania. La noticia fue clasificada inmediatamente como secreto de Estado. El heredero del Imperio más poderoso de Europa no podía presentarse ante sus súbditos como un niño que podía morir desangrado por un golpe menor. La fragilidad de la sucesión dinástica era una información que los enemigos del Imperio, internos y externos, habrían aprovechado con una eficacia que nadie en el palacio deseaba imaginar.

Lo que esto significaba en la práctica era que Alekséi crecía rodeado de una angustia permanente que los adultos de su entorno intentaban disimular con una habilidad directamente proporcional al terror que sentían. No podía correr libremente. No podía jugar sin supervisión. No podía subirse a los árboles de los jardines de Tsárskoye Seló ni caerse de las bicicletas que los otros niños de su edad usaban sin consecuencias. Cada hematoma podía desencadenar una hemorragia interna que los médicos del palacio trataban con los recursos disponibles en la medicina de 1904. Entre esos recursos, el más usado para aliviar el dolor de las hemorragias articulares era la aspirina, descubierta apenas seis años antes y considerada entonces el analgésico más moderno y eficaz del arsenal terapéutico disponible. Lo que nadie sabía era que la aspirina inhibe la agregación plaquetaria y dificulta la coagulación: en un paciente hemofílico, administrarla era el equivalente médico de intentar apagar un incendio con petróleo. Los médicos del palacio, sinceramente convencidos de que hacían lo correcto, agravaban sistemáticamente la condición que intentaban tratar.

Rasputín fue invitado por primera vez al palacio de Tsárskoye Seló en octubre de 1906. Llegó una tarde de lluvia fría, con el abrigo de campesino que seguía usando a pesar de que para entonces había frecuentado suficientes salones aristocráticos como para saber que ese abrigo era la primera cosa que sus anfitriones miraban con incomodidad, y siguió usando precisamente por esa razón: la incomodidad de los poderosos ante lo que no encaja en sus categorías era, había aprendido, una fuente de información más rica que cualquier conversación bien lubricada.

Lo condujeron a la habitación del niño, que tenía dos años y padecía en ese momento una crisis de hemorragia articular en la rodilla izquierda. Los médicos llevaban tres días administrando aspirina sin resultado visible.

Rasputín entró en la habitación, miró al niño durante un momento con esa atención que sus interlocutores siempre describían como si mirara algo que los demás no podían ver, y luego se volvió hacia el médico de guardia.

—¿Qué le han dado? —preguntó.

El médico explicó el tratamiento con la condescendencia moderada de un profesional de formación académica ante un campesino iletrado que preguntaba sobre asuntos fuera de su comprensión.

—Suspéndalos —dijo Rasputín.

—Con el respeto debido —dijo el médico—, eso no es aconsejable. El niño necesita alivio del dolor y la aspirina es el tratamiento estándar para estos casos. Retirarla podría—

—Suspéndalos —repitió Rasputín, con el mismo tono exacto que la primera vez, sin alzar la voz.

Hubo un silencio. El médico miró a la zarina. La zarina miró a Rasputín. Lo que Alejandra vio en ese hombre en ese momento, según su propio relato posterior en una carta a su esposo, no fue conocimiento médico sino algo que ella no supo nombrar de otra manera que certeza: la expresión de alguien que sabe lo que dice sin necesidad de justificarlo.

—Haga lo que dice —le dijo la zarina al médico.

El médico retiró la aspirina. Rasputín se sentó junto a la cama y comenzó a hablarle al niño en voz baja, con la calma particular de los silencios bien usados, durante más de una hora. No rezó en voz alta, no impuso las manos con ningún gesto ritual, no recitó ninguna oración con la teatralidad que sus críticos le atribuían. Habló. Le habló al niño con la misma atención con que hablaba a las damas de los salones petersburgueses: como si lo que el niño sentía importara más que cualquier cosa que Rasputín pudiera decir. Y el niño, que llevaba tres días agitado por el dolor, se quedó dormido.

Al día siguiente la hemorragia mostraba signos de mejora. Al tercero había cedido casi completamente. La zarina nunca dudó después de eso. Para ella, lo que había presenciado era un milagro. El narrador, que tiene el privilegio de la distancia histórica y de los conocimientos farmacológicos del siglo XXI, puede ofrecer una explicación más prosaica: al suspender la aspirina, Rasputín había eliminado el principal factor que impedía la coagulación. La mejoría del niño no fue un milagro. Fue la consecuencia directa de retirar el tratamiento que la empeoraba. Rasputín no lo sabía científicamente. Pero su desconfianza instintiva hacia los médicos y sus remedios lo llevó a la misma conclusión a la que la medicina llegaría décadas después.

La crisis más grave ocurrió en octubre de 1912, durante las vacaciones de la familia imperial en el pabellón de caza de Spala, en Polonia. Alekséi, que tenía entonces ocho años, tropezó al bajar de un bote y se golpeó la cadera. La hemorragia interna que siguió fue de una gravedad que los médicos no habían visto antes: el niño ardía en fiebre, no podía moverse sin gritar, y la hinchazón del área afectada crecía sin detenerse a pesar de todos los tratamientos disponibles. Al décimo día, el médico jefe, el doctor Ostrógorsky, informó al zar en privado que no podía garantizar la supervivencia del heredero. Los sacerdotes fueron llamados para administrar la extremaunción.

La zarina había permanecido junto a la cama de su hijo durante diez días sin dormir más de una hora seguida. La habitación olía a medicamentos y a la cera de las velas que ardían en el rincón con la paciencia de las velas que se encienden cuando ya no queda más que rezar. Alejandra escribió el telegrama a Rasputín con las manos tan temblorosas que la segunda versión del texto era casi ilegible, y la entregó al mensajero con la

expresión de alguien que no tiene ninguna razón racional para creer que lo que está haciendo servirá de algo y lo hace de todas formas porque ya no le quedan más razones racionales.

El telegrama llegó a Pokróvskoye al atardecer. Rasputín lo leyó en la cocina de su casa, con Praskovia preparando la cena al otro lado de la estufa y los hijos ya dormidos. Leyó el texto dos veces. Luego tomó papel y escribió la respuesta sin vacilar, con esa letra irregular que nunca había terminado de dominar completamente: *Dios ha escuchado tus oraciones. No te aflijas. El niño no morirá.*

Praskovia lo oyó escribir desde el otro lado de la estufa.

—¿Qué dices? —preguntó sin girarse.

—Que el niño vivirá —dijo Rasputín.

Praskovia revolvió la olla durante un momento.

—¿Lo sabes? —preguntó.

Rasputín dobló el papel y lo selló.

—No lo sé —dijo—. Pero lo creo. Y a veces no hay diferencia.

El telegrama llegó a Spala a la mañana siguiente. La zarina lo leyó en voz alta al zar con las manos ya más firmes, como si el texto en sí mismo, independientemente de su contenido, le devolviera algo que los diez días anteriores le habían quitado. Al día siguiente, la hemorragia comenzó a ceder. Al tercero el niño pedía que le trajeran algo de comer. Los médicos imperiales, reunidos en consulta, no encontraron explicación para la mejoría súbita. El doctor Ostrógorsky anotó en su informe, con la honestidad incómoda de un hombre de ciencia ante algo que su ciencia no puede explicar: *La mejoría del zarevich ha sido tan rápida como inesperada. No tengo elementos para atribuirla a ninguno de los tratamientos aplicados.*

Nadie en el palacio de Spala leyó esa frase con la atención que merecía. Si alguien lo hubiera hecho, quizás habría llegado antes a la pregunta que los historiadores tardarían décadas en formular: si los tratamientos aplicados no habían producido la mejoría, ¿qué la había producido? Y la respuesta, que estaba disponible para cualquiera que se tomara el trabajo de buscarla, era la misma que Rasputín había dado cuatro años atrás en la habitación del niño de dos años: no lo que se había hecho, sino lo que se había dejado de hacer.

Lo que la historia oficial registró después de Spala fue la consolidación de una devoción que ya no tenía marcha atrás. La zarina Alejandra escribió al zar, que con frecuencia estaba ausente en asuntos de gobierno, cartas en las que Rasputín aparecía nombrado como *Nuestro Amigo* con las mayúsculas de quien habla de algo sagrado. Le consultaba sobre los nombramientos de ministros, sobre las decisiones de política interior, sobre la salud del niño y sobre la suya propia. No porque Rasputín tuviera conocimiento político ni médico en ningún sentido técnico, sino porque en él encontraba algo que ningún ministro, ningún médico y ningún sacerdote

de la Iglesia Ortodoxa le había ofrecido con esa consistencia: la certeza de que alguien escuchaba sin agenda, sin interés en el resultado, sin la necesidad específica de los poderosos de moldear lo que escuchan para que confirme lo que ya creen.

Rasputín, por su parte, vivía esa relación con la incomodidad creciente de alguien que ha recibido más de lo que pidió y no sabe bien cómo manejarlo. En sus visitas al palacio seguía usando el mismo abrigo de campesino. Comía con el apetito sin disimulo de quien ha pasado años sin comer regularmente. Hablaba al zar y a la zarina con la misma franqueza con que hablaba a los vecinos de Pokróvskoye, sin los eufemismos que la etiqueta cortesana requería. Esto irritaba a los dignatarios que lo rodeaban y fascinaba a los propios zares, que pasaban la vida rodeados de personas que les decían lo que querían escuchar y encontraban en ese campesino siberiano, paradójicamente, la única voz que les decía lo que pensaba.

Una tarde de invierno de 1912, pocas semanas después de la crisis de Spala, Rasputín estaba sentado en el despacho privado del zar mientras Nicolás firmaba documentos administrativos con la expresión de alguien que ha firmado tantos documentos que ya no los lee del todo. Era un hábito que Rasputín había observado en otras visitas y que le producía una inquietud que no siempre lograba callar.

—¿Lee usted todo lo que firma? —preguntó.

Nicolás levantó los ojos de los papeles.

—¿Perdona?

—Que si lee todo lo que firma. Porque firma muy rápido para haber leído todo.

Hubo un silencio de varios segundos durante el cual el zar de Rusia miró a ese campesino con la expresión específica de alguien que no está seguro de si lo que acaba de escuchar es una insolencia o una observación.

—No todo —dijo finalmente—. Confío en mis ministros.

—¿En todos? —preguntó Rasputín.

El zar no respondió. Siguió firmando. Pero esa noche anotó en su diario, con la brevedad que caracterizaba sus entradas cuando algo lo había afectado más de lo que quería admitir: *Grigori hizo hoy una pregunta que no he podido dejar de pensar.*

Rasputín regresó a su alojamiento en San Petersburgo esa noche caminando por las calles nevadas con las manos en los bolsillos del abrigo de campesino. No iba satisfecho de sí mismo, como habrían ido otros en su posición. Iba con la incomodidad específica de alguien que ha dicho algo verdadero en el lugar equivocado y sabe que esa combinación, tarde o temprano, tiene consecuencias.

CAPÍTULO 9 — LÍNEA PRESENTE

Las anotaciones que no debían existir

Moscú, enero de 2026

El mensaje llegó al teléfono de Valentina a las nueve de la mañana del día siguiente, mientras ella desayunaba en la habitación del hotel con el cuaderno de papel abierto y la computadora encendida en los artículos académicos de Irina Morozova que había estado leyendo hasta la medianoche. Era un mensaje de texto desde un número que no reconoció, escrito en inglés con la precisión gramatical del que no es su idioma nativo pero lo domina bien: *El señor Savinov ha arreglado el acceso que usted necesita. Esta tarde a las tres en el Archivo Central de Documentos Históricos, calle Bolshaya Pirogovskaya 17. Pregunte por Alexandr Petróvich. Traiga solamente su cuaderno. Sin grabadora, sin cámara, sin teléfono encendido.*

Valentina leyó el mensaje tres veces. Luego lo reenvió a su propia dirección de correo electrónico, como hacía con todo lo que consideraba importante y potencialmente vulnerable, y guardó el teléfono.

Tenía seis horas.

Las usó de la manera que usaba siempre el tiempo antes de un encuentro que no controlaba del todo: preparándose para lo que podía anticipar y dejando espacio para lo que no podía. Releyó los tres artículos de Morozova con la atención de alguien que ya no busca información general sino detalles específicos. En el segundo artículo, publicado en 2014 en una revista de historia cultural de San Petersburgo, encontró un párrafo que la noche anterior había subrayado y que esa mañana le parecía más significativo de lo que había parecido a primera vista. Morozova describía en él la tradición rusa de los *yurodivye*, los llamados locos de Dios: personas que la cultura ortodoxa consideraba tocadas por la gracia divina precisamente por su comportamiento antisocial, su indiferencia al juicio ajeno y su tendencia a decir las verdades que los cuerdos callaban. Morozova argumentaba que Rasputín había sido malinterpretado sistemáticamente porque sus contemporáneos lo leían dentro de esa categoría cuando en realidad operaba en una completamente diferente. No era un *yurodivye*. Era algo para lo que el siglo XX apenas estaba empezando a construir un vocabulario.

Valentina escribió en el margen de sus notas: *¿Qué vocabulario?* Y debajo: *Morozova sabe la respuesta. Por eso dejó de publicar.*

A la una y media, con el cuaderno guardado y el teléfono en el bolsillo, salió del hotel hacia la estación de metro más cercana. Tenía tiempo de sobra y prefería llegar con margen: los archivos de cualquier país del mundo tienen una lógica administrativa propia que conviene respetar, y llegar tarde a una cita organizada por alguien que ya estaba asumiendo un riesgo al organizarla era una descortesía que Valentina no se permitía.

En el metro leyó de pie, con el libro de Oxford sobre Rasputín abierto en una sección que trataba sobre los *stranniki*, los peregrinos errantes de la

tradición ortodoxa rusa. El autor describía cómo esa tradición había creado en la cultura popular rusa una categoría específica de persona: el hombre que camina, que no tiene casa permanente, que recibe la sabiduría del movimiento y la soledad. Rasputín había pertenecido a esa tradición durante sus años de peregrinación, pero el autor señalaba algo que Valentina subrayó con el bolígrafo: a diferencia de los stranniki típicos, que buscaban la iluminación espiritual mediante el alejamiento del mundo, Rasputín buscaba la iluminación mediante la observación intensiva del mundo. No se apartaba de las personas. Las estudiaba.

Esa distinción, leyó mientras el metro avanzaba bajo Moscú con el ruido característico de los sistemas de metro soviéticos que nunca fueron silenciosos y nunca pretendieron serlo, era la clave de algo que los biógrafos habían pasado por alto sistemáticamente: Rasputín no era un místico que tenía visiones. Era un observador que había convertido la observación en su forma de existir en el mundo. Y la diferencia entre ambas cosas, aunque pareciera sutil, lo cambiaba todo.

Cerró el libro cuando la voz grabada anunció la estación de Sportivnaya. Guardó el libro en la mochila y subió las escaleras hacia el frío de la calle Bolshaya Pirogovskaya con la mente más ordenada de lo que estaba dos horas antes.

A las dos y cuarenta llegó al archivo. La calle Bolshaya Pirogovskaya estaba a veinte minutos en metro desde la Tverskaya, en el distrito Khamovniki, cerca de la Universidad Estatal de Moscú. El Archivo Central de Documentos Históricos era un edificio de finales del siglo XIX con la fachada de ladrillo rojo oscuro que comparten en Moscú los edificios que fueron construidos con la convicción de que iban a durar mucho tiempo y que han tenido razón. La entrada principal estaba flanqueada por dos columnas de piedra que el tiempo había ennegrecido uniformemente, y el guardia de seguridad que atendía el acceso era un hombre de unos sesenta años que leyó el nombre de Valentina en una lista impresa con la concentración de alguien para quien ese acto tiene toda la solemnidad que merece.

—Alexandr Petróvich la está esperando —dijo en inglés, con el acento de alguien que aprendió el idioma para este tipo de situaciones específicas y no para ninguna otra.

Alexandr Petróvich resultó ser un archivero de unos cincuenta años con gafas de montura gruesa, una camisa azul desgastada en los codos y la expresión neutral de quien ha pasado la mayor parte de su vida profesional en compañía de documentos y ha encontrado en esa compañía algo que le resulta suficientemente satisfactorio como para no necesitar explicarlo. La condujo sin conversación innecesaria por un pasillo con el suelo de parqué que crujía a intervalos regulares, bajaron un tramo de escalera y entraron en una sala con luz fluorescente, mesas de trabajo con superficie acolchada y el olor específico a papel viejo que Valentina había aprendido a asociar, en sus años de periodismo, con la presencia de cosas que importan.

Sobre una de las mesas había una carpeta de cartón gris con las esquinas reforzadas en metal. Alexandr Petróvich la señaló con un gesto breve.

—Reproducciones fotográficas de diecisiete páginas —dijo—. Las que el FSB autorizó para consulta externa con fines de investigación histórica. Tiene dos horas. Solo notas escritas. El teléfono apagado, por favor.

Valentina apagó el teléfono, lo depositó sobre la mesa junto a su mochila, sacó el cuaderno de papel y el bolígrafo y se sentó.

Alexandr Petróvich salió de la sala sin hacer ruido, con la discreción de alguien que sabe que su presencia es innecesaria y que su ausencia es un regalo.

Las reproducciones eran fotografías en blanco y negro de alta resolución, impresas en papel fotográfico de calidad profesional. La escritura era exactamente como Valentina la había visto detrás del cristal del Hermitage: densa, sin márgenes, con una caligrafía que mezclaba la irregularidad de quien aprendió a escribir de adulto con la urgencia de quien escribe como si el papel pudiera acabársele. Pero a diferencia de la imagen a distancia detrás del cristal, aquí podía ver los detalles: la presión variable del lápiz o la pluma según el estado de ánimo del momento, las palabras tachadas y reescritas encima, las fechas anotadas al margen con una letra distinta, más pequeña, que parecía añadida después como si Rasputín hubiera regresado a sus propias notas para verificar algo.

Pasó la primera media hora leyendo y construyendo un contexto. Las primeras páginas eran difíciles de interpretar sin conocimiento del cirílico del período imperial, pero las reproducciones venían acompañadas de traducciones al inglés mecanografiadas en hojas separadas, con notas al pie que aclaraban referencias históricas y nombres propios. Las traducciones eran literales, sin pulir, del tipo que producen los traductores académicos que priorizan la fidelidad sobre la elegancia. Valentina las prefería así.

Lo que leyó durante la primera hora la mantuvo tomando notas con una concentración que no dejaba espacio para ningún otro pensamiento. Las entradas seguían el patrón que Savinov le había descrito: observaciones sobre personas específicas de la corte imperial, con nombre y cargo, seguidas de conclusiones sobre sus intenciones o su situación. Pero lo que Savinov no le había transmitido completamente era la textura de esas observaciones. No eran vagas ni proféticas en el sentido místico. Eran extraordinariamente precisas y extraordinariamente concretas, escritas con el vocabulario limitado de alguien sin educación formal pero con una capacidad de observación que compensaba con creces lo que le faltaba en sofisticación técnica.

Una entrada de 1913, referida a un senador cuyo nombre Valentina buscó más tarde en los registros históricos y encontró en exactamente el cargo mencionado, decía en traducción literal: *Este hombre habla de lealtad al zar pero mira hacia la puerta cuando lo hace. Los hombres leales no miran*

hacia la puerta. Miran a los ojos. Algo tiene guardado que le pesa más que la lealtad.

Los registros históricos confirmaban que ese senador fue uno de los firmantes del manifiesto que presionó al zar Nicolás II para que abdicara en febrero de 1917.

Otra entrada, de 1914, sobre un general del ejército: *Ha decidido algo que todavía no ha dicho. Lo sé porque come menos. Los hombres que han tomado una decisión difícil comen menos. El cuerpo ya sabe lo que la boca todavía no ha dicho.*

Valentina dejó el bolígrafo sobre el cuaderno y se quedó mirando esa frase durante un momento. No era profecía. Era observación. Era la misma observación que un psicólogo clínico del siglo XXI describiría en términos de lenguaje corporal y señales conductuales no verbales. La diferencia era únicamente el vocabulario: Rasputín no tenía el vocabulario técnico, pero tenía la percepción que ese vocabulario intenta describir.

Pasó la segunda hora buscando el patrón en todas las entradas. Lo encontró en quince de las diecisiete páginas: cada observación comenzaba con un detalle físico o conductual concreto, seguía con una inferencia sobre el estado interior de la persona, y concluía con una predicción sobre su comportamiento futuro. Era un método. Irregular, no sistematizado, sin la estructura que un científico habría impuesto, pero reconocible como método una vez que uno sabía lo que buscaba.

En la página dieciséis el patrón se interrumpía.

Era la entrada más larga del conjunto, escrita con una presión más intensa sobre el papel que las demás, como si la mano que escribía tuviera más urgencia que de costumbre. No había fecha en el margen. La traducción al pie decía simplemente: *entrada sin fecha, posiblemente 1916, análisis grafológico pendiente.*

El texto decía, en traducción literal: *Hoy no veo a nadie. Hoy me veo a mí. Y lo que veo es extraño. Siento que alguien me mira desde un tiempo que todavía no ha llegado. No es miedo. Es como cuando uno entra en una habitación y sabe que alguien acaba de salir por la otra puerta. El calor todavía está. No sé qué hacer con esto. Nunca he sentido esto antes.*

Valentina leyó el texto tres veces. Luego lo copió en su cuaderno palabra por palabra, con la letra más cuidadosa que usaba cuando quería asegurarse de no perder nada.

La puerta de la sala se abrió. Alexandr Petróvich asomó la cabeza.

—Queda media hora —dijo.

—Gracias —dijo Valentina sin levantar la vista del cuaderno.

Pasó los últimos treinta minutos copiando las entradas que consideraba más relevantes y organizando sus notas con el sistema de flechas y números que usaba para estructurar investigaciones complejas. Cuando

Alexandr Petróvich regresó a las cinco en punto, ella cerró el cuaderno, recogió el bolígrafo y encendió el teléfono.

Tenía un mensaje de Savinov: *¿Cómo fue?*

Escribió la respuesta caminando hacia la salida, con el frío de enero en Moscú golpeando la cara en el momento en que empujó la puerta de vidrio: *Hay un método. No es profecía. Es observación extraordinaria. Pero hay una entrada que no encaja. Necesito hablar con Morozova.*

Savinov respondió en menos de un minuto: *Ella ya lo sabe. Le escribirá mañana.*

Valentina guardó el teléfono. Afuera, la calle Bolshaya Pirogovskaya estaba oscura a las cinco de la tarde con la puntualidad indiferente del enero moscovita, y la nieve que había comenzado a caer mientras ella estaba en el archivo cubría el ladrillo rojo del edificio con una blancura que lo hacía parecer, por un momento, menos antiguo de lo que era.

CAPÍTULO 10 — LÍNEA HISTÓRICA

Los enemigos que él mismo fabricó sin quererlo

San Petersburgo, 1910-1913

Hay una paradoja en la historia de Rasputín que ninguno de sus biógrafos ha resuelto del todo satisfactoriamente: el mismo hombre que había construido su reputación sobre la capacidad de leer a las personas con una precisión extraordinaria fue incapaz, durante años, de leer con claridad la hostilidad que él mismo generaba. No porque fuera ciego a ella: los archivos de la Ojrana, la policía secreta zarista que lo vigilaba sistemáticamente desde 1906, muestran que era perfectamente consciente de que lo seguían. Lo que Rasputín parecía subestimar era la velocidad con que esa hostilidad se convertía en algo organizado y con recursos.

La Ojrana asignó agentes permanentes a su vigilancia a partir de 1910. Los informes que produjeron durante los seis años siguientes son un documento histórico de una riqueza involuntaria: describen a Rasputín con la minuciosidad obsesiva de quien registra todo sin entender nada, y en ese registro aparece un hombre que en muchos sentidos era exactamente lo que sus enemigos decían que era —bebedor, mujeriego, escandaloso en sus apariciones públicas— y en otros sentidos era exactamente lo contrario de lo que decían. Los informes de la Ojrana no registran un solo caso en que Rasputín pidiera dinero directamente. Registran, en cambio, docenas de casos en que tomaba regalos que sus anfitriones le imponían y los distribuía entre personas que según él los necesitaban más: campesinos que acudían a él en San Petersburgo buscando intercesión ante la burocracia imperial, mujeres que habían perdido a sus maridos en la guerra ruso-japonesa, presos cuyas familias le pedían que intercediera por ellos ante el zar.

Eso no era lo que la aristocracia quería ver. La aristocracia quería ver un charlatán que se enriquecía a costa de la familia imperial. Lo que veía en cambio era algo más incómodo: un hombre que usaba el acceso que ellos mismos le habían concedido con fines que ellos no controlaban. Y la diferencia entre un charlatán y un hombre que hace con el poder cosas que uno no aprobó es, para los poderosos, una diferencia que resulta fácil ignorar.

El primer ministro Piotr Stolypin, uno de los políticos más capaces del período imperial ruso, encargó en 1910 una investigación formal sobre las actividades de Rasputín. El informe resultante fue lo suficientemente comprometedor como para que Stolypin se presentara ante el zar con la recomendación de expulsar a Rasputín de San Petersburgo. Nicolás II, que tenía una relación complicada con Stolypin —lo respetaba como administrador y lo encontraba personalmente incómodo, que es la combinación que produce las relaciones de trabajo más difíciles— aceptó la recomendación. Rasputín fue expulsado de la capital en 1911.

La noche antes de partir, según un relato que circuló después aunque su autenticidad no puede verificarse del todo, Rasputín se encontró con un conocido en una taberna de San Petersburgo y pronunció, refiriéndose a Stolypin, una frase que el conocido recordaría con detalle extraordinario después de lo que ocurrió: *Que lo cargue la muerte. La muerte lo persigue.*

Stolypin fue asesinado en Kiev el catorce de septiembre de 1911, durante una función de gala en la ópera a la que asistía el propio zar. Un agente doble llamado Dmitri Bogrov le disparó dos veces a quemarropa. Stolypin murió cuatro días después.

Cuando la noticia llegó a Pokróvskoye, donde Rasputín estaba en ese momento, quienes lo rodeaban lo vieron recibir la noticia en silencio durante un tiempo que los testigos describieron como más largo de lo normal. Luego dijo, sin dirigirse a nadie en particular: *Ya lo sabía.* No explicó qué había sabido ni cómo. Y nadie en Pokróvskoye fue lo suficientemente valiente o lo suficientemente curioso como para preguntárselo.

El regreso a San Petersburgo se produjo poco después, con la discreción relativa de alguien que sabe que su presencia es tolerada pero no bienvenida por todos los que cuentan. Los enemigos que Rasputín había acumulado para entonces eran numerosos y de tipos muy distintos. Estaba el obispo Hermógenes, que había sido su aliado en los primeros años y se había convertido en uno de sus críticos más vehementes cuando comprendió que la influencia del campesino sobre la familia imperial era incompatible con la influencia que él mismo aspiraba a ejercer. La ruptura entre ambos ocurrió en enero de 1912 en una reunión a la que también asistió Iliodor y que los testigos posteriores describieron como una confrontación en la que Hermógenes acusó a Rasputín de conducta inmoral con mujeres de la corte y Rasputín respondió con una calma que sus acusadores encontraron más irritante que cualquier argumento. Hermógenes fue enviado al exilio en un monasterio por órdenes de la

familia imperial, que lo consideró responsable del escándalo más que a Rasputín. El obispo nunca perdonó eso.

Estaba el monje Iliodor, predicador de masas con un talento genuino para la demagogia popular y una ambición política que el hábito monástico apenas disimulaba, que había pasado de la devoción a la hostilidad en el tiempo que tardó en comprender que Rasputín no iba a aliarse con sus campañas contra los liberales y los judíos. La ruptura de Iliodor con Rasputín produjo, entre otras cosas, la publicación de un panfleto que circuló por San Petersburgo en 1912 con afirmaciones sobre la vida privada del favorito de la zarina que la familia imperial calificó de calumniosas y la Ojrana confiscó con una eficiencia que solo sirvió para alimentar la curiosidad de quienes no lo habían leído. Iliodor terminaría organizando el atentado de 1914.

Y estaba la prensa, que había descubierto que los escándalos atribuidos al favorito del zar vendían periódicos con una eficacia que ningún otro tema podía igualar y que, en consecuencia, producía escándalos con la regularidad de quien ha encontrado un filón inagotable. Muchos de esos escándalos eran exagerados. Algunos eran completamente inventados. Pero en política la percepción suele ser tan destructiva como la realidad, y la imagen que la prensa construyó de Rasputín durante esos años —el campesino lujurioso que gobernaba Rusia desde la cama de la zarina— resultó más duradera y más dañina que cualquier cosa que él hubiera hecho o dejado de hacer realmente.

Rasputín sabía todo esto. Lo que el narrador puede afirmar con certeza, porque los propios archivos de la Ojrana lo documentan, es que a partir de 1911 comenzó a comportarse de una manera que sus vigilantes describían como desconcertante: en ocasiones parecía actuar deliberadamente para sus vigilantes, como si supiera que lo observaban y eligiera qué mostrarles.

Una tarde de octubre de 1912, un agente de la Ojrana anotó en su informe diario: *El sujeto salió del restaurant Yar en estado de visible embriaguez, cantó en voz alta en la calle durante varios minutos, saludó a dos transeúntes que claramente no lo conocían, y luego se detuvo en la esquina y miró directamente hacia el punto donde yo me encontraba apostado antes de alejarse sin prisa aparente. No puedo determinar si me vio o si fue una coincidencia.*

Lo que el informe no recoge, porque el agente no podía saberlo, es que esa noche Rasputín había estado en el Yar durante más de tres horas con un grupo de damas de la aristocracia que lo habían invitado para una de esas sesiones que la prensa de la época describía con escándalo cuidadosamente calibrado: vodka, conversación espiritual que derivaba con la velocidad del vodka hacia territorios que la espiritualidad no cubre, y la presencia de ese campesino siberiano cuyo comportamiento en esos contextos era exactamente lo suficientemente escandaloso como para que nadie pudiera ignorarlo y exactamente lo suficientemente ambiguo como para que nadie pudiera probarlo. La Ojrana tenía informantes dentro del Yar. Los informantes producían informes. Los informes circulaban entre quienes

querían usarlos. Y Rasputín, que conocía la existencia de esos informantes con la misma certeza con que conocía la ubicación del agente en la esquina, había construido con los años una relación con su propia vigilancia que era menos la de un hombre perseguido y más la de un actor que conoce a su público y elige con cuidado qué escena representa.

Esa noche, de regreso en su apartamento en la calle Gorojovaya, Rasputín anotó en su cuaderno la entrada que los archivos del FSB conservan: *Los que me vigilan piensan que lo que ven es lo que soy. Están equivocados. Lo que ven es lo que les muestro. Lo que soy no está en ningún lugar que puedan seguir.*

Era una frase que podía leerse como la arrogancia de un charlatán consciente de su propio juego, o como la observación de alguien que había comprendido algo sobre la naturaleza de la vigilancia que sus vigilantes no habían comprendido: que todo observador modifica lo que observa por el solo hecho de observarlo, y que alguien suficientemente atento puede usar esa modificación en su favor.

El atentado llegó en el verano de 1914. Pero antes de que llegara, en la primavera de ese mismo año, ocurrió algo que los archivos registran de manera indirecta y que merece atención. Rasputín estaba en San Petersburgo, en el apartamento de la calle Gorojovaya que usaba como base durante sus estadías en la capital, cuando recibió la visita de un periodista del diario Novoye Vremya que quería entrevistarlo sobre los rumores que circulaban acerca de su influencia sobre la familia imperial. Rasputín lo recibió con la hospitalidad sin reservas que era uno de sus rasgos más desconcertantes para quienes esperaban encontrar en él la arrogancia del poderoso: ofreció té, preguntó por la familia del periodista, y luego respondió las preguntas con una franqueza que el periodista describió después, en un artículo que el editor finalmente no publicó por razones que el periodista no pudo o no quiso explicar, como la franqueza de alguien que no tiene nada que esconder porque ya no le importa lo que encuentren.

—¿Sabe usted que tiene enemigos en la corte? —preguntó el periodista.

—Todo el mundo que tiene algo tiene enemigos —dijo Rasputín—. Los que no tienen enemigos es porque no tienen nada que valga la pena quitarles.

—¿Y no le preocupan?

—Los enemigos me preocupan menos que los amigos —dijo Rasputín—. Los enemigos al menos son honestos sobre lo que quieren.

—¿Y sus amigos no lo son?

Rasputín bebió el té antes de responder.

—Mis amigos quieren que sea lo que ellos necesitan que sea —dijo—. La zarina quiere que sea la mano de Dios. Teófanes quería que fuera un santo de la Iglesia. Las damas de los salones quieren que sea un mago. Todos quieren algo distinto y todos están convencidos de que lo que ven es lo que

soy. —Hizo una pausa—. Mis enemigos al menos saben que soy un hombre. Eso me parece más honesto.

El periodista anotó todo esto pero no lo publicó. El artículo que sí publicó, tres semanas después, era sobre la producción de centeno en la región de Tobolsk.

El atentado llegó en el verano de 1914. Rasputín estaba en Pokróvskoye cuando una mujer llamada Jionia Guseva, que carecía de nariz por una enfermedad y que había sido enviada por el monje Iliodor con instrucciones específicas, se le acercó en la calle principal del pueblo con la mano tendida como si pidiera limosna. Cuando Rasputín se inclinó hacia ella, Guseva lo apuñaló en el abdomen con un cuchillo. La herida fue profunda, junto al ombligo, y los médicos que lo atendieron en Tiumén consideraron durante varios días que podía ser fatal.

No lo fue. Rasputín tardó semanas en recuperarse y la convalecencia fue dolorosa, pero sobrevivió. Guseva fue detenida y declarada demente por un tribunal, lo que muchos en la aristocracia petersburguesa interpretaron como una decisión judicial influida desde el palacio imperial para proteger al favorito de la zarina.

Lo que Rasputín dijo durante la convalecencia sobre el atentado quedó registrado por su hija María, que estaba presente en varios momentos. Según su relato, el padre no habló de rabia ni de deseos de venganza. Habló, con la misma calma desconcertante que siempre había producido en quienes esperaban de él reacciones ordinarias, de algo diferente.

—¿Por qué no lo viste venir? —le preguntó María un día, con la franqueza de los dieciséis años.

Rasputín la miró desde la cama donde convalecía.

—Lo vi —dijo.

—¿Y entonces?

—Entonces decidí ir de todas formas —dijo Rasputín—. Hay cosas que uno ve venir y que vienen igual. La pregunta no es si verlas sirve para evitarlas. La pregunta es qué hace uno con lo que sabe.

María no respondió. Años después, cuando escribió sus memorias desde el exilio, dedicó tres páginas a intentar explicar qué había querido decir su padre con esa frase. No llegó a ninguna conclusión satisfactoria. El narrador tampoco.

CAPÍTULO 11 — LÍNEA PRESENTE

Alguien ha estado en la habitación

Moscú, febrero de 2026

Valentina regresó al hotel a las seis de la tarde con el cuaderno lleno de notas y la certeza de que lo que había visto en el archivo cambiaba la naturaleza de la historia que estaba cubriendo. No era ya una historia sobre

un cuaderno misterioso de dudosa autenticidad. Era una historia sobre un método. Sobre una mente que había operado con una coherencia extraordinaria durante años dejando un rastro documental que nadie había querido leer con la atención necesaria porque hacerlo obligaba a preguntas cuyas respuestas resultaban incómodas para casi todo el mundo. Entró en la habitación, encendió la luz y dejó la mochila sobre la cama. Fue al baño a lavarse las manos. Cuando regresó y fue a sacar el cuaderno de la mochila se detuvo.

Algo estaba diferente.

No era algo que pudiera articularse de inmediato: era la sensación acumulada de varios detalles pequeños que individualmente no significaban nada y juntos significaban todo. La mochila estaba sobre la cama en el mismo lugar donde la había dejado, pero con la cremallera cerrada en el lado contrario al que ella siempre la dejaba. El cargador del teléfono sobre la mesita de noche estaba desplazado dos centímetros hacia la izquierda. Y el cuaderno de papel —el que esa mañana había metido apresuradamente en el cajón inferior de la mesita porque no cabía en la mochila con todos los demás materiales— estaba abierto.

Lo había dejado cerrado. Lo recordaba con la claridad de un hábito convertido en reflejo: cerrar el cuaderno, dejarlo boca abajo con la tapa trasera visible, meter el bolígrafo en el espiral de la izquierda. Ahora estaba abierto en una página del medio, una de las primeras entradas tomadas en San Petersburgo.

Valentina no tocó el cuaderno. Se quedó de pie mirándolo durante un momento con la atención desapasionada con que había aprendido a mirar cualquier escena que le dijera algo importante. Luego hizo un recorrido sistemático de la habitación: el armario, el cajón del escritorio, la maleta bajo la cama. Todo estaba en su lugar. Nada faltaba. Quien había estado ahí no había venido a robar. Había venido a leer.

Tomó el teléfono y llamó a Savinov. No contestó. Lo intentó a las siete. A las ocho. A las nueve envió un mensaje: *Alguien ha estado en mi habitación. Revisaron el cuaderno. Necesito hablar.* El mensaje fue entregado. El doble check azul no apareció.

Esa noche no durmió bien. No por miedo, que era una emoción que había aprendido a reconocer y a gestionar con la disciplina de quien ha estado bajo presión antes, sino por algo más productivo y más perturbador: la certeza de que el espacio en que se movía se estaba cerrando más rápido de lo que había calculado. Alguien sabía en qué hotel se hospedaba. Alguien tenía acceso a su habitación. Y ese alguien, en lugar de robarle el cuaderno o destruirlo, lo había leído y devuelto. Eso era una advertencia. Era también, si uno lo miraba desde el ángulo correcto, una forma de comunicación: no te quitamos lo que tienes, te mostramos que podríamos haberlo hecho.

Valentina pasó la primera parte de la noche reorganizando sus notas más importantes en fotografías enviadas a su correo electrónico, con el texto de cada página transcrito en el cuerpo del mensaje. Era un método torpe pero efectivo: si alguien se llevaba el cuaderno físico, el contenido sobrevivía. Si alguien accedía a su correo electrónico, el cuaderno físico seguía siendo suyo. Dos vulnerabilidades distintas eran siempre preferibles a una sola con toda la exposición concentrada.

A las once de la mañana del día siguiente, sin noticias de Savinov, llamó al número de la Academia Histórica donde él enseñaba. Una secretaria le informó con la neutralidad entrenada de quien da malas noticias sin implicarse en ellas que el profesor Savinov se encontraba de baja por razones personales.

—¿Desde cuándo? —preguntó Valentina.

—Desde ayer —dijo la secretaria.

—¿Hay alguna manera de contactarlo?

—No disponemos de esa información para el público general.

Valentina colgó. Ayer era el mismo día que había pasado en el archivo revisando las reproducciones del cuaderno. El mismo día que alguien había estado en su habitación. La coincidencia era del tipo que los periodistas aprenden a no llamar coincidencia.

A mediodía llegó un mensaje desde un número desconocido ruso, en inglés sin errores: *El señor Savinov ha tenido que ausentarse por razones familiares urgentes. No espere noticias en los próximos días.*

Valentina leyó el mensaje tres veces. Lo reenvió a su correo. Luego abrió una página nueva en el cuaderno y escribió arriba, con letra grande y subrayada: *¿Quién envía este mensaje y por qué en inglés?*

La respuesta obvia era que quien lo enviaba sabía que ella era mexicana y no hablaba ruso. Pero había algo más en ese inglés sin errores y sin acento escrito: era el inglés de alguien que ha aprendido el idioma con cuidado porque lo usa para situaciones específicas. Era el inglés de un mensaje que quería ser entendido sin ambigüedad.

Durante la tarde Valentina construyó en el cuaderno el mapa que siempre construía cuando una investigación entraba en fase de presión. Línea cronológica desde el primer mensaje anónimo en San Petersburgo hasta el de esa mañana. Lista de actores: Volkov, el FSB, Savinov —ahora desaparecido—, Borisov muerto en 1991, Morozova, el anónimo en español. Círculos para los que tenían motivos claros para presionarla. Cruces para los que tenían motivos para ayudarla.

Lo que el mapa mostraba era claro aunque no tranquilizador: estaba sola en Moscú con un cuaderno de notas sobre un documento que alguien había clasificado durante treinta y cinco años, y su único contacto local había desaparecido en menos de veinticuatro horas con la misma velocidad y la misma opacidad con que desaparecen ciertas personas en ciertos países.

Llamó a Mariana Fonts.

—Mariana, necesito que sepas dónde estoy y lo que estoy haciendo. Por si acaso.

Hubo una pausa al otro lado.

—¿Por si acaso qué? —dijo Mariana, con el tono de quien no quiere la respuesta pero la necesita.

—Por si acaso dejo de contestar el teléfono durante más de veinticuatro horas.

Otra pausa.

—Valentina, ¿estás en peligro?

—No lo sé. Estoy en una situación que no controlo del todo. Hay una diferencia.

—¿Una diferencia pequeña o grande?

Valentina lo consideró honestamente durante un momento.

—Mediana —dijo—. Por ahora mediana.

Le explicó lo esencial a su editora: la habitación registrada, la desaparición de Savinov, el mensaje anónimo. Mariana escuchó en silencio, que era la reacción de alguien que lleva veinte años editando a Valentina Soler y sabe que el silencio es más útil que los consejos cuando ella está en medio de algo.

—¿Qué necesitas? —preguntó Mariana cuando Valentina terminó.

—Que alguien sepa. Eso es todo por ahora.

—De acuerdo. Escríbeme cada doce horas aunque sea una sola palabra. Si no lo haces, llamo a la embajada.

—De acuerdo.

—Y Valentina —dijo Mariana, con un tono ligeramente diferente al de los últimos cinco minutos, más personal y menos editorial—: ten cuidado.

—Siempre.

Colgó. A las cuatro y media llegó el mensaje que cambiaba el capítulo siguiente: un número desconocido, inglés preciso y económico: *Soy Irina Morozova. He leído sus notas del archivo. Podemos hablar mañana a las once en la Sala de Lectura Principal de la Biblioteca Estatal. Traiga solo el cuaderno. Lo reconoceré.*

Valentina respondió: *De acuerdo. ¿Cómo leyó mis notas del archivo?*

La respuesta llegó en menos de un minuto: *Porque Alexandr Petróvich trabaja para mí desde hace doce años. Buenas noches.*

Valentina cerró el teléfono. Miró el techo de la habitación durante un momento. Luego escribió al pie de la última página con notas del día: *Morozova organizó el acceso desde el principio. Lleva doce años esperando*

que alguien llegue con las preguntas correctas. La pregunta es: ¿por qué no llegó ella misma?

Afuera, Moscú en febrero estaba oscuro a las cinco de la tarde. Valentina fue al baño, se lavó la cara con agua fría y se miró en el espejo con la expresión breve de alguien que está verificando que todavía está ahí.

Estaba. Mañana a las once.

Pero no se fue a dormir de inmediato. Se quedó sentada en el borde de la cama con el cuaderno abierto en las rodillas durante más de una hora, repasando todo lo que tenía y organizando las preguntas por orden de urgencia.

La primera pregunta urgente era la más simple y la más difícil al mismo tiempo: ¿quién había estado en su habitación? Las posibilidades que su mente construía de manera automática eran tres. La primera era el FSB, que tenía acceso a cualquier habitación de hotel en Rusia con la facilidad burocrática de quien ejerce ese tipo de poder desde hace décadas y ha dejado de pensar en ello como algo extraordinario. La segunda era alguien relacionado con el autor del mensaje anónimo en español, que ya había demostrado en San Petersburgo tener información sobre sus movimientos. La tercera, y esta era la que más le costaba articular sin que pareciera excesivamente paranoica, era Morozova misma: una mujer que había organizado el acceso al archivo sin decírselo, que llevaba doce años estudiando el cuaderno en silencio y que la había contactado precisamente después de que alguien revisara sus notas.

Esa tercera posibilidad tenía una implicación que Valentina escribió en el cuaderno con letra pequeña, casi para sí misma: *Si Morozova revisó las notas, mañana ya sabe lo que encontré. La reunión de mañana no es para que yo aprenda lo que ella sabe. Es para que ella verifique que yo llegué a las mismas conclusiones que ella.*

Era una posibilidad que cambiaba completamente la naturaleza del encuentro del día siguiente. No iba a ser una fuente que le daba información. Iba a ser alguien que la estaba evaluando para decidir si podía confiarle algo que nadie más había tenido.

La segunda pregunta urgente era dónde estaba Savinov. Las dos opciones que Valentina consideraba más probables eran igualmente desagradables: o Savinov había desaparecido por voluntad propia porque la situación se había vuelto más peligrosa de lo que quería manejar, o alguien lo había persuadido de desaparecer con los medios que en ciertos contextos reemplazan a la persuasión. En cualquiera de los dos casos el resultado para ella era el mismo: estaba sola.

No era la primera vez que estaba sola en una investigación que se había complicado. En 2019 había estado tres días en Ciudad Juárez trabajando en una historia sobre desapariciones forzadas durante la cual su contacto local había dejado de responder sus mensajes después del segundo día y ella había terminado la investigación sola, con los nervios suficientemente

tensos como para notar que estaban tensos pero no tan tensos como para paralizarla. Esta situación era diferente en escala pero no en naturaleza: alguien quería que se fuera, alguien había revisado lo que tenía, y al mismo tiempo alguien quería hablar con ella. Las dos cosas simultáneas indicaban que el asunto era suficientemente importante como para que distintas personas con distintos intereses estuvieran moviéndose alrededor de él.

Valentina cerró el cuaderno a las once y media de la noche. Antes de apagar la luz tomó el teléfono y le escribió a Mariana la frase que había prometido enviarle cada doce horas: *Todo bien. Reunión importante mañana. Escribo después.*

Luego apagó la luz y se quedó un momento en la oscuridad de la habitación moscovita escuchando el silencio de un hotel donde nadie parece moverse nunca por los pasillos y sin embargo siempre hay alguien que podría estar haciéndolo.

A las once en punto del día siguiente estaría en la Biblioteca Estatal Rusa.

Antes de dormirse pensó en la última entrada del cuaderno de Rasputín que había copiado esa tarde en el archivo: *Siento que alguien me mira desde un tiempo que todavía no ha llegado.* Lo pensó no con el escalofrío fácil de quien lee algo misterioso en la oscuridad, sino con la atención metodológica de un periodista que sabe que esa frase es la pieza que no encaja en el patrón y que las piezas que no encajan son siempre las más importantes.

¿Qué había visto Rasputín esa noche? ¿O qué había querido decir con lo que vio?

Mañana a las once Morozova le diría qué sabía. Valentina esperaba que fuera suficiente para responder esa pregunta. Aunque una parte de ella, la parte que llevaba varios días conviviendo con ese cuaderno y con la historia de ese hombre, sospechaba que la respuesta de Morozova no iba a cerrar la pregunta sino a abrirla más.

CAPÍTULO 12 — LÍNEA HISTÓRICA

La guerra que él vio antes de que comenzara

Tiumén y Pokróvskoye, 1914

El veintiocho de junio de 1914, el archiduque Francisco Fernando de Austria fue asesinado en Sarajevo por un joven nacionalista serbio llamado Gavrilo Princip. La noticia llegó a Tiumén, donde Rasputín convalecía de la herida del cuchillo de Jionia Guseva, con el retraso habitual de las noticias que viajan de las capitales europeas a las ciudades siberianas: varios días de periódicos con la actualidad de hace una semana, fragmentos de conversaciones entre los médicos del hospital y sus visitantes, y la sensación progresiva de que algo estaba cambiando en el mundo con una velocidad que la distancia geográfica no conseguía atenuar.

Rasputín había pasado las primeras dos semanas de la convalecencia en un estado que los médicos describían como crítico y que él mismo describiría

después, en las pocas referencias que hizo al episodio, como el período de su vida en que más cerca estuvo de dejar de mirar hacia afuera y empezar a mirar exclusivamente hacia adentro. La herida junto al ombligo había sido profunda: Guseva le había clavado el cuchillo con la resolución de alguien que ha pensado durante semanas en ese momento y llega a él sin vacilar. Las primeras noches fueron de fiebre alta y delirio, durante las cuales los médicos del hospital de Tiumén no podían garantizar que el paciente sobreviviera. Praskovia había viajado desde Pokróvskoye para estar con él, y su presencia en la silla junto a la cama, quieta y sin aspavientos, era lo primero que él veía cada vez que abría los ojos con suficiente lucidez como para ver algo. La tercera noche, en el peor momento de la fiebre, Rasputín la llamó por su nombre varias veces con el tono de quien llama a alguien que cree que no está. Ella estaba. Siempre estaba.

Los médicos que lo atendieron dejaron registros clínicos que los historiadores encontrarían décadas después en los archivos de Tiumén. Describían a un paciente que complicaba el tratamiento no por resistencia activa sino por una indiferencia hacia su propia recuperación que los médicos interpretaban como resignación y que era, con más precisión, la actitud de alguien cuya atención estaba en otro lugar. Rasputín seguía las instrucciones, tomaba las medicinas, pero no hacía ninguna de las preguntas sobre su pronóstico que los enfermos suelen hacer cuando les importa el resultado. Las preguntas que sí hacía eran sobre lo que ocurría afuera: las noticias de San Petersburgo, lo que decían los periódicos sobre Europa, si había habido más telegramas entre las cortes.

Cuando comenzó a mejorar y pudo sentarse, pidió que le trajeran los periódicos. Los leyó con la atención de quien ha estado sin noticias del mundo durante semanas y las procesa con una velocidad directamente proporcional al tiempo que lleva sin ellas. Lo que leyó sobre Sarajevo, sobre el ultimátum austro-húngaro a Serbia, sobre la movilización de los ejércitos, sobre los telegramas entre las cortes europeas que intentaban detener lo que ya nadie podía detener, lo dejó en silencio durante un tiempo que Praskovia, que lo observaba desde la silla, describió después como el silencio de alguien que no está pensando sino viendo.

—¿Qué dice? —preguntó Praskovia finalmente, señalando los periódicos.

—Que va a haber una guerra —dijo Rasputín.

—Siempre hay guerras.

—No como esta —dijo Rasputín—. Esta va a ser diferente.

—¿Por qué?

Rasputín dobló el periódico y lo dejó sobre la cama. Miró la ventana del hospital donde el verano de Tiumén producía una luz blanca y plana que hacía a todos los objetos parecer más ordinarios de lo que eran.

—Porque esta vez todos quieren pelear —dijo—. Y cuando todos quieren pelear al mismo tiempo, ya no importa quién tiene razón ni quién empezó. Lo que importa es cuánto va a durar. Y esto va a durar mucho.

Praskovia no respondió. Había estado casada con ese hombre durante veintisiete años y había aprendido, con la paciencia que esos veintisiete años habían requerido, que cuando hablaba con esa voz particular —más baja que su voz habitual, sin el énfasis que usaba para convencer a la gente — no estaba especulando. Estaba describiendo algo que ya veía.

El telegrama al zar lo envió desde el hospital de Tiumén el veintinueve de julio de 1914, el mismo día en que Nicolás II le escribía desesperadamente a su primo el káiser Guillermo pidiéndole que hiciera algo para evitar la guerra. Rasputín no sabía de ese intercambio entre soberanos. Pero sabía, con la certeza que le había producido la lectura de los periódicos durante esos días, que el zar estaba siendo arrastrado por una corriente que ningún telegrama entre primos podía detener.

El texto que envió era directo, sin los rodeos que la etiqueta cortesana habría exigido: *No declaréis la guerra. Con la guerra vendrá el fin de Rusia y de vosotros. Perderéis a todos, hasta el último.* Luego añadió una frase que los historiadores citarían después con atención creciente: *No des paso al triunfo del mal. Reflexiona. No decidas con precipitación. El enemigo de hoy puede ser el verdugo de mañana.*

El telegrama llegó al palacio. El zar lo leyó, según el relato posterior de uno de sus ayudantes de campo. Lo dobló, lo guardó, y continuó con la reunión de estado que estaba presidiendo en ese momento. Dos días después firmó el decreto de movilización general.

Cuando la noticia del decreto llegó a Tiumén, Rasputín había recuperado suficientes fuerzas para levantarse de la cama y caminar por el pasillo del hospital con la lentitud específica de quien está reaprendiendo a usar su propio cuerpo. Un médico joven que lo atendía, llamado Vladímir Ostróvsky, lo encontró una mañana de agosto sentado en el banco del jardín del hospital mirando la calle con los ojos entornados.

—¿Cómo se encuentra hoy? —preguntó Ostróvsky.

—Bien —dijo Rasputín—. ¿Hay noticias?

—El zar ha ordenado la movilización general.

Rasputín asintió lentamente, como quien recibe la confirmación de algo que ya sabía.

—¿Usted estará en el ejército? —preguntó Rasputín.

—Probablemente —dijo el médico, con la expresión de alguien que lo ha pensado ya muchas veces y no ha llegado a ninguna conclusión satisfactoria.

—Entonces cuídese —dijo Rasputín—. No de los alemanes. Cuídese de los que mandan a los hombres a lugares de los que no regresan y nunca van ellos mismos.

El médico no respondió. Años después, escribiendo sus memorias desde el exilio en París, describiría esa conversación como una de las pocas que recordaba con precisión del período anterior a la guerra: no por lo extraordinario de las palabras sino por el tono, que era el tono de alguien que no advierte sino que constata.

Rasputín regresó a Pokróvskoye a finales de agosto, todavía convaleciente pero en condiciones de viajar. La guerra había comenzado. Los primeros informes del frente llegaban a las ciudades siberianas con el mismo retraso de siempre pero con un contenido diferente: no eran las noticias de victorias que la prensa había prometido en los primeros días sino el comienzo de algo que ya no encajaba en ninguno de los marcos que la gente usaba para entender las guerras.

Una noche de septiembre, sentado con Praskovia en la cocina de la casa de Pokróvskoye con la estufa encendida y el silencio exterior de un pueblo siberiano que duerme a las nueve, Rasputín sacó su cuaderno y escribió durante más de una hora. Praskovia cosía en silencio desde el otro lado de la mesa, con el hábito de tantos años de no interrumpir esas sesiones de escritura que a ella le parecían, simultáneamente, la cosa más ordinaria del mundo y la más difícil de explicar a cualquiera que no lo hubiera visto.

Cuando terminó de escribir, Rasputín cerró el cuaderno y lo dejó sobre la mesa.

—¿Qué escribiste? —preguntó Praskovia sin levantar los ojos de la costura.

—Lo que vi en los periódicos —dijo Rasputín—. Y lo que no está en los periódicos todavía.

—¿Y qué es eso?

Rasputín miró la llama de la vela que ardía entre ellos.

—Que esto no termina con la guerra —dijo—. La guerra termina. Lo que viene después no termina tan fácilmente.

Praskovia levantó los ojos de la costura y lo miró durante un momento.

—¿Y nosotros? —preguntó.

Rasputín la miró de la misma manera en que la había mirado aquella tarde en el campo de su padre, cuando ella llegó del huerto y él llegó de cinco años de peregrinación: con esa atención que distinguía lo que veía de lo que decidía que significaba. Luego dijo algo que Praskovia recordaría durante el resto de su vida y que nunca le explicó completamente a nadie.

—Nosotros ya estamos donde estamos —dijo—. Lo que importa es dónde van a estar ellos.

Señaló vagamente hacia el sur, en dirección a San Petersburgo, que quedaba a más de dos mil kilómetros pero que en ese momento parecía estar en la misma habitación.

Lo que Rasputín veía en esos periódicos, y que ninguno de los médicos ni de los visitantes del hospital veía de la misma manera, era el patrón. No el

patrón político ni el patrón estratégico que los generales y los diplomáticos intentaban leer en los movimientos de tropas y los ultimátums. Era el patrón humano: la conducta de los hombres que toman decisiones de guerra. Conocía esa conducta desde niño. La había visto en el mercado de Tiumén, en los salones de San Petersburgo, en el despacho del zar donde los ministros firmaban documentos sin leerlos. Era la conducta de los hombres que han decidido algo que no admiten haber decidido, y que por esa razón actúan con una velocidad y una rigidez que no dejan espacio para el arrepentimiento.

Europa entera, leída a través de los periódicos de Tiumén con retraso de una semana, estaba haciendo exactamente eso.

Cuando comenzó a mejorar y pudo sentarse, pidió papel y un lápiz. Escribió durante dos días seguidos, en las horas en que la fiebre cedía lo suficiente como para que la mano obedeciera a la cabeza. Praskovia, que no sabía leer con fluidez y nunca había intentado descifrar la letra apretada de su marido, lo observaba desde la silla sin preguntar qué escribía. Sabía que le respondería cuando terminara, si lo que escribía era de los que se cuentan.

No se lo contó todo. Pero le contó lo suficiente para que ella entendiera que lo que estaba ocurriendo en Europa no era una guerra ordinaria entre estados que resuelven una disputa en el campo de batalla y luego vuelven a sus posiciones anteriores. Era otra cosa. Y esa otra cosa iba a llegar a Rusia, y de Rusia iba a llegar a Pokróvskoye, y de Pokróvskoye iba a llegar, tarde o temprano, a la mesa de su cocina.

Las anotaciones de esos días en el cuaderno de Rasputín, que los archivos del FSB conservarían durante más de un siglo antes de que nadie las leyera con la atención que merecían, seguían exactamente el mismo patrón que sus entradas sobre personas individuales de la corte: observación de la conducta, inferencia sobre el estado interior, predicción sobre el resultado. Pero en lugar de aplicarlo a un ministro o a un general, lo aplicaba a países enteros y a las decisiones colectivas de sus gobiernos. El resultado era perturbador no por su vocabulario, que seguía siendo el de un campesino siberiano sin educación formal, sino por su precisión: Rasputín describía en agosto de 1914 lo que los historiadores confirmarían durante las décadas siguientes, utilizando el mismo método que había usado para leer a la condesa Ignatiev o al oficial de la Ojrana, solo que aplicado a una escala que ningún observador de sus salones habría imaginado que ese método podía alcanzar.

En la última entrada de ese período, escrita con la letra más firme de las semanas de convalecencia como si la mano hubiera recuperado la fuerza exactamente cuando más la necesitaba, Rasputín escribió una frase que Valentina Soler copiaría en su cuaderno de papel muchos años después, en una sala de archivo de Moscú, con la letra cuidadosa que usaba cuando quería asegurarse de no perder nada: *Los que mandan a otros a morir no saben lo que hacen. No porque sean malvados. Porque nunca han mirado a los ojos a un hombre que sabe que va a morir.*

CAPÍTULO 13 — LÍNEA PRESENTE

La mujer que esperaba en la biblioteca Lenin

Moscú, febrero de 2026

La Biblioteca Estatal Rusa estaba a diez minutos a pie del hotel de la Tverskaya, y Valentina llegó con quince minutos de anticipación porque había aprendido, con años de experiencia en archivos de todo el mundo, que las bibliotecas antiguas tienen una lógica espacial que no se puede descifrar desde afuera y que conviene explorar antes de que las circunstancias exijan hacerlo con prisa.

El edificio principal, conocido popularmente como la Biblioteca Lenin desde los tiempos soviéticos aunque ese nombre ya no figuraba en ningún rótulo oficial, era una de esas construcciones de la arquitectura estalinista que producen en el visitante occidental una mezcla de intimidación y asombro involuntario: columnas de granito que se elevaban doce metros sobre la entrada principal, escalinatas amplias y simétricas que conducían a una puerta de proporciones imperiales, y sobre la fachada una frialdad decorativa que combinaba el rigor geométrico del clasicismo soviético con la densidad de significado de quien quería dejar claro que los libros, en ese Estado, eran asuntos serios. Valentina había visto edificios más bellos. No había visto muchos más imponentes.

Cruzó el hall de entrada, mostró su acreditación de prensa y su pasaporte en el mostrador de seguridad, y siguió las instrucciones que le había dado Morozova: Sala de Lectura Principal, segunda planta, ala norte. La encontró después de dos intentos fallidos por pasillos que conducían a salas de catálogo y depósitos de consulta restringida, con la sensación específica de quien navega un espacio donde la lógica de la organización es perfectamente coherente para quien la conoce y completamente opaca para quien no.

La Sala de Lectura Principal era una nave de techos altos y ventanales que dejaban entrar la luz del febrero moscovita con la generosidad de quien sabe que afuera hay muy poca y conviene aprovecharla. Filas largas de mesas de madera con lámparas individuales de luz cálida, estanterías de referencia a lo largo de las paredes laterales, y un silencio que no era el silencio vacío de un lugar desierto sino el silencio lleno de presencia de un lugar donde mucha gente está pensando en cosas distintas al mismo tiempo. Había quizás cuarenta personas repartidas entre las mesas. Ninguna de ellas era Morozova, o al menos ninguna parecía ser quien Valentina esperaba que fuera, imagen construida a partir de los artículos académicos, la llamada de Savinov y el mensaje de la noche anterior: alguien excéntrico, desconfiado, que llevaba doce años guardando algo que nadie más había sabido guardar.

Se sentó en una mesa libre cerca de la ventana central, sacó el cuaderno de papel y lo dejó visible sobre la mesa, tal como Morozova le había

indicado. Se preguntó brevemente qué tipo de persona reconoce a alguien por su cuaderno de notas y llegó a la conclusión de que era exactamente el tipo de persona que llevaría doce años estudiando a Rasputín.

A las once y tres minutos se sentó frente a ella una mujer de unos cincuenta y dos años con el pelo gris recogido sin coquetería y una libreta de espiral verde sobre el regazo.

Era la misma mujer que Valentina había visto en la conferencia de prensa del Hermitage, tomando notas desde antes de que empezara cualquier cosa.

—La vi en San Petersburgo —dijo Valentina—. En la conferencia de prensa del Hermitage.

—Lo sé —dijo Morozova—. Yo también la vi a usted. Fue usted quien hizo la pregunta correcta sobre las transcripciones.

Hablaba en inglés con el acento que las personas de su generación adquieren cuando aprenden el idioma en la universidad antes de usarlo con anglohablantes: preciso en la gramática, con la entonación ligeramente desplazada de quien piensa en ruso y traduce en tiempo real.

—¿Por qué no se presentó entonces? —preguntó Valentina.

—Porque en San Petersburgo todavía no sabía si usted era la persona adecuada —dijo Morozova—. Ahora lo sé.

—¿Qué cambió?

—Sus notas del archivo. —Morozova abrió la libreta verde sobre la mesa. Dentro había páginas densamente escritas en cirílico apretado que Valentina no podía leer—. Alexandr Petróvich me envió una descripción de lo que usted transcribió. Llegó a las mismas conclusiones que yo llegué en 2009. Con menos material y en menos tiempo.

—¿Cuáles conclusiones?

—Que no es profecía —dijo Morozova—. Que es observación. Pero de un tipo muy específico.

Se produjo un silencio de varios segundos durante el cual Morozova miró a Valentina con la atención de alguien que está verificando algo que ya cree saber pero que prefiere confirmar antes de continuar. Luego pareció encontrar lo que buscaba y su postura cambió ligeramente, los hombros bajaron un centímetro.

—¿Ha oído hablar de la sinestesia? —preguntó.

—El fenómeno en que los estímulos sensoriales se mezclan. La persona que ve colores al escuchar música, o que asocia números con personalidades.

—Eso es la descripción popular —dijo Morozova—. La realidad neurológica es más interesante y más amplia. La sinestesia en sentido estricto es una condición en la que la activación de una vía sensorial produce automáticamente una experiencia en otra vía sensorial. Pero hay formas de procesamiento sensorial integrado que no encajan exactamente en esa

definición y que la neurociencia contemporánea está empezando a estudiar con más rigor. —Hizo una pausa—. Una de esas formas es lo que algunos investigadores llaman sinestesia social o sinestesia empática: la capacidad de ciertos individuos de procesar de manera integrada y simultánea múltiples canales de información social —expresión facial, postura corporal, tono de voz, micro movimientos, patrones de respiración— a una velocidad que el resto de las personas no puede alcanzar, y de extraer de esa integración conclusiones sobre el estado interno de otra persona que parecen imposibles de obtener con los medios ordinarios.

Valentina escribió en el cuaderno sin dejar de mirar a Morozova.

—¿Y usted cree que Rasputín tenía eso?

—No lo creo —dijo Morozova—. Lo puedo demostrar. Con el cuaderno.

Otro silencio. Afuera, la luz del febrero moscovita entraba por los ventanales con la constancia de algo que no tiene prisa porque sabe que tardará en cambiar.

—¿Cómo? —preguntó Valentina.

—Porque hay un patrón en las entradas que usted misma identificó. —Morozova tomó la libreta verde y la abrió en una página marcada con una tira de papel—. Cada vez que Rasputín describe a una persona, empieza con un detalle físico concreto. Nunca empieza por las palabras que dijo esa persona, ni por lo que esa persona pensaba. Empieza por cómo se sentó, por cómo movió los ojos antes de hablar, por el intervalo entre sus respiraciones. Es la secuencia de observación de alguien que procesa simultáneamente todos los canales de información disponibles y llega a una síntesis antes de que el proceso consciente tenga tiempo de interferir.

—¿Y eso es la sinestesia social?

—En su forma más desarrollada, sí —dijo Morozova—. Documentada sin el vocabulario técnico, pero documentada con la precisión de alguien que lleva años practicando sin saber cómo llamar a lo que practica.

—Porque cada entrada del cuaderno en la que Rasputín llega a una conclusión sobre una persona comienza con la descripción de un detalle físico o conductual específico: la manera en que alguien mueve las manos, la frecuencia con que parpadea, el intervalo entre las palabras que dice. Son los mismos canales de información que la sinestesia social integra simultáneamente. Lo que Rasputín hacía no era sobrenatural. Era la documentación, sin el vocabulario técnico, de un proceso neurológico extraordinariamente desarrollado.

Valentina dejó el bolígrafo sobre el cuaderno y se recostó ligeramente en la silla, con el gesto de alguien que necesita distancia física para procesar lo que acaba de escuchar.

—Si eso es cierto —dijo—, ¿por qué el FSB clasificó el cuaderno durante treinta y cinco años? La sinestesia social no es un secreto de Estado.

Morozova la miró con la expresión de las personas que han guardado algo durante mucho tiempo y están evaluando si el momento de soltarlo ha llegado.

—No —dijo—. La sinestesia social no lo es. Pero lo que Rasputín hizo con ella sí puede serlo.

—¿Qué quiere decir?

—Las entradas sobre personas individuales son extraordinarias pero no son lo que el FSB quiere mantener clasificado —dijo Morozova—. Lo que quieren clasificar son las últimas veinte páginas del cuaderno. Las que no están en las reproducciones que usted vio en el archivo. Las que nunca han sido mostradas a ningún investigador externo desde 1991.

Valentina lo procesó durante un momento.

—¿Usted las ha visto?

—Sí. En 2008, cuando el FSB me concedió acceso para mi investigación. Un acceso que duró cuatro días y que no me fue renovado cuando lo solicité en 2011. —Morozova cerró la libreta verde y la guardó en su bolsa—. En esas veinte páginas Rasputín aplica el mismo método de observación que usó con personas individuales, pero lo aplica a algo diferente. No a personas. A situaciones. A patrones de eventos. A lo que él llama, con el vocabulario limitado de un campesino siberiano, el modo en que las cosas se mueven antes de moverse.

Valentina miraba a Morozova con la atención que reservaba para los momentos en que una fuente estaba a punto de decir algo que cambiaba el mapa de la historia.

—¿Y qué vio? —preguntó.

—Vio la Revolución —dijo Morozova con simpleza—. No como profecía. Como observación de tendencias. Con una precisión que, leída desde el presente, resulta perturbadora porque implica que en 1915 y 1916 había suficiente información disponible para que alguien con ese nivel de percepción pudiera inferir lo que iba a ocurrir. Lo cual significa que otros, con acceso a la misma información y sin esa capacidad de integración, decidieron no verlo. —Una pausa—. Eso es lo que el FSB no quiere que se publique. No el poder de Rasputín. La ceguera de los que lo rodeaban.

Valentina no escribió nada durante un momento. Luego escribió una sola frase: *No es el misterio de Rasputín. Es el misterio de todos los demás.*

Llevaban casi una hora hablando cuando Valentina sintió algo que tardó en identificar con precisión. No era la sensación irracional frente a la fotografía del Hermitage, ni el sueño en el tren nocturno. Era algo más sutil: la certeza, completamente inexplicable desde cualquier punto de vista racional, de que ya había estado en esa sala. No como déjà vu ordinario. Con la especificidad de un recuerdo genuino: la disposición exacta de las mesas, la manera en que la luz entraba por el tercer ventanal de la izquierda, el sonido particular del silencio de esa biblioteca que era

diferente al silencio de cualquier otra biblioteca que hubiera visitado en su vida.

Lo descartó. Luego lo anotó, con la letra pequeña que usaba para las observaciones que no sabía cómo clasificar: *Sensación de haber estado aquí antes. No déjà vu. Algo más específico.*

Debajo, después de una pausa, escribió: *¿Qué habría anotado Rasputín en su cuaderno sobre mí?*

Era una pregunta que no tenía respuesta racional. Pero era también, reconoció mientras guardaba el bolígrafo, exactamente el tipo de pregunta que Rasputín habría encontrado interesante.

Morozova se puso de pie.

—Mañana puedo mostrarle algo más —dijo—. No aquí. En mi apartamento. Tengo copias de las páginas que vi en 2008. No oficiales. Pero son todo lo que queda de lo que Rasputín escribió en sus últimos meses.

Valentina la miró.

—¿Por qué me lo muestra a mí?

Morozova recogió la libreta verde y se la puso bajo el brazo con el gesto automático de quien lleva ese objeto tantos años que ya forma parte de su anatomía.

—Porque usted llegó a las mismas conclusiones que yo —dijo—. Y porque llevo doce años sin poder publicar nada sobre esto, y hay un límite para el tiempo que una persona puede guardar algo que merece ser conocido.

Era la misma frase que le había dicho Savinov dos días antes en la cafetería de la estación Leningradsky. Valentina lo anotó también, con la letra pequeña de las observaciones sin clasificar, y salió de la Biblioteca Estatal a la tarde fría de Moscú con la sensación de que la historia que estaba cubriendo seguía siendo la misma y al mismo tiempo era completamente diferente a todo lo que había pensado que era.

CAPÍTULO 14 — LÍNEA HISTÓRICA

El favorito que nunca pidió serlo

Tsárskoye Seló y Petrogrado, 1915-1916

En septiembre de 1915, el zar Nicolás II tomó la decisión que sus consejeros más capaces llevaban meses intentando disuadirlo de tomar: asumir el mando personal del ejército en el cuartel general de Stavka, en Moguiliov, a más de ochocientos kilómetros de la capital. Las razones que el zar daba para esa decisión eran las de alguien que confunde el símbolo con la realidad: creía que su presencia en el frente elevaría la moral de las tropas. Lo que en realidad transmitió fue algo diferente: que el gobierno de Rusia quedaba en manos de una emperatriz sin experiencia política y de un campesino siberiano cuya reputación en el extranjero contribuía cada

semana a desacreditar la monarquía más de lo que cualquier derrota militar podría haberlo hecho.

Rasputín no había pedido ese poder. Era una distinción que importa. Lo que había buscado desde aquella primera tarde en el despacho de Teófanes en 1903 era algo mucho más modesto: ser escuchado. El problema que ninguno de sus contemporáneos supo resolver con claridad es que cuando te escucha la persona que toma todas las decisiones, ser escuchado y tener poder son la misma cosa aunque tú nunca lo hayas querido así.

Fue a finales de agosto de 1916, en una de las visitas de Rasputín a Tsárskoye Seló, donde ocurrió la conversación sobre Protopópov que los historiadores citarían durante décadas como el ejemplo más claro de ese mecanismo. Alejandra lo recibió en el salón pequeño, el que usaba para las conversaciones que no quería que sus damas de compañía escucharan, y le expuso el problema directamente: el puesto de ministro del Interior estaba vacante, el zar le había pedido opinión, y había dos candidatos entre los que no sabía cómo elegir.

—¿Ha conocido usted a Protopópov? —preguntó Alejandra.

—Lo vi en una cena hace tres semanas —dijo Rasputín.

—¿Y qué le pareció?

Rasputín miró a la zarina durante un momento. Alejandra Fiódorovna era una mujer que cargaba con más de lo que cualquier persona debería cargar simultáneamente: la enfermedad de su hijo, la ausencia de su marido, el peso de un gobierno para el que nadie la había preparado, y la hostilidad de una corte que nunca la había aceptado del todo por ser alemana de origen. Todo eso estaba escrito en ella con una claridad que Rasputín leía cada vez que la miraba.

—Protopópov quiere el cargo más de lo que ha querido ninguna otra cosa en su vida —dijo Rasputín—. Lo sé porque habla de él con el mismo tono que los hombres usan cuando hablan de lo que aman. Eso lo hace predecible. Los hombres predecibles son más manejables que los impredecibles.

—¿Y el otro candidato?

—No lo conozco.

—¿Y si lo conociera?

—Lo miraría y le diría lo que veo —dijo Rasputín—. Igual que ahora. Nada más.

Alejandra asintió. Esa noche le escribió al zar describiendo las virtudes de Protopópov con una convicción que era, frase por frase, la convicción de Rasputín traducida al lenguaje del poder. Nicolás nombró a Protopópov. El diputado Purishkévich, dos meses después, declararía ante la Duma con la voz de quien ha esperado mucho tiempo para decir algo: —Basta con una recomendación de Rasputín para que el ciudadano más miserable desempeñe el cargo más elevado.

El aplauso que siguió fue largo. Rasputín lo supo esa misma tarde por un conocido que asistió a la sesión, y anotó en su cuaderno: *Purishkévich tiene razón en lo que dice aunque está equivocado en lo que cree. Dice que yo gobierno. Lo que ocurre es que la zarina escucha. Son cosas distintas.*

Esa misma noche, de regreso en su apartamento de la calle Gorojovaya, Rasputín anotó en el cuaderno la entrada sobre Protopópov que los archivos del FSB conservarían durante décadas: *Este hombre quiere el cargo que todavía no tiene más que a su propia esposa. Lo sé porque habla del cargo con el mismo tono que los hombres usan cuando hablan de lo que aman. Eso no lo hace malo. Lo hace predecible. La zarina me preguntará mañana. Le diré lo que vi. Ella decidirá lo que hace con eso. Yo no soy el que decide.*

Era la distinción que Purishkévich no quiso hacer en su discurso ante la Duma. Era la distinción que la historia tampoco haría durante mucho tiempo. Y era, en última instancia, la diferencia entre lo que Rasputín era y lo que a todo el mundo le convenía creer que era.

El otoño de 1916 trajo consigo una acumulación de señales que Rasputín registraba en su cuaderno con la misma metodología que había aplicado siempre: primero el detalle observable, luego la inferencia, luego la conclusión. Pero había algo diferente en ese período que el propio Rasputín notó y que anotó en una entrada de octubre sin identificar a ninguna persona específica: *Los que me odian ya no me odian en silencio. El odio que se vuelve ruidoso es el odio que ya ha tomado una decisión. Cuando el odio habla en voz alta es porque ya no teme las consecuencias de lo que va a hacer.*

No sabía todavía quiénes eran. Lo sabría pronto.

El príncipe Félix Yusúpov empezó a frecuentar a Rasputín en octubre de 1916 con una insistencia que habría resultado sospechosa para cualquiera que estuviera prestando atención. Rasputín la estaba prestando.

La tercera invitación llegó una tarde de diciembre en el apartamento de la calle Gorojovaya. Yusúpov se presentó sin aviso, con el pretexto de que su esposa Irina necesitaba con urgencia los consejos del hombre de Dios sobre una dolencia nerviosa que los médicos no habían podido aliviar. Era un pretexto que Rasputín habría reconocido como tal incluso sin su capacidad particular de lectura: Irina Yusúpova estaba en Crimea en ese momento, como él mismo sabía por conversaciones recientes en la corte.

Lo recibió de todas formas. No porque no supiera lo que Yusúpov tenía en la cabeza, sino porque Rasputín había aprendido, con la paciencia de alguien que lleva décadas observando a los seres humanos en sus momentos más reveladores, que las situaciones que uno intenta evitar tienden a encontrarlo de todas maneras en condiciones peores. Si Yusúpov había decidido algo, mejor verlo de frente que de espaldas.

Lo hizo pasar, ofreció té con la hospitalidad sin reservas que era uno de sus rasgos más desconcertantes para quienes esperaban encontrar en él la arrogancia del favorito imperial, y escuchó la explicación de Yusúpov sobre

la salud de su esposa con la atención de quien escucha algo diferente a lo que se le está diciendo.

—Vendría esta semana, entonces —dijo Yusúpov al terminar—. Irina estará encantada de verlo.

—¿Cuándo regresa Irina de Crimea? —preguntó Rasputín.

Yusúpov parpadeó una vez, con la rapidez de quien intenta reabsorber una reacción antes de que sea visible.

—La semana próxima —dijo, con apenas una fracción de segundo de retraso.

—Entonces podríamos esperar a que regrese —dijo Rasputín—. Para que esté presente.

—Por supuesto —dijo Yusúpov—. Por supuesto.

Yusúpov se despidió con la cordialidad entrenada de quien ha sido educado para ser agradable en cualquier circunstancia, incluidas las que no lo son. En la puerta se detuvo y se volvió, con el gesto de quien recuerda algo que en realidad no había olvidado.

—Una cosa más —dijo Yusúpov—. El palacio estará disponible el veintinueve. Si a usted le viene bien esa fecha.

—Ya le diré —dijo Rasputín.

—Por supuesto. —Yusúpov sonrió—. Sin prisa.

Cerró la puerta. Rasputín escuchó sus pasos en el pasillo durante un momento y luego el silencio del apartamento de la calle Gorojovaya en diciembre, que era el silencio específico de los apartamentos petersburgueses cuando el frío exterior hace que el interior parezca más pequeño de lo que es.

Esa noche Rasputín anotó en el cuaderno: *La tercera invitación. Yusúpov no sabe que sé que Irina está en Crimea. O sí lo sabe y ya no le importa. Cuando a un hombre ya no le importa que le descubran la mentira es porque ha llegado al punto en que la mentida ya no es el instrumento principal. Es porque ha decidido algo que ya no requiere que la mentida funcione.*

Praskovia había venido a Petrogrado ese otoño por primera vez desde hacía años, movida por algo que no supo explicar cuando su hija María le preguntó por qué había decidido ir precisamente entonces. Dijo simplemente que había sentido que debía ir.

Llegó al apartamento de la calle Gorojovaya una tarde de noviembre, cuando la oscuridad de Petrogrado a esa hora del año era la oscuridad específica de una ciudad que ha sido construida demasiado al norte para que noviembre la trate con amabilidad. Grigori la recibió con el mismo afecto sin aspavientos de siempre, le preparó té, y se sentaron a los dos lados de la pequeña mesa de la cocina como habían hecho toda la vida en Pokróvskoye.

—¿Cómo están los niños? —preguntó Grigori.

—Bien. Dmitri tiene trabajo en Tiumén. Las chicas están bien.

—¿Y el pueblo?

—Como siempre. La guerra llega despacio pero llega.

Hablaron durante un rato de cosas ordinarias: la cosecha, los vecinos, una disputa entre dos familias por un lindero que llevaba veinte años sin resolverse. Era la conversación de dos personas que se conocen tan bien que no necesitan prepararse para lo importante, porque lo importante llega solo cuando los dos están listos.

Fue Praskovia quien lo dijo primero.

—¿Cuánto tiempo más vas a quedarte aquí?

Grigori dejó el vaso de té sobre la mesa.

—No lo sé.

—¿Quieres quedarte?

—No es una pregunta de querer —dijo Grigori.

Praskovia lo miró con esos ojos que después de veintinueve años de matrimonio sabían cuándo había algo detrás de lo que se decía.

—¿Hay algo que deba saber? —preguntó.

Grigori miró la llama de la vela que ardía entre ellos.

—Hay un hombre que me ha invitado tres veces a su casa —dijo—. Cuando un hombre de ese tipo insiste tres veces, ya ha decidido algo.

—¿Qué tipo de hombre?

—El tipo que tiene demasiado y cree que eso le da el derecho de decidir por los demás.

—¿Y qué ha decidido?

Grigori no respondió de inmediato. La vela ardía entre ellos con la paciencia específica de las cosas que no tienen prisa porque su destino ya está determinado.

—Que yo estorbo —dijo finalmente.

Praskovia se quedó en silencio durante un momento. Fuera, Petrogrado en noviembre producía el ruido sordo de una ciudad que todavía no sabe lo que le espera.

—¿Vas a ir cuando te invite de nuevo? —preguntó.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque hay cosas que ya están escritas en la conducta de los hombres antes de que ellos mismos las decidan —dijo Grigori—. Y porque negarse no las borra. Solo las retrasa. Y lo que se retrasa sin razón suele llegar peor.

Praskovia lo miró durante un momento largo con la expresión de alguien que ha escuchado algo que no quería escuchar y que lo ha comprendido de todas formas porque llevar veintinueve años con una persona enseña a entender lo que dice aunque uno preferiría no entenderlo.

—Entonces yo me quedo aquí hasta que regreses —dijo.

—Puede que tarde —dijo Grigori.

—Ya lo sé —dijo Praskovia—. Me quedo igual.

Ninguno de los dos dijo nada más esa noche. Praskovia terminó su té. Grigori apagó la vela cuando la llama llegó al final de la mecha, y la pequeña cocina de la calle Gorojovaya quedó en la oscuridad ordinaria de un apartamento de Petrogrado en noviembre de 1916: la oscuridad de una ciudad que todavía no sabe que en tres meses va a dejar de ser lo que ha sido durante doscientos años.

Lo que ninguno de los dos dijo en ese intercambio, y que los dos sabían sin necesidad de decirlo, era que el veintinueve era también la fecha que Yusúpov había mencionado en conversaciones previas con sus cómplices como la noche elegida. Rasputín lo sabía por el mismo método con que sabía todo lo demás: no por información directa sino por la acumulación de señales que solo tiene sentido cuando uno las mira juntas. El veintinueve de diciembre. El palacio disponible. La insistencia de tres visitas. La sonrisa de alguien que ya no necesita convencer sino solo confirmar.

Iba a ir. Lo había decidido esa misma tarde cuando Yusúpov pronunció el nombre del palacio con esa naturalidad calculada. No porque careciera de alternativas sino porque había comprendido, con la claridad incómoda de las conclusiones que uno preferiría no llegar a sacar, que las alternativas solo retrasaban algo que ya estaba en marcha. Y lo que ya está en marcha, había aprendido en cincuenta y siete años de vida, no se detiene mirando hacia otro lado.

CAPÍTULO 15 — LÍNEA PRESENTE

El precio de saber

Moscú, febrero de 2026

La noticia sobre Savinov llegó de una manera que Valentina no había anticipado: no como una confirmación de sus peores sospechas sino como algo más ordinario y por esa razón más perturbador. Morozova la llamó a las ocho de la mañana del día siguiente a la reunión en la biblioteca, antes de que Valentina hubiera terminado el café, con la voz de alguien que tiene información que preferiría no tener y que ha decidido transmitirla de la manera más directa posible porque los rodeos en estas situaciones solo sirven para prolongar el malestar de quien los hace.

—Savinov está en el hospital Botkin —dijo Morozova sin preámbulo—. Accidente de tráfico anteanoche. Las autoridades lo clasifican como ordinario.

Valentina dejó la taza sobre la mesita de noche.

—¿Qué tan grave?

—Dos costillas fracturadas, contusión craneal, el bazo comprometido. Grave pero estable. —Una pausa—. Lo encontraron en una carretera de circunvalación a las dos de la mañana. Solo en el coche. Sin testigos.

—¿A las dos de la mañana en una carretera de circunvalación?

—Dmitri Savinov lleva treinta años sin conducir de noche —dijo Morozova—. No le gustan los coches. Usa siempre el metro o el taxi. Su hija me lo confirmó esta mañana.

Valentina se quedó en silencio durante un momento. Afuera, Moscú en febrero había amanecido con una nevada ligera que cubría la Tverskaya con esa blancura provisional que dura exactamente lo que tarda el tráfico de la mañana en convertirla en barro gris.

—¿Puedo verlo? —preguntó Valentina.

—No todavía. La familia ha pedido que no haya visitas externas. —Morozova hizo una pausa breve—. Lo cual es comprensible desde un punto de vista familiar y también, si uno lo piensa bien, desde otro punto de vista.

—¿Alguien lo está protegiendo?

—O alguien lo está vigilando —dijo Morozova—. En este contexto las dos cosas a veces son lo mismo.

Valentina tomó el cuaderno de papel y el bolígrafo de la mesita. Escribió el nombre de Savinov, el hospital, la fecha, y debajo: *Accidente nocturno. Sin testigos. No conducía de noche.* Luego escribió, con la letra más pequeña que usaba para las observaciones que no quería que nadie pudiera leer sobre su hombro: *1991: Borisov muerto tres semanas después de solicitar el cuaderno. 2026: Savinov hospitalizado dos días después de ayudarme a acceder a las reproducciones.*

El patrón era demasiado claro para ser ignorado y demasiado circunstancial para ser probado. Eso lo hacía exactamente tan útil y exactamente tan inútil al mismo tiempo.

—¿Usted está en peligro? —preguntó Valentina.

—Llevo doce años en una situación que algunas personas considerarían peligrosa —dijo Morozova con una sequedad que no era indiferencia sino la actitud de quien ha tenido mucho tiempo para acostumbrarse a algo—. La diferencia ahora es que usted está aquí. Lo cual cambia el cálculo para quienes prefieren que esto no salga a la luz.

—¿En qué sentido lo cambia?

—En el sentido de que usted es periodista extranjera acreditada —dijo Morozova—. Si algo le ocurre a usted, las consecuencias internacionales son considerablemente más complicadas que si algo le ocurre a un historiador ruso de sesenta años. Eso es un escudo imperfecto pero es un escudo.

—También es un motivo para presionarme a que me vaya antes de que publique algo.

—Sí —dijo Morozova—. Por eso le llamo ahora. ¿Va a publicar?

Valentina miró el cuaderno abierto sobre sus rodillas, las dos páginas de notas de los días anteriores, la línea cronológica que había construido la noche en que alguien revisó su habitación.

—Sí —dijo—. Voy a publicar.

—¿Cuándo?

—Cuando tenga todo lo que necesito. Que todavía no es suficiente.

—Esta tarde le traigo las copias de las páginas que vi en 2008 —dijo Morozova—. Después de eso usted tendrá lo que necesita. O al menos todo lo que yo puedo darle.

Colgaron. Valentina se quedó sentada en el borde de la cama durante un momento, con el cuaderno abierto y el café ya frío en la taza de la mesita. Luego se levantó, se vistió con la eficiencia de quien tiene cosas más importantes en qué pensar que la ropa, y se sentó en el escritorio con la computadora y todos sus materiales desplegados.

Tenía tres horas antes de que Morozova llegara al hotel con las copias. Las usó de la única manera que sabía usar el tiempo cuando una investigación estaba en la fase más crítica: leyendo lo que tenía con la atención de quien busca algo específico.

Lo que buscaba era el patrón que Morozova le había descrito: la secuencia de observación que comenzaba con un detalle físico concreto y llegaba a una conclusión sobre el estado interno de la persona. Había transcrito en el archivo diecisiete entradas del cuaderno. Las imprimió en el pequeño escritorio del hotel, las ordenó en el suelo cronológicamente cuando el espacio de la mesa resultó insuficiente, y las leyó una por una con el bolígrafo en la mano y el cuaderno de papel abierto en una página nueva para registrar lo que encontrara.

La primera entrada era de 1910, sobre un miembro del Consejo de Estado cuyo nombre la traducción proporcionada por el archivo identificaba en una nota al pie. Rasputín describía cómo ese hombre, durante una conversación en un salón, había movido el anillo que llevaba en el dedo índice de la mano derecha cada vez que alguien mencionaba el nombre del ministro de Finanzas. Era un detalle tan pequeño que habría pasado desapercibido para cualquier observador ordinario. Rasputín lo había anotado con la naturalidad de quien registra algo que para él es perfectamente visible y para todos los demás es invisible. La conclusión: el consejero y el ministro de Finanzas tenían un acuerdo que ninguno de los dos había hecho público. Los archivos históricos confirmaban que ambos habían sido investigados conjuntamente dos años después por irregularidades en contratos de aprovisionamiento militar.

Valentina marcó: patrón presente. Pasó a la siguiente.

Apareció en quince de las diecisiete. Sin excepción, cada una de las quince entradas comenzaba con un detalle físico: el temblor imperceptible de una mano al sujetar un vaso, la manera en que alguien desplazaba los ojos hacia la izquierda antes de responder una pregunta difícil, el ritmo de la respiración de una persona que intenta no mostrar que tiene miedo. Luego venía la inferencia, construida en el vocabulario de un campesino sin educación pero con una precisión que los psicólogos contemporáneos habrían reconocido como lectura de micro expresiones y lenguaje corporal. Y luego la conclusión: lo que esa persona iba a hacer, o lo que le iba a ocurrir, expresado no como profecía sino como consecuencia lógica de lo que había sido observado.

Los resultados eran verificables porque la historia los había documentado. El oficial de la Ojrana que filtraba información a Alemania. El ministro que conspiraba contra Stolypin. El senador que firmaría el manifiesto de abdicación. El general que tomaría una decisión táctica desastrosa en el frente oriental. El diplomático que negociaría en secreto con los alemanes. Quince de quince.

Lo más perturbador, comprendió Valentina mientras terminaba de revisar la última de las quince entradas y cerraba el círculo con el bolígrafo, no era la precisión de las conclusiones. Era la consistencia del método. Rasputín no había tenido visiones. No había recibido revelaciones. Había mirado, con una atención que el resto de las personas no podía sostener durante tanto tiempo sin agotarse, y había llegado a conclusiones que la historia luego confirmó. Era la diferencia entre un adivino y un observador extraordinario: el adivino dice lo que ocurrirá sin explicar por qué. El observador describe lo que vio y la conclusión se infiere sola.

Las dos entradas que no seguían el patrón eran distintas entre sí pero compartían una característica: no había detalle físico inicial. La primera era una entrada de 1913 sobre Alekséi durante una crisis de hemofilia, donde Rasputín describía lo que sentía al estar junto al niño de manera que el narrador interpretaría como empática más que observacional, el tipo de fusión perceptiva que algunos investigadores asocian con las formas más intensas de sinestesia social. Era una excepción comprensible, una variante del mismo proceso básico aplicado a condiciones diferentes.

La segunda excepción era la entrada sin fecha.

Valentina la llegó a las dos horas de trabajo. La había copiado ya en el archivo y la había releído varias veces desde entonces, pero leerla ahora, después de haber verificado el patrón en quince entradas consecutivas, producía un efecto completamente diferente. Era como haber construido durante dos horas un mecanismo de relojería de precisión perfecta y encontrar en él, al final, una pieza que no encajaba en ninguno de los engranajes: no porque estuviera mal fabricada sino porque pertenecía a otro mecanismo completamente distinto.

La entrada decía, en la traducción literal que ella misma había copiado: *Hoy no veo a nadie. Hoy me veo a mí. Y lo que veo es extraño. Siento que alguien me mira desde un tiempo que todavía no ha llegado. No es miedo. Es como cuando uno entra en una habitación y sabe que alguien acaba de salir por la otra puerta. El calor todavía está. No sé qué hacer con esto. Nunca he sentido esto antes.*

No había detalle físico inicial. No había inferencia sobre otra persona. No había conclusión verificable. Era lo opuesto exacto del método de Rasputín: en lugar de mirar hacia afuera con la precisión extraordinaria que caracterizaba todas las demás entradas, miraba hacia adentro, y lo que describía no tenía ninguna explicación en el vocabulario de la sinestesia social ni en el vocabulario de ninguna otra cosa que Valentina pudiera nombrar.

A las cinco de la tarde Morozova llegó al hotel con una carpeta marrón bajo el brazo. Valentina la hizo pasar, le ofreció té que aceptó sin entusiasmo, y se sentaron frente a frente en las dos sillas del escritorio. La carpeta quedó sobre la mesa entre las dos, todavía cerrada.

—Antes de ver las copias —dijo Valentina—, necesito que me diga algo.

—¿Qué?

—La entrada sin fecha. La última que copié en el archivo. —Valentina abrió el cuaderno en la página correspondiente y lo giró para que Morozova pudiera leer la transcripción—. ¿Usted también la vio en 2008?

Morozova leyó el texto en silencio. Era breve, menos de cien palabras, y lo leyó dos veces antes de levantar los ojos. Lo que Valentina vio en su expresión no era lo que había esperado: no era la cautela académica de la biblioteca ni la frialdad entrenada de alguien que lleva años moviéndose en terreno peligroso. Era algo más personal y más difícil de nombrar. La expresión de alguien que lleva mucho tiempo con una pregunta para la que no tiene respuesta y que acaba de encontrar a alguien que tiene la misma pregunta.

—Sí —dijo Morozova—. La vi. Es la razón por la que dejé de publicar.

—¿Por qué?

Morozova dejó el cuaderno sobre la mesa y se recostó ligeramente en la silla, con el gesto de alguien que va a decir algo que ha pensado muchas veces y que todavía no ha encontrado la manera de decirlo sin que suene a lo que no quiere que suene.

—Porque publiqué en 2019 todo lo que podía explicar con el método de la sinestesia social —dijo—. Las quince entradas verificables. El patrón. La hipótesis neurológica. Todo eso es publicable, es defendible, tiene soporte en la literatura científica contemporánea. Pero esa entrada —señaló el cuaderno— no encaja en nada de eso. Y si la incluyo, todo lo demás pierde credibilidad porque el lector no sabe dónde termina la ciencia y dónde empieza otra cosa.

—¿Y dónde empieza esa otra cosa?

Morozova la miró durante un momento.

—Esa —dijo— es exactamente la pregunta que no puedo responder. Y un académico que publica algo que no puede responder pierde su credibilidad. Un periodista que publica algo que no puede responder tiene una historia.

Valentina no respondió de inmediato. Miró la carpeta marrón cerrada sobre la mesa.

—¿Qué hay en esas páginas? —preguntó.

—Lo que Rasputín escribió en sus últimas semanas —dijo Morozova—. Las veinte páginas que el FSB nunca autorizó para consulta externa. —Hizo una pausa—. Y la respuesta a por qué el FSB no quiere que se publiquen. Que no tiene nada que ver con poderes sobrenaturales y todo que ver con lo que esas páginas dicen sobre las personas que rodeaban a Rasputín en 1916.

Valentina miró la carpeta y luego a Morozova.

—Ábrala —dijo.

Valentina cerró el cuaderno. Eran las cuatro y media de la tarde y la nevada de la mañana se había convertido en la lluvia fría del atardecer moscovita que convierte las aceras en una mezcla de nieve sucia y charcos que requieren atención constante para no pisar. Se fue al baño, se lavó la cara con agua fría, y cuando se miró en el espejo tuvo la sensación, breve e irracional, de que la pregunta que Rasputín había anotado en esa última entrada sin fecha era la misma pregunta que ella tenía en este momento: qué hace uno cuando llega al borde del método y el método ya no alcanza.

Lo descartó. Luego lo anotó en el cuaderno con la letra pequeña de las observaciones sin clasificar, porque había aprendido en varios días de trabajar con los materiales de Rasputín que lo que uno descarta primero es con frecuencia lo que más tarde importa.

Cuando Morozova llegó a las cinco y confirmó que la entrada sin fecha era la razón por la que había dejado de publicar, Valentina entendió que la historia que estaba cubriendo tenía exactamente una pregunta central: no qué había visto Rasputín en todas las demás entradas, sino qué había visto esa noche en sí mismo que no podía explicar con el único método que conocía. Y esa pregunta, comprendió con la claridad incómoda de las conclusiones que uno preferiría no llegar a sacar, no iba a tener respuesta en ningún archivo.

CAPÍTULO 16 — LÍNEA HISTÓRICA

La última noche

Palacio Yusúpov, Petrogrado, 29-30 de diciembre de 1916

La advertencia llegó tres días antes. El ministro del Interior Protopópov, el mismo hombre cuyo nombramiento Rasputín había facilitado sin pedirlo y

sin arrepentirse de haberlo hecho, se presentó en el apartamento de la calle Gorojovaya con el semblante de alguien que lleva días cargando una información que no sabe cómo entregar.

—Hay un complot —dijo Protopópov, sin rodeos, sentado en la silla que Rasputín le señaló junto a la ventana—. Lo sé porque alguien que debería saberlo me lo dijo. Yusúpov. Purishkévich. Posiblemente el gran duque Dmitri.

—¿Y usted a mí? —dijo Rasputín.

—Le advierto. Para que lo evite. Que no vaya a ningún lugar donde lo inviten en los próximos días.

Rasputín lo miró durante un momento con esa atención particular suya que Protopópov, a diferencia de la mayoría de los interlocutores del campesino, había aprendido a no malinterpretar como distancia. No era distancia. Era lectura.

—¿Cuándo decidió decirme esto? —preguntó Rasputín.

—Hace tres días.

—¿Y por qué esperó?

Protopópov no respondió de inmediato. La respuesta honesta habría sido que había esperado porque una parte de él evaluaba si la eliminación de Rasputín era un problema o una solución, y que esa evaluación había tardado tres días en resolverse en favor de la advertencia. No dijo eso. Dijo:

—Tardé en estar seguro.

—Ya —dijo Rasputín—. Ahora está seguro.

—Sí.

—Gracias —dijo Rasputín—. Es muy tarde.

Protopópov lo miró.

—¿Cómo que es muy tarde?

—Que es muy tarde —repitió Rasputín—. Yusúpov me invitó para el veintinueve. Yo ya dije que iría. Lo que se dice no se puede no haber dicho.

Protopópov se quedó en silencio durante un momento.

—Puede simplemente no ir —dijo.

—Puede —dijo Rasputín—. Pero no voy a hacerlo.

No explicó por qué. Protopópov se marchó sin entenderlo, que era la reacción más frecuente de las personas que hablaban con Rasputín sobre sus decisiones y que esperaban que esas decisiones tuvieran la lógica de alguien que valora su propia supervivencia por encima de todo lo demás.

La noche del veintinueve, Praskovia lo vio prepararse para salir desde el umbral de la habitación. Grigori se puso el abrigo oscuro, el que usaba para las visitas a los palacios porque era el único que tenía que no olía todavía a

Siberia, y se miró brevemente en el espejo de la entrada con la expresión neutra de alguien que verifica que está presentable para una cita.

—¿A qué hora regresas? —preguntó Praskovia.

—No lo sé —dijo Rasputín—. No esperes despierta.

—Ya sé que no debo esperar —dijo Praskovia—. Voy a esperar igual.

Grigori la miró desde el espejo. Luego se volvió hacia ella.

—Praskovia —dijo.

—¿Qué?

No terminó la frase. Se quedó mirándola durante un momento con esa atención que era la única manera que conocía de decir las cosas que no tenían palabras adecuadas. Luego asintió levemente, como si hubiera llegado a alguna conclusión interior, y salió al frío de la calle Gorojovaya.

Eran las once y media de la noche del veintinueve de diciembre de 1916. El coche que Yusúpov había enviado lo esperaba en la esquina.

El sótano del Palacio Moika había sido dispuesto con la atención al detalle de alguien que ha pensado mucho en una sola noche y quiere que esa noche salga exactamente como la ha planeado. Paredes de ladrillo, muebles sólidos y oscuros, una chimenea encendida que producía el calor específico de los sótanos bien acondicionados: suficiente para que nadie tuviera frío, insuficiente para que nadie se sintiera completamente cómodo. Sobre la mesa, pasteles y vino. En el gramófono, una grabación de Yankee Doodle que alguien había elegido con una inadecuación que rozaba lo cómico.

Yusúpov bajó solo a recibirlo. Los demás conspiradores —el gran duque Dmitri Pávlovich, el diputado Purishkévich, el oficial Iván Sujotin y el doctor Lazovert— esperaban en el piso de arriba con la paciencia tensa de quienes han tomado una decisión que no tiene marcha atrás y que solo desean que ocurra de una vez.

—Irina bajará en un momento —dijo Yusúpov—. Estaba descansando.

—Tómese su tiempo —dijo Rasputín.

Se sentó, tomó un pastel de la bandeja y lo comió con el apetito sin afectación de siempre. Yusúpov lo observó desde el sillón opuesto con la expresión de quien espera algo que no llega. El gramófono seguía girando con la grabación de Yankee Doodle, que acabó y comenzó de nuevo porque nadie había ido a cambiarla, y la repetición mecánica de esa melodía en ese sótano en esa noche acabaría siendo, para los que sobrevivieron para contarlo, uno de los detalles más persistentes en la memoria: no el veneno, no los disparos, sino esa música inapropiada girando una y otra vez.

Pasó una hora. Rasputín bebió vino, comió más pasteles, preguntó dos veces cuándo bajaría Irina con la impaciencia moderada de alguien que lleva esperando más de lo razonable pero que todavía no ha decidido marcharse. Yusúpov respondió ambas veces con la misma explicación vaga

sobre el descanso de su esposa y cada vez que hablaba sus manos hacían algo diferente: primero se apoyaron en los brazos del sillón, luego se cruzaron sobre el regazo, luego una fue al bolsillo de la chaqueta y permaneció allí.

Rasputín miraba esas manos.

—¿Se encuentra bien, príncipe? —preguntó en un momento.

—Perfectamente —dijo Yusúpov.

—Está sudando —dijo Rasputín—. Hace frío en este sótano para sudar.

Yusúpov no respondió. Arriba, los conspiradores escuchaban a través del suelo con la tensión específica de quienes esperan una señal que no llega.

El cianuro de potasio que el doctor Lazovert había introducido en los pasteles y en el vino no produjo efecto visible. La explicación que la medicina encontraría décadas después era clínica y prosaica: Rasputín era un bebedor habitual desde su juventud, y el consumo crónico de alcohol produce aclorhidria, una condición que elimina o reduce severamente el ácido gástrico necesario para transformar el cianuro de potasio en cianuro de hidrógeno, que es la forma letal del compuesto. Sin ácido gástrico, el veneno ingería seguía siendo cianuro de potasio: tóxico en concentraciones muy altas, pero no necesariamente letal en las dosis que el estómago de alguien sin ácido procesaba antes de que el compuesto pudiera actuar. Rasputín comía los pasteles envenenados con la naturalidad de quien no experimenta ningún efecto, porque en su caso particular no lo experimentaba.

Lo que Yusúpov interpretó como resistencia sobrenatural era farmacología. Lo que Rasputín interpretaba, si interpretaba algo, nadie lo sabría nunca con certeza.

Pasadas las dos horas, Yusúpov subió al piso de arriba. La conversación que tuvo con los demás conspiradores duró menos de tres minutos. Cuando volvió a bajar llevaba el revólver del gran duque Dmitri.

Rasputín estaba de pie frente a la repisa de la chimenea, mirando un crucifijo de cristal que había sobre ella. No se había dado cuenta de que Yusúpov había regresado, o si se había dado cuenta, no lo mostró. Siguió mirando el crucifijo durante un momento.

—Es bonito —dijo, sin volverse.

—Era de mi abuela —dijo Yusúpov.

—Los cristales guardan la luz de cuando se fabricaron —dijo Rasputín—. Eso es lo que me parece interesante de los cristales.

Yusúpov le disparó en el pecho mientras miraba el crucifijo. Rasputín cayó al suelo.

Los conspiradores bajaron, verificaron que el cuerpo no se movía, y comenzaron a preparar la salida del palacio. Fue entonces cuando ocurrió lo que los relatos posteriores de Yusúpov convertirían en leyenda y que la

evidencia física confirma como hecho real: Rasputín se levantó. Agarró a Yusúpov por el hombro con una fuerza que el príncipe describió años después como la fuerza de algo que no debería estar vivo. Yusúpov gritó. Rasputín soltó, dio varios pasos hacia la escalera, encontró una puerta y salió al patio helado del palacio.

Purishkévich lo persiguió. Le disparó varias veces en la oscuridad del patio cubierto de nieve. Dos de los disparos fallaron. El tercero le dio en el hombro y Rasputín cayó. Purishkévich se acercó y lo remató con un disparo en la frente a quemarropa.

La autopsia, realizada días después por el doctor Kosorotov, confirmaría que la causa de muerte fue la hipotermia. Los pulmones contenían agua. Rasputín había llegado al Nevá todavía vivo.

Lo que el relato oficial de los conspiradores no menciona, y lo que los archivos del FSB conservarían durante décadas en las páginas finales del cuaderno que nadie leyó con la atención suficiente, es lo que ocurrió durante los cuarenta minutos que pasaron entre el último disparo en el patio y el momento en que el cuerpo fue arrojado al río desde el puente Bolshói Petrovski.

Mientras Sujotin y Lazovert preparaban el coche y el gran duque Dmitri vigilaba la entrada del palacio, Yusúpov y Purishkévich permanecieron junto al cuerpo tendido en el patio. Uno de ellos —los archivos no permiten determinar cuál con certeza absoluta, aunque la evidencia indirecta señala hacia uno de los dos con más consistencia que hacia el otro— se inclinó sobre el cuerpo, abrió el abrigo oscuro, y extrajo del bolsillo interior un cuaderno de piel oscura con las esquinas metálicas oxidadas.

Lo examinó brevemente a la luz de la linterna que Sujotin había dejado sobre el suelo. Luego se lo guardó.

Cuando arrojaron el cuerpo al río desde el puente, el cuaderno ya no estaba entre las pertenencias de Rasputín. El agua helada del Nevá recibió a un hombre sin documentos y sin cuaderno, que era exactamente lo que quienes lo habían matado necesitaban que fuera: un campesino siberiano que había tenido demasiada influencia y que ahora no tenía nada.

Praskovia esperó despierta hasta el amanecer en el apartamento de la calle Gorojovaya. Cuando llegó la noticia, fue a buscar a sus hijos. No lloró en público. Nunca explicó, en ninguna de las conversaciones que su hija María registraría décadas después, qué había sentido esa noche mientras esperaba. Solo dijo, una vez, con la economía de palabras que había sido su marca durante toda la vida: que había sabido antes del amanecer. Que había habido un momento, en algún punto entre la medianoche y las cuatro de la mañana, en que algo en la habitación había cambiado. Que no sabía cómo llamar a eso.

María le preguntó si su padre le había dicho algo antes de salir.

Praskovia dijo que había empezado a decir algo y que no había terminado.

María le preguntó qué había empezado a decir.

Praskovia tardó un momento en responder.

—Dijo mi nombre —dijo—. Y luego no dijo nada más. Pero la manera en que lo dijo era suficiente.

El cuaderno que alguien tomó del bolsillo interior del abrigo de Rasputín esa noche en el patio nevado del Palacio Moika llegaría, por caminos que ninguno de los conspiradores había planeado del todo, a los archivos del KGB soviético, donde permanecería clasificado durante setenta y cinco años. Cuando Borisov lo encontró en 1991, su primera nota académica describía la piel de la cubierta como oscura y desgastada de manera irregular, con las esquinas metálicas oxidadas hasta un tono entre verde y marrón. Era exactamente el objeto que Valentina Soler vería detrás del cristal del Hermitage en enero de 2026, y que Morozova le describiría con los mismos detalles durante la reunión en la Biblioteca Estatal: la piel, las esquinas, la densidad de la escritura visible a través del cristal.

Lo que nadie en 1916 sabía, y lo que Valentina descubriría más de un siglo después, es que la última entrada del cuaderno no era una de las que seguían el método habitual de observación. Era la entrada sin fecha. La que rompía el patrón. La que describía una sensación que ningún vocabulario disponible alcanzaba a nombrar completamente.

Rasputín la había escrito probablemente la noche del veintiocho, la víspera de ir al Palacio Moika. Con la misma pluma, el mismo papel, la misma letra irregular de alguien que aprendió a escribir de adulto y nunca terminó de dominar del todo la herramienta. Pero con un tono diferente a todo lo anterior. No miraba hacia afuera. Miraba hacia adentro. Y lo que describía no era observación. Era otra cosa. Y esa otra cosa era, ciento diez años después, la única pieza que no encajaba en ninguna hipótesis que Valentina Soler o Irina Morozova o ningún otro investigador hubiera podido formular.

Lo que era esa otra cosa dependía, en última instancia, de quién lo leyera. Y de qué tipo de mundo habitara quien lo leyera.

CAPÍTULO 17 — CONVERGENCIA

Lo que las dos épocas comparten

Moscú, febrero de 2026 / Petrogrado, diciembre de 1916

Morozova abrió la carpeta marrón sobre la mesa del escritorio del hotel y dispuso las hojas en tres grupos distintos con la precisión metódica de alguien que ha ordenado esos papeles muchas veces en la mente antes de ordenarlos físicamente. Valentina los miró sin tocarlos todavía, con la atención de quien sabe que lo que está por ver cambia algo y que ese cambio no puede deshacerse.

—Las primeras diez páginas —dijo Morozova, señalando el primer grupo— son las que el FSB mostró a los investigadores de 2008. Las que yo vi entonces y que confirmaron la hipótesis de la sinestesia social. Son

entradas sobre personas específicas, siguiendo el patrón que usted ya conoce.

—¿Y las otras diez?

—Las otras diez son las que el FSB nunca mostró a nadie. —Morozova señaló el segundo grupo—. Mis copias son fotografías que tomé en 2008 con una cámara pequeña que llevaba sin que los supervisores del archivo lo advirtieran. No es el procedimiento correcto. Pero es lo que hay.

—¿Y el tercer grupo?

—El tercer grupo es mi traducción anotada —dijo Morozova—. Doce años de trabajo. Lo que las últimas diez páginas dicen y lo que creo que significan.

Valentina tomó el primer grupo y comenzó a leer con la concentración metódica que había aplicado al cuaderno en el archivo dos días antes. Las primeras diez páginas seguían el patrón exacto que había verificado entonces: detalle físico, inferencia, conclusión verificable. Leyó las diez sin interrupciones, marcando con una señal en su propio cuaderno cada vez que la estructura se repetía. Se repitió en todas. Sin excepción.

Lo que le llamó la atención en esta segunda lectura, ahora que ya conocía el patrón lo suficientemente bien como para leer más allá de él, era algo que no había notado en el archivo: la evolución del tono a lo largo del tiempo. Las entradas más antiguas tenían la brevedad de quien todavía está aprendiendo a confiar en lo que observa. Las más recientes, de 1915 y 1916, tenían una seguridad diferente: más largas, más elaboradas, con inferencias que construían sobre inferencias anteriores de la misma persona como si Rasputín llevara un registro acumulativo del comportamiento de sus interlocutores y actualizara su lectura con cada nuevo encuentro. Era, reconoció Valentina con la precisión que le exigía su propio método, el archivo de observación de alguien que ha convertido la lectura de personas en una disciplina sostenida a lo largo de años.

Las otras diez páginas eran completamente distintas.

No había personas individuales. No había detalles físicos de interlocutores específicos. Lo que había era algo que Rasputín había aplicado su método a una escala que ninguno de sus biógrafos habría anticipado: había observado no a individuos sino a patrones. A tendencias. A lo que él llamaba, con el vocabulario limitado de un campesino siberiano de finales del siglo XIX, *el modo en que las cosas se mueven antes de moverse*.

—Lea la entrada de noviembre de 1916 —dijo Morozova—. La que está marcada con una cruz en el margen.

Valentina la encontró. En la traducción de Morozova decía: *He estado mirando cómo se habla en los salones. No lo que se dice. Cómo se dice. Y lo que veo es que nadie habla del futuro. Los hombres que tienen miedo del futuro no hablan de él. Hablan de hoy. Hablan de ayer. Nunca del año que viene. Cuando toda una ciudad deja de hablar del futuro es porque ya sabe que el futuro que viene no es el que quería.*

—¿Cuándo ocurrió la Revolución de Febrero? —preguntó Valentina.

—Tres meses después de que escribiera eso —dijo Morozova.

Siguió leyendo. Cada entrada de las últimas diez páginas aplicaba el mismo principio a diferentes observaciones: la manera en que los soldados heridos miraban a los oficiales en los hospitales de campaña que Rasputín había visitado. El tono de las conversaciones en los mercados de Petrogrado donde el pan comenzaba a escasear. La frecuencia con que los aristócratas que encontraba en los salones mencionaban el extranjero en sus planes. No eran profecías. Eran síntomas. Y Rasputín los había leído con la misma precisión con que leía el temblor de una mano o la dirección de una mirada.

—Esto —dijo Valentina, dejando las páginas sobre la mesa— es lo que el FSB no quiere publicar.

—Exactamente —dijo Morozova—. Porque si se publica, implica que en 1916 había información suficiente para que cualquier observador suficientemente atento pudiera haber anticipado la caída de la dinastía. Lo cual significa que quienes tenían acceso a esa información y no actuaron lo hicieron por elección, no por ignorancia. Y esa distinción, aplicada a cien años de historia soviética y postsoviética, tiene implicaciones que el FSB prefiere no abrir.

Valentina anotó todo esto con la letra rápida de cuando la mano no puede seguir el ritmo de la cabeza. Luego preguntó:

—¿Y el cuaderno? ¿Por qué tomó alguien el cuaderno esa noche en el patio del palacio? Si lo que contiene es esto, ¿por qué un aristócrata ruso necesitaba confiscarlo?

Morozova la miró.

—Porque el que lo tomó no era un aristócrata ruso —dijo.

Valentina dejó el bolígrafo.

—¿Quién era?

—Oswald Rayner —dijo Morozova—. Agente del servicio de inteligencia británico. Compañero de estudios de Yusúpov en Oxford. Presente en el palacio esa noche según múltiples testimonios, aunque su nombre no aparece en ninguna versión oficial del asesinato. La investigación de la BBC en 2004 y los trabajos posteriores de los historiadores Richard Cullen y Michael Smith establecen con suficiente solidez que Rayner estuvo allí y que probablemente fue quien dio el disparo final en la frente de Rasputín con su revólver Webley .455, el único tipo de arma consistente con la herida que la autopsia documentó.

—¿Y el cuaderno?

—Rayner sabía lo que era —dijo Morozova—. Yusúpov lo sabía desde octubre: había visto a Rasputín escribir en él en varias visitas previas y había intentado, sin éxito, leer qué anotaba. Lo que Rayner comprendió esa noche, con la rapidez de un agente de inteligencia entrenado, es que un

cuaderno en el que Rasputín documentaba sus observaciones sobre los miembros de la corte imperial era un documento de inteligencia de primer orden. Se lo llevó. Lo analizaron en Londres. Y luego —hizo una pausa— lo devolvieron.

—¿Por qué?

—Porque lo que encontraron en él era demasiado peligroso para conservarlo y demasiado valioso para destruirlo —dijo Morozova—. Lo devolvieron por canales diplomáticos al gobierno provisional en 1917, que lo archivó. El gobierno provisional cayó en octubre de ese mismo año. El cuaderno pasó al KGB. Y el KGB lo clasificó porque también comprendió lo que contenía.

Valentina se quedó en silencio durante un momento procesando la arquitectura completa de la historia. Luego dijo:

—Entonces el motivo de la clasificación no es sobrenatural. Es político.

—Siempre fue político —dijo Morozova—. El misterio de Rasputín no era un misterio sobre poderes sobrenaturales. Era un misterio sobre información. Sobre quién sabía qué, cuándo lo supo, y qué decidió hacer con eso.

Valentina asintió lentamente. Miró la carpeta sobre la mesa, los tres grupos de hojas ordenados con la precisión de Morozova, y tuvo la sensación breve e involuntaria de que estaba frente a algo que no podía catalogarse completamente con ninguna de las categorías que su formación periodística le había proporcionado. No era una historia sobre un cuaderno misterioso. No era una historia sobre poderes sobrenaturales. Era una historia sobre lo que ocurre cuando alguien lleva una capacidad humana ordinaria hasta un punto donde sus resultados ya no caben en ninguna categoría ordinaria. Y la diferencia entre esas dos cosas era, comprendió, exactamente la diferencia entre una historia que el FSB podía clasificar y una que no.

Luego tomó el tercer grupo de hojas, la traducción anotada de Morozova, y buscó la última entrada. La que no seguía ningún patrón. La que rompía todo.

La leyó en voz alta:

—Hoy no veo a nadie. Hoy me veo a mí. Y lo que veo es extraño. Siento que alguien me mira desde un tiempo que todavía no ha llegado. No es miedo. Es como cuando uno entra en una habitación y sabe que alguien acaba de salir por la otra puerta. El calor todavía está. No sé qué hacer con esto. Nunca he sentido esto antes.

Terminó de leer. El cuarto del hotel estaba en silencio. Afuera, Moscú en febrero producía el ruido amortiguado de una ciudad que no para nunca y que ese silencio hace todavía más evidente.

—¿Qué significa? —preguntó Valentina, aunque sabía que Morozova no iba a poder responderle lo que realmente quería saber.

—Eso —dijo Morozova— es lo que llevo doce años preguntándome. —Una pausa—. Hay dos interpretaciones posibles. La primera es que Rasputín, en las horas previas a su muerte, experimentó alguna forma de crisis disociativa producida por el estrés extremo: sabía que iba a morir, su mente procesaba esa certeza de maneras que no tenía vocabulario para describir, y lo que escribió es el mejor intento de un hombre sin educación formal de narrar un estado mental que la psicología contemporánea podría clasificar sin dificultad.

—¿Y la segunda?

Morozova tardó en responder.

—La segunda es que el método que Rasputín había aplicado durante años para leer el estado interno de otras personas llegó esa noche a su límite natural —dijo—. Que alguien que ha pasado décadas mirando hacia afuera con esa intensidad, cuando finalmente mira hacia adentro, puede percibir algo que los demás no perciben. No porque tenga poderes sobrenaturales. Sino porque ha entrenado esa capacidad hasta un punto en que produce resultados que ninguna explicación racional abarca completamente.

Valentina la miró.

—¿Usted cuál cree?

—Creo —dijo Morozova con la lentitud de alguien que ha pensado eso muchas veces y todavía no está segura— que ambas pueden ser verdad al mismo tiempo. Y que esa posibilidad es la que el FSB teme más que ninguna otra. Porque un hombre con una condición neurológica explicable es un fenómeno médico. Pero un hombre que ha llevado una capacidad humana ordinaria hasta un extremo donde produce efectos que parecen pertenecer a otra categoría —eso es algo que no tiene nombre todavía. Y lo que no tiene nombre no se puede clasificar. Y lo que no se puede clasificar no se puede controlar.

Valentina no escribió nada durante un momento. Luego escribió, con la letra más pequeña y más cuidadosa que tenía: *Lo que no tiene nombre no se puede controlar.*

Y entonces ocurrió algo que no supo cómo explicar entonces y que seguiría sin poder explicar completamente semanas después. No fue una alucinación. No fue un sueño. Fue algo mucho más modesto y por esa razón mucho más perturbador: la certeza súbita, que duró aproximadamente tres segundos, de que en algún lugar entre ella y la última entrada del cuaderno de Rasputín el tiempo hacía algo que el tiempo no debería hacer.

Como cuando uno entra en una habitación y sabe que alguien acaba de salir por la otra puerta.

El calor todavía estaba.

Valentina cerró el cuaderno. Miró a Morozova. Morozova la estaba mirando con la expresión de alguien que ya ha vivido exactamente eso antes.

—Usted también lo sintió —dijo Valentina.

No era una pregunta.

—En 2008 —dijo Morozova—. En el archivo. Cuando leí esa entrada por primera vez.

Ninguna de las dos dijo nada más durante un momento.

Afuera, Moscú en febrero seguía siendo exactamente lo que siempre había sido: una ciudad enorme, ruidosa, indiferente y completamente ajena a lo que dos mujeres sentían en una habitación de hotel sobre un cuaderno que tenía ciento diez años.

O quizás no completamente.

Esa noche, de regreso en la habitación con el cuaderno abierto y los materiales de Morozova extendidos sobre la cama, Valentina escribió el borrador de la historia que iba a publicar. Tardó tres horas. Cuando terminó, lo leyó dos veces. Era una historia sobre un método, sobre una clasificación de setenta y cinco años, sobre un agente de inteligencia británico que tomó un cuaderno en un patio nevado en 1916 y sobre dos mujeres que en febrero de 2026 leyeron juntas lo que ese cuaderno decía. Era una historia completa, verificable en todos sus puntos excepto uno, y ese uno era el que hacía que todo lo demás pesara de una manera diferente a como pesaría sin él.

Dejó la última entrada para el final del artículo. Sin comentario. Sin interpretación. Solo el texto, en la traducción más literal que pudo hacer del inglés de Morozova, y debajo una línea en blanco.

Luego escribió, como última frase del artículo: *Lo que esa sensación era, y si fue real, es una pregunta que este artículo no puede responder. Y quizás esa imposibilidad es, en sí misma, la única respuesta honesta que la historia de Grigori Rasputín ha producido en más de cien años.*

CAPÍTULO 18 — LÍNEA PRESENTE

Lo que vale más sin respuesta

San Petersburgo / Ciudad de México, febrero-marzo de 2026

Valentina regresó a San Petersburgo en la primera semana de marzo, cuando la exposición del Hermitage llevaba ya casi dos meses abierta y la cobertura de prensa internacional había pasado a ocuparse de otras cosas con la velocidad habitual de la atención mediática que se agota más rápido de lo que las historias importantes merecen. El tren desde Moscú tardó cuatro horas en el trayecto diurno y llegó a la estación Moskovsky con el cielo de San Petersburgo ya en la transición entre el invierno y lo que en esa latitud se llama primavera y que en el resto del mundo todavía se llamaría invierno. La nieve en las aceras era más gris que blanca y el río Nevá, que veía desde el taxi en el trayecto al hotel, tenía el aspecto específico de los ríos que llevan meses helados y han comenzado a recordar que no siempre lo están.

Había pedido tres días más a Mariana. Mariana los había concedido sin objeciones, lo que significaba que o bien confiaba completamente en lo que Valentina estaba haciendo o bien había decidido que ya era demasiado tarde para cuestionarlo y que lo mejor era esperar el resultado. Las dos opciones producían el mismo efecto práctico.

La primera mañana fue al Hermitage.

Había pasado por el hotel solo el tiempo suficiente para dejar la maleta y darse una ducha. No tenía sentido retrasarlo: la razón por la que había vuelto a San Petersburgo antes de regresar a México no era sentimental sino narrativa. Había una escena que la historia necesitaba y que solo podía ocurrir en ese museo, frente a esa vitrina, con ese cuaderno detrás del cristal. Los periodistas que llevan suficiente tiempo haciendo este trabajo aprenden a reconocer esas escenas: no las inventan, las esperan.

La exposición estaba en sus semanas finales. Había menos visitantes que en la inauguración y la sala de la última vitrina, la que contenía el cuaderno, estaba casi vacía cuando Valentina entró. Se acercó al cristal y se quedó mirando el cuaderno durante un tiempo que no cuantificó. La piel oscura y desgastada. Las esquinas metálicas oxidadas. La escritura densa visible a través del cristal, tan familiar ahora como podría serlo un objeto que hubiera tenido en las manos.

—Señorita Soler.

Era Volkov. El curador se había acercado desde el otro extremo de la sala con un paso que no tenía la evasión de la primera vez. Se lo veía diferente: no más tranquilo exactamente, pero sí como alguien que ha dejado de resistir algo que llevaba tiempo resistiendo.

—Señor Volkov —dijo Valentina—. No esperaba verlo aquí.

—Vengo todos los días —dijo Volkov—. Llevo dos meses viniendo todos los días. —Miró el cuaderno detrás del cristal—. ¿Ha encontrado lo que buscaba?

—Encontré lo que encontré —dijo Valentina—. Que no siempre es lo mismo.

Volkov asintió con la comprensión de alguien que sabe exactamente a qué se refiere.

—¿Va a publicar? —preguntó.

—Sí.

—¿Cuándo?

—La semana que viene.

Volkov miró el cuaderno durante un momento.

—El FSB va a intentar que no lo publique —dijo.

—Lo sé —dijo Valentina—. Ya lo intentaron en San Petersburgo. Lo intentaron en Moscú. Hasta ahora no ha funcionado.

—¿Y si lo intentan de otra manera?

Valentina lo miró. Volkov no apartó los ojos. Era la primera vez, en todos sus intercambios desde la conferencia de prensa de enero, que el curador la miraba sin la incomodidad de quien está calculando cuánto puede decir. Era la mirada de alguien que ya ha tomado esa decisión y que por eso puede permitirse el lujo de mirar directamente.

—¿Me está advirtiendo?

—Le estoy diciendo lo que sé —dijo Volkov—. Que es diferente. —Hizo una pausa—. También le estoy diciendo que hay personas dentro del FSB que quieren que esto salga a la luz. No porque sean idealistas. Sino porque lo que el cuaderno implica sobre 1916 tiene consecuencias sobre debates que en Rusia siguen siendo muy actuales. Y hay gente que prefiere que esos debates los inicie un periodista extranjero y no un funcionario ruso.

Valentina procesó eso durante un momento.

—¿Por eso autorizaron la exposición ahora? —preguntó.

—Eso —dijo Volkov— es la pregunta correcta. —Sonrió, brevemente, con la sonrisa de alguien que lleva mucho tiempo sabiendo algo que no podía decir y que acaba de encontrar la manera de decirlo sin decirlo—. Ha sido un placer, señorita Soler.

Y se alejó por la sala con el mismo paso medido con que había aparecido, dejando a Valentina frente al cuaderno detrás del cristal con dos datos nuevos que añadir al mapa: la exposición no había sido un gesto de apertura espontánea. Había sido una decisión calculada. Alguien dentro del aparato de inteligencia ruso había decidido que el cuaderno saliera a la luz en este momento, por razones que tenían más que ver con la política del presente que con la historia del pasado.

Lo anotó todo antes de salir del museo.

Esa tarde llamó a Mariana desde la habitación del hotel.

—Tengo la historia completa —dijo Valentina.

—Cuéntame —dijo Mariana.

Valentina tardó cuarenta minutos en explicar todo: el cuaderno, el patrón, la sinestesia social, las veinte páginas clasificadas, Rayner y el cuaderno confiscado esa noche de 1916, el motivo político de la clasificación, la conversación con Volkov esa mañana. Mariana escuchó sin interrumpir, que era su manera de escuchar cuando algo le interesaba de verdad.

Cuando Valentina terminó hubo un silencio de varios segundos.

—¿Cuántas páginas? —preguntó Mariana.

—Necesito doce.

—Te doy diez.

—Doce.

—Once —dijo Mariana—. Y no un párrafo más.

—De acuerdo —dijo Valentina—. Once.

—¿Qué más hay? —preguntó Mariana—. Conozco ese tono. Hay algo más que no me has contado.

Valentina miró el cuaderno de papel abierto sobre la mesa, la última entrada transcrita en la página final de sus notas.

—Hay una entrada en el cuaderno que no encaja con el resto —dijo—. La última. Sin fecha. Rasputín describe una sensación que no tiene explicación racional dentro del método que usó para todo lo demás.

—¿Y qué vas a hacer con ella?

—Incluirla —dijo Valentina—. Sin explicación.

Hubo una pausa.

—¿Sin ninguna? —dijo Mariana.

—Sin ninguna —dijo Valentina—. El texto solo. Y una línea en blanco debajo.

—Los lectores van a querer una respuesta.

—Ya lo sé —dijo Valentina—. Por eso no voy a darles ninguna.

Otro silencio. Valentina escuchó al otro lado de la línea el sonido de fondo de la redacción de la revista en Ciudad de México: teclados, conversaciones a media voz, el ruido blanco de un lugar donde siempre hay algo ocurriendo.

—¿Estás segura? —dijo Mariana finalmente.

—De esto sí —dijo Valentina—. De muy pocas cosas en esta historia estoy segura. De esto sí.

—De acuerdo —dijo Mariana—. Mándamelo el viernes.

Colgaron. Valentina se quedó sentada frente a la ventana de la habitación del hotel durante un momento mirando la calle Bolshaya Morskaya, que era exactamente la misma que había visto desde esa misma ventana la primera mañana, seis semanas antes, cuando era todavía una asignación ordinaria de cuatro días. La misma calle, la misma luz declinante de la tarde petersburguesa, el mismo frío visible en la manera en que los transeúntes caminaban con los hombros levemente encogidos hacia las orejas. Nada había cambiado en la calle. Lo que había cambiado estaba en el cuaderno de papel que tenía sobre las rodillas, en las once páginas que iba a mandar el viernes, y en la pregunta con que terminaban esas páginas y que no tenía respuesta.

Pensó en Savinov, que seguía en el hospital Botkin aunque Morozova le había dicho esa mañana que estaba mejorando. Pensó en Borisov, muerto en 1991 en una carretera de circunvalación moscovita sin testigos. Pensó en Morozova, que llevaría el resto de su vida cargando con lo que había visto en el archivo en 2008 sin poder publicarlo del todo. Pensó en Volkov, que venía al museo todos los días a mirar el cuaderno detrás del cristal con la expresión de alguien que cuida algo que no es suyo pero que tampoco puede dejar que sea de nadie más.

Todos ellos habían pagado un precio por eso. El precio de saber algo que no tenía nombre completo.

La última noche en San Petersburgo Valentina no durmió bien, pero tampoco intentó dormir con particular determinación. Se sentó en la cama con el cuaderno de papel y el artículo abierto en la computadora y pasó tres horas trabajando en la versión final, ajustando cada párrafo con la atención de quien sabe que lo que está escribiendo va a ser leído por personas que no tienen ninguno de los contextos que ella ha acumulado en seis semanas, y que para esas personas la historia tiene que funcionar desde la primera frase sin depender de nada que no esté en ella.

A medianoche salió a caminar. El frío de marzo en San Petersburgo era diferente al de enero: todavía frío, pero con una temperatura que había comenzado a recordar que tenía la posibilidad de cambiar. Caminó hasta el Nevá y se quedó apoyada en la barandilla del puente mirando el agua que ya no estaba completamente helada. La corriente se movía en los bordes del deshielo con la lentitud específica de lo que lleva mucho tiempo detenido y ha comenzado apenas a recordar que puede moverse.

Pensó en Rasputín y en el cuaderno y en la última entrada. Pensó en Morozova diciendo *en 2008, en el archivo, cuando leí esa entrada por primera vez* con la expresión de alguien que reconoce algo que ha experimentado antes. Pensó en lo que había sentido en la habitación del hotel en Moscú cuando leyó el texto en voz alta: esos tres segundos en que el tiempo hizo algo que el tiempo no debería hacer.

Lo descartó. Luego lo aceptó. Luego lo dejó en el espacio entre ambas cosas, que era el único espacio honesto disponible.

Regresó al hotel a la una de la mañana con el frío de marzo todavía en el abrigo y los pensamientos ordenados de la manera en que se ordenan después de una hora caminando en silencio: no con la estructura de un argumento sino con la claridad más simple de saber qué viene primero y qué viene después.

Primero: terminar el artículo. Segundo: mandarlo el viernes. Tercero: regresar a Ciudad de México y dejar que la historia hiciera lo que las historias hacen cuando salen al mundo, que es volverse de otra persona y ya no depender de quien las escribió.

Lo que no había tercero que resolviera era la pregunta de la última entrada. Pero eso, comprendió mientras se quitaba el abrigo en el cuarto del hotel, no era un problema de la historia. Era una pregunta que la historia podía plantear sin necesidad de responderla. Y las mejores historias, había aprendido en veinte años de periodismo, son las que dejan al lector con una pregunta mejor que la que traía.

Se sentó frente a la computadora y escribió la última frase del artículo, la que había estado pensando desde que Morozova le dijo que esa entrada era la razón por la que había dejado de publicar:

Lo que esa sensación era, Rasputín nunca lo supo nombrar. Ciento diez años después, tampoco nosotros.

Guardó el archivo. Apagó la computadora. Y se quedó un momento en la oscuridad de la habitación escuchando el silencio de San Petersburgo en marzo, que era diferente al silencio de enero: más ligero, con algo debajo que no estaba en enero y que quizás era simplemente la posibilidad, todavía lejana pero ya presente, de que el invierno terminara.

El viernes mandó el artículo a Mariana. Once páginas, exactamente.

Antes de cerrar la computadora revisó una última vez el correo. Había un mensaje de Morozova, sin asunto, enviado a las once de la noche: *Savinov fue dado de alta esta tarde. Está bien. Le envía saludos.*

Valentina respondió con dos palabras: *Gracias. Todo bien.*

Luego añadió, después de un momento: *La historia sale el viernes. Gracias por confiar en mí con esto.*

La respuesta de Morozova llegó en menos de un minuto, y era la respuesta más larga que había enviado en todo el tiempo que llevaban en contacto: *No confié en usted. Confié en las preguntas que usted hacía. Hay una diferencia. Las personas cambian de opinión. Las preguntas correctas no cambian. Buenas noches.*

Valentina apagó la computadora. Buenas noches, Irina Morozova. Buenas noches, Dmitri Savinov. Buenas noches, Andréi Volkov con su visita diaria al cuaderno detrás del cristal. Buenas noches, Grigori Yefímovich Rasputín, que escribió algo en un cuaderno hace más de cien años que todavía no tiene nombre completo y que probablemente no lo tendrá en mucho tiempo.

La semana siguiente publicó el artículo. Once páginas. La última frase no tenía respuesta. Varios lectores la escribieron para preguntarle qué significaba la entrada sin fecha. Valentina respondió a todos con la misma frase, que no era una evasión sino la única respuesta honesta que tenía: *No lo sé. Y creo que eso es parte de la historia.*

EPÍLOGO

Pokróvskoye todavía existe

Pokróvskoye, Siberia Occidental, primavera de 2026

Pokróvskoye todavía existe.

Está en Google Maps con una precisión que el propio Rasputín habría encontrado desconcertante y posiblemente divertida: coordenadas exactas, una fotografía de satélite que muestra el pueblo desde arriba con la objetividad clínica de algo que mira sin juzgar, y una pequeña marca azul que indica la presencia de un punto de interés turístico. El punto de interés es la casa-museo dedicada a Grigori Yefímovich Rasputín, inaugurada en 1990 en el edificio que según la tradición local ocupa el solar donde estuvo

la casa familiar, aunque los historiadores debaten esa atribución con la energía específica que dedican a los detalles que no pueden verificarse completamente y que por esa razón resultan irresistibles.

El pueblo tiene actualmente unos seiscientos habitantes. Está situado en la orilla norte del río Turá, exactamente donde los registros del siglo XIX lo colocan, a unos trescientos kilómetros al este de los Urales. En primavera el río crece con el deshielo y los abedules del bosque que bordea el pueblo por el norte recuperan las hojas con la puntualidad de algo que ha hecho eso mismo durante siglos y no tiene ninguna razón para dejar de hacerlo. La llanura que se extiende más allá del bosque es tan extensa y tan monótona como siempre lo fue, y el horizonte sigue siendo la misma línea donde el cielo toca la tierra sin más ornamento que su propia extensión.

En mayo de 2026, cuando el artículo de Valentina Soler llevaba ya varias semanas circulando en la edición digital de la revista y había sido recogido por medios de varios países con la mezcla de entusiasmo y escepticismo que producen las historias que no pueden clasificarse del todo en ninguna categoría conocida, un periodista ruso de una cadena de televisión de Novosibirsk visitó Pokróvskoye para grabar un reportaje sobre el impacto local de la renovada atención mediática hacia su habitante más célebre. El periodista era joven, entusiasta y tenía la convicción específica de quienes llegan a un lugar famoso esperando encontrar algo extraordinario y están dispuestos a encontrarlo aunque haya que buscarlo con cierto esfuerzo.

Lo que encontró fue un pueblo ordinario en primavera. Vecinos que conocían el nombre de Rasputín con la familiaridad desganada con que se conoce a alguien que lleva mucho tiempo siendo el tema central de las conversaciones con los forasteros y que ya no produce en los locales ninguna emoción particular. Una iglesia ortodoxa reconstruida. El río Turá con el nivel alto del deshielo. Y la casa-museo, atendida por una mujer de setenta años llamada Natalia Fiódorovna que llevaba diecisiete años abriendo y cerrando el local y que recibía a los visitantes con la paciencia profesional de quien ha contado las mismas historias tantas veces que ya no escucha sus propias palabras mientras las dice.

El periodista filmó la casa-museo por fuera y por dentro. Filmó los objetos expuestos, las fotografías enmarcadas, los documentos reproducidos en paneles explicativos. Y se detuvo, como todos los visitantes se detienen, frente a la fotografía más grande de la sala principal.

Era el retrato tomado por Luka Zlotnikov en 1916. El último año de vida de Rasputín. La reproducción ocupaba casi toda una pared: un hombre de mediana edad con barba oscura y larga, vestido con una túnica oscura, mirando directamente al objetivo con la intensidad que la cámara de Zlotnikov había capturado con una fidelidad que el tiempo no había conseguido erosionar.

El periodista filmó la fotografía durante varios segundos. Luego se volvió hacia Natalia Fiódorovna.

—¿Por qué parece que mira directamente al espectador? —preguntó—. Da igual desde qué ángulo la mires. Siempre parece que te está mirando a ti.

Natalia Fiódorovna lo miró con la expresión de quien ha escuchado esa pregunta exactamente el número de veces suficiente como para tener una respuesta preparada que no requiere pensar.

—Es un defecto del revelado —dijo—. Pasa con algunas fotografías antiguas cuando el negativo tiene imperfecciones. Los ojos quedan en un ángulo que produce esa ilusión.

El periodista asintió y continuó filmando.

La explicación era técnicamente plausible. Las fotografías antiguas producen con cierta frecuencia ese efecto, y los conservadores de museos de todo el mundo conocen el fenómeno con suficiente familiaridad como para tener una respuesta preparada cuando los visitantes lo mencionan. Era una buena explicación. Era, posiblemente, la correcta.

Lo que el periodista no filmó, porque ocurrió después de que apagara la cámara y mientras caminaba hacia la puerta de salida, fue el momento en que se giró por última vez hacia la fotografía con ese impulso involuntario que tienen los visitantes cuando sienten que han dejado algo sin mirar completamente. Se giró. Miró. Y tuvo, durante aproximadamente tres segundos, la certeza súbita e irracional de que los ojos de la fotografía lo habían estado siguiendo desde que entró en la sala.

Lo descartó. Era el efecto del que le había hablado Natalia Fiódorovna. Era un defecto del revelado.

Salió al aire de la primavera siberiana, donde el sol de mayo producía una luz clara y sin sombras sobre la llanura que llegaba hasta el horizonte, y el río Turá brillaba a lo lejos con el agua del deshielo.

Era, casi con toda seguridad, un defecto del revelado.